

NOCHE DE ACERO

NOCHE DE ACERO

ISRAEL MORA FIGUEROA FERNANDEZ

Siguenos en Facebook – Noche De Acero

A Lucía, guardiana de mis anhelos.

A mi padre y a mi madre, avales

mi honor y mi existencia.

A mis amigos, reposo de mi conciencia,

compañeros en el banquete,

altares para la pleitesía de la vida.

INDICE

La bala le había pasado rozando la cabeza. Desde el zaguán en el que se había refugiado intentaba distinguir a su perseguidor, pero era en vano; la noche de la ciudad se cerraba contra la calle en la que se encontraba, en un suburbio del extrarradio, como si de una mano fuerte y negra se tratase.

Permanecía en la oscuridad, indeciso, sin saber si echar a correr o permanecer agazapado como un conejo asustado, allí, en la oscuridad de su madriguera, a la espera de que su atacante pasara de largo o le encontrara y lo liquidara de un tiro. Sí, podía morir en unos segundos, dejar de existir para siempre y, en esos momentos, aquello no le pareció tan malo, después de todo. Ni tampoco tan extraño; estar vivo un segundo y al siguiente dejar de estarlo; ¿acaso no es eso la vida?; ¿no es lo que todos esperamos de un modo u otro, unos con más ganas que otros? Además, la ciudad tiene esas cosas; la ciudad es un sitio peligroso, un lugar en donde las oportunidades de expirar aumentan considerablemente a cada paso que damos. Estar vivo es peligroso: en cualquier momento puedes morir.

Aguardando la muerte, o un repentino cambio de suerte, maldijo el haber dejado la pistola –que siempre llevaba con él– en el motel, y reflexionó sobre los días pasados, los movimientos que lo habían conducido hasta ese momento: estaba claro que su oficio terminaría instalándole en un callejón sin salida. Podía haberse dedicado a otra cosa. Su estatus social se lo habría permitido. Estudiar en cualquier universidad del extranjero y terminar una

licenciatura, no sé, abogado, o quizá médico, o, por qué no, profesor de filosofía; de esos que se dejan una rala barbita cana y sonríen a las estudiantes jovencitas con un aire de inocente complicidad cargado de lujuria contenida. Pero no, el debía elegir el camino más abrupto, el más antisocial, el más escaso de todos entre cualquiera de las extravagancias disponibles: el sería detective privado. Claro que, esto era un eufemismo, pues, ni siquiera disponía de una licencia para ejercer como tal. Simplemente, a base de talento natural y una mezcla de habilidades adquiridas en el pasado, a través de su azarosa vida de aventurero, había conseguido hacerse un nombre, un hueco nada desdeñable entre los profesionales del gremio de su ciudad. Por supuesto, no habría conseguido tal reconocimiento por parte de ese mundo, casi siempre clandestino, de no haber mediado en él una auténtica falta de escrúpulos para aceptar cualquier tipo de encargos; trabajos de cierta enjundia canalla que sus colegas con placa no se rebajaban a realizar y para los que él solía estar disponible.

Los últimos meses se había visto envuelto en un asunto muy turbio en donde mediaban drogas y prostitución, y, además, un puñado de sentimientos nada compatibles con el esfuerzo de su profesión:

Recordaba, con precisión, los rasgos afilados y la expresión hermética de la princesa callejera –con una cara de muñeca abandonada que sostenía en su mirada más orgullo del que en realidad podía permitirse– que había ido a buscarlo unas noches atrás a su despacho habitual para encargarle un trabajito. Era lo acostumbrado, y la tarifa también lo sería. Lo que él no esperaba, era ir a encoñarse con aquella ninfa castigada por los vapores de la noche y el crujido de la intemperie. No al menos de esa manera en que lo hizo: tomando todo aquello como algo muy personal; una manera fácil de acabar en un arcén desangrándose y mirando al cielo, que se pierde poco a poco de la vista, con cara de gilipollas. Todos saben, él más que nadie, pues ha tenido la muerte pisándole los talones más veces en su vida de las que le gustaría recordar, que el amor y la búsqueda nictálope no son compatibles. Pero, claro, no estaba preparado para aquella mujer, aquella chiquilla disfrazada de mujer que no podía ocultar sus veinte años recién cumplidos bajo el espeso maquillaje y la impostura de tres capas de rímel: ella era fascinante, como lo son todas las fieras acorraladas; hermosa y derrotada, aún destilaba esa grandeza que suelen emanar los perdedores y que, a hombres como a él, con complejo de salvadores, le atraía sobremanera.

Su aroma de víctima, que aquella noche proyectaba con efecto terrible sobre la mesa del detective, se expandía invadiendo el miserable cuartucho encajado en el almacén trasero de un bar de Jazz, lugar en donde él trabajaba más a gusto que en cualquier oficina, ya se sabe, por la buena música y la confidencialidad que suelen aportar los garitos de esa clase en cualquier parte

del mundo.

Cuando ella abrió su boquita de fresa rosa y, con el sonido de un trémulo ángulo metálico de Coltrane colándose desde el pasillo, él sabía, ya antes de empezar a escuchar su proposición, que aquello no podía salir bien. Debió de dejarlo entonces; antes de aceptar el trabajo y de que ella le pagara sus honorarios.

Quizá fue la lujuria que corría su entrepierna arriba, como un cosquilleo eléctrico y especial que no sentía desde hacía mucho tiempo; algo normal en un hombre con sangre en las venas, dadas las piernas, largas como dos vidas de monje, y las preciosas tetas –de esas no muy grandes, no muy pequeñas– que gastaba la gachí. A lo mejor fue la sonrisa, ajada, pero conservando un rumor dulce de pasadas y, por qué no, futuras recompensas.

–Necesito que me ayude; y lo necesito esta noche –dijo ella, cortando de repente la bruma de la habitación con una voz burbujeante pero imperiosa que parecía no admitir una negativa y ocultaba al mismo tiempo una mal disimulada urgencia–. Me han dicho que es usted el mejor en la ciudad; bueno…, parece que el único capaz de hacer ciertas cosas…, ya sabe.

–No, no sé. Pero parece que usted –y el tratamiento le sonó ridículo, dada la edad que presuponía en su interlocutora y el lugar en el que se encontraban, uno de los tugurios más cutres de la city– si lo sabe. Y lo sabe bien. No crea que acepto todo lo que me proponen. Puede que la hayan informado mal; ya sabe, hoy en día y tal y como están las cosas, es mejor no fiarse mucho de nadie. Usted ha hecho lo correcto, venir a comprobarlo de primera mano –y, entonces, le tendió su mano fuerte y cuadrada como un martillo por encima de la mesa. Sintió un pequeño escalofrío al contacto con aquella piel dulce, miró a la chica, cómplice y socarrón, y proyectó una de sus mejores sonrisas a lo Bogart, de esas que últimamente no tenía muchas oportunidades de prodigar.

–Esto es algo muy serio, señor…

–Lo de señor dejé de aceptarlo hace mucho tiempo y, además, creo que está usted algo alterada. Pero no se preocupe, le diré a Charlie que nos traiga una copa y entonces podremos empezar a tutearnos, ¿no le parece, señorita…?

Él pulsó un interruptor que había en la pared, a su espalda; entonces, ella pareció mostrar su auténtica cara, aun debajo de tanto potingue, por primera vez desde que había entrado en la habitación. Él presumió que quizá por primera vez en mucho tiempo. Conocía su habilidad para empatizar con las damas, sobre todo con las que tenían problemas, problemas graves de

verdad, y aquella preciosidad de ojos castaños y rímel de payaso triste los tenía, de eso estaba seguro. Un segundo después de aquella reflexión al paso, también estaba seguro de que aceptaría el caso, fuera lo que fuese que iba a proponerle la chica; cosas del romanticismo, que le iba a hacer.

–Me llamo Esther, Esther…

–¡No, no me lo diga! –la interrumpió, rápido pero sin brusquedad alguna en su tono–; los nombres no son muy importantes, sólo una forma de dirigirnos a los otros; pero aquí, en este despacho, sí es importante el desconocimiento del apellido de mis clientes; me comprende, ¿verdad?, es por precaución, nunca se sabe…

–Me parece bien que seas un chico previsor –coqueteó con él algo más relajada, tuteándolo, y él pareció agradecérselo porque dobló su sonrisa inicial en una fuerte y sonora carcajada–. No se encuentran muchos así en estos días de locura. Pero…, iré al grano –entonces, se separó un poco de la mesa y, echando la silla hacia atrás, se descubrió la parte izquierda de la cara apartando su enorme mata de pelo rizado, quemado y rubio: una fea cicatriz con forma de labio africano, de al menos siete centímetros de longitud, le surcaba toda la cara desde la mandíbula hasta detrás de la oreja.

Él intentó poner cara de acostumbrado, de tipo duro hecho a todo, pero no pudo sostener una exclamación de sorpresa cuando la chica expuso su herida a la luz amarillenta y mortecina del habitáculo. En ese mismo instante supo que la suerte estaba echada.

Le siguieron varias noches, entre explicaciones del asunto, de polvos salvajes y vaharadas de alcohol y humo que ellos alternaban entre las sábanas sudadas del minúsculo cuartito que él había alquilado para la ocasión –nunca usaba su casa, nadie más que él entraba en ella–; entre los picos largos de caballo que las venas de ella reclamaban con feroz necesidad y la necesidad de él de abandonarse a una piel caliente, a una humedad prieta entre las piernas de otro ocaso, a la comprensión del silencio que sólo una mujer como aquella, perdida de toda vida, podía ofrecerle.

El tiempo del amor prohibido no suele durar más que una exhalación, fuerte y profunda, contenida en la angustia de los amantes que saben que eso que experimentan deberá morir dos o tres amaneceres después. Y, por ese mismo motivo –la inercia de perdedores que esa clase de enamorados disponen sobre sus relaciones–, son ese tipo de amores los más perfectos, los más imperecederos. Para ellos dos no fue diferente. Él casi temía el momento en que la separación de sus cuerpos tendría lugar. Demoraba en algo, dentro de lo razonable para un metódico profesional, las pesquisas iniciadas para

resolver el problema para el que había sido contratado. Su imaginación febril y romántica –algo de lo que no solía disponer a menudo en su vida, apartada de sus ángulos vitales como una segura forma de supervivencia para el medio hostil en el que solía desenvolverse– lo habían conducido en esta ocasión a otro callejón sin salida.

Lo que ella le pedía trascendía la mera tarea del detective, y, él, comenzó a pensar que, aquel o aquella que le había recomendado su nombre a la chica conocía de primera mano sus capacidades. No estaba seguro de si le gustaba esa reputación de matón que poco a poco se había ido ganando, se había ido filtrando entre los conductos subterráneos del mundillo nocturno. Pero, la cosa estaba muy clara; había decidido ayudarla y, además, la chica que ahora respiraba, tranquila y dormida sobre la cama, a su lado, parecía descansar de verdad por primera vez en mucho tiempo, y él no pudo evitar sentirse como el perfecto protector, algo que sabía lo conduciría directamente a la boca del lobo.

El asunto era cuando menos sórdido. Él sabía que no debía de confiar en ella más de lo preciso. Pero, ¿cómo coño aparta uno su lujuria, sus hormonas enredadas en la tela de araña del amor salvaje, de su profesión, cuando ha sido esta la que te ha conducido hasta ese atolladero? Ella le había pedido que matara a un hombre; un hombre que, de no morir, la mataría en unos días, y, su poder de femme fatal había obrado el prodigio eterno, ese del que los hombres no pueden escapar nunca, y lo había introducido a él de lleno en su vórtice peligroso.

Él tomó la decisión en el mismo momento en que ella le contó toda la historia, o, al menos, toda la que quiso contarle. La cama desahuciada de un hotel de tercera fue la rúbrica invisible a dicha decisión.

Estos turcos cabrones, pensó, arracimado contra la pared del soportal y usando la respiración cada diez o doce segundos, concentrándose en separar el sonido muerto y metálico de los coches en las calles aledañas y el rumor del agua en los usillos de la acera de los pasos de su cazador. Lo tenía claro. Estaba preparado, como siempre lo estuvo en estos casos. Ahora, no sólo estaba su vida en juego, algo que últimamente le traía sin cuidado, sino que, una chica, o mejor dicho, su cadáver aún caliente, suspiraba en su mente entrenada por una venganza ancestral: alguien debía vengar todos esos años de esclavitud sexual y tratos vejatorios. Seguro, no podría llevarse por delante a todo el grupo, pero, al menos, a ese que en esta noche parecía ejercer de némesis final para él, y que, ahora, bajo el sonido disperso de la calle podía escuchar acercarse a la puerta, lo acompañaría al infierno, fuera el que fuese

que le estuviera destinado.

Un paso prudente, dos…, y, entonces, estalló la lluvia. Hizo explosión, golpeando contra el pavimento mojado como si un deposito enorme de agua se hubiera derramado de golpe sobre la calle. Aquello debía de haber sorprendido al sicario que, en ese momento podía estar mirando al cielo y momentáneamente desorientado. Debía aprovecharse del tiempo providencial, no tendría una nueva oportunidad: se acercó al marco del portal, miró un solo segundo, para comprobar la posición de su perseguidor, y saltó a la oscuridad de la calle como una exhalación. La suerte estaba de su lado: el turco miraba en ese momento justo en la dirección contraría. Le cayó encima como un león acorralado, utilizando toda su pericia letal, y desarmó al enemigo proyectando una poderosa combinación de golpes a sus órganos vitales, tráquea, testículos, ojos, fueron atacados sin piedad en varias ocasiones, hasta que el maltrecho cuerpo del árabe se desplomó como un árbol caído sobre la acera. Antes de rematar al infortunado, miró a ambos lados de la calle, vacía a esas altas horas de la noche y extrañamente caliente. Luego, reflexionó un segundo antes de abrir fuego sobre la cabeza del inerte, para lo que pensaba utilizar su propia arma, y pensó en lo puta que era la suerte, ahora de tu lado, ahora contra ti: <<ese era el maldito y jodido juego al que todos estábamos sometidos>>. Accionó el gatillo con suma frialdad, y la cabeza de su antagonista se derramó a sus pies, abriéndose como una roja sandía. <<Punta hueca>>, pensó. Se aseguró de borrar cualquier huella del arma, y, luego, caminó con decisión y se perdió entre el bullicio del tráfico de la avenida.

–Es lo que hay hermano; hoy has sido tú, pero podía haber sido yo. No te preocupes, hay una bala por ahí esperándonos a todos, es solo cuestión de tiempo que me llegue la mía.

1.Introito Nocturno

Utilizaba la noche como un mal remedio, de esos que no terminan del todo con nuestras dolencias pero ofrecen cierto sosiego ganando algo de terreno al dolor, para el mal que le afligía desde no sabía cuántos años hacía ya.

Su guerra con el ser humano, su desidia, su negra aptitud para contemplar la vida, para soportar el castigo del tiempo, menguaban en la proporción en que la dama oscura reducía la afluencia de público en las calles: las calles de una ciudad –Madrid era el nombre de esta pesadilla de ahora mismo-, sustituta de otros dolientes gentilicios que habían poblado antes sus horrores, eran su cerco fatal, del que hacía tiempo, demasiado ya para arreglos de última hora, había arrojado la toalla de la fuga.

Tenía, pues, una deuda de gratitud con la noche y sus muros protectores: La pernocta callejera le amparaba en los encuentros casi inexistentes que a veces se producían con sus congéneres. Era un mal menor que debía soportar a cambio de su dosis habitual de efluvios urbanitas que, como un yonqui del polvo hormigonado, de sus seguras estructuras y pilares, consumían sus sentidos para escapar de los espacios abiertos. Quizás, poco probable en alguien con su preciso pasado, una célula agorafóbica había prosperado en él, y, sumándose a otros temores ocultos, solapándose con todos sus males y ocultando a su entendimiento su propio padecer, abortaba cualquier capacidad de huida del estado que lo embargaba. Hasta esa noche, esa fuga había servido a sus propósitos con cierta eficacia, engañando cómplice al día, del que se ocultaba como un nictálope.

Se despertó en su apartamento con un fuerte dolor agarrado a su vientre: le rugían las entrañas, el hambre llamaba. Echó un vistazo a su alrededor levantando la cabeza de la almohada. Un olor rancio y desagradable, de sudor humano agrio, despegaba de su cuerpo húmedo y avisaba a su nariz de los días pasados en la cama. Debía de llevar dos o tres días, quizás cuatro, durmiendo y sumido en un estado febril; las sábanas estaban empapadas, no conseguía recordar. El olor: <<¡Qué asco!>>, pensó. Y se incorporó como movido por un resorte sobre la cama. La cabeza le daba vueltas.<< ¿Qué estuviste haciendo antes de caer aquí? >>. Intentaba precisar los actos anteriores a la cuarentena autoimpuesta, que esta vez había demorado más de lo habitual. Se concentró de nuevo en la estancia: por las rendijas de la persiana se colaba en esos momentos un tenue reflejo

crepuscular que girando por la habitación iba a caer moribundo sobre el suelo de parquet gastado. El recinto, de unos doscientos metros, sin paredes interiores ni habitaciones salvo para el baño, al estilo de un loft neoyorkino pero con un claro peso victoriano dominando en su decoración, era de planta ovoide. Las paredes estaban empapeladas de un verde claro listado de flores de Lis que cada cuatro metros segmentaban columnas planas de caoba oscura a media altura entre el suelo y el techo de escayola beige, de cuyo centro colgaba una lámpara de araña de gran tamaño. Unos pocos muebles, un sifonier de seis cajones, una cómoda y una mesa, todos ellos herencia del diluido estilo imperio, con sus sillas de orejeras de tela a juego, decoraban el centro de la estancia. A su alrededor, forrando las altas paredes, librerías semicirculares de madera preciosa y cobriza cubrían casi todo el espacio a la vista. En ellas vivía una biblioteca digna de cualquier universidad de prestigio: colecciones completas de los clásicos se agolpaban junto y como escolta, a una primera edición de 1908 de la enciclopedia Espasa-Calpe –setenta y dos tomos de forros agrietados color marrón oscuro–, por la que un coleccionista habría pagado una fortuna. La sabiduría del mundo antiguo se fundía con la cultura contemporánea en sus estantes. Diversificando simetrías y colores, un mundo de encuadernaciones de todas las pieles y texturas posibles se abría ante los ojos del espectador: más de 5.000 volúmenes. Él era el afortunado heredero del interés por la sabiduría que había ocupado siempre un lugar preeminente en su familia materna: <<El único deber real del ser humano es la búsqueda de la sabiduría>>, solía recordarle su tía, satisfecha cuando sorprendía al precoz lector leyendo en un rincón del que entonces era su cuarto, cuando sólo contaba seis o siete años de edad, tumbado sobre la cama sosteniendo una versión juvenil de la Ilíada de Homero entre sus manos, La isla del tesoro de Stevenson y algo de Dumas esperando en los márgenes de la cama o derramados en el suelo junto a ella, aguardando a ser devorados por esos ojos voraces que le habían enseñado tanto de otras vidas y de otros mundos que aún no sospechaba llegaría a conocer.

Ahora, tras el derribo de los tabiques que antaño conformaban el piso configurando las habitaciones, la estancia, el “ depósito de cultura”, como a él le gustaba denominar al maremágnum en que bajo su cargo se había convertido aquel gigantesco templo al conocimiento, presentaba un aspecto desolador. La cama de matrimonio, un mastodonte con somier de cajones de madera de palisandro tropical que un ebanista ya fallecido había trabajado a medida para su tía, presidía uno de los dos ángulos ovoidales que cerraban los semicírculos a cada lado del estudio. En el otro extremo de la única habitación, en un lateral, y bajo una de las grandes ventanas abuhardilladas, descansaba un buró de persiana de estilo francés decimonónico, también de palisandro, obra del mismo artesano: una filigrana preciosa que solía utilizar como escritorio y archivo, y que últimamente sólo recibía las visitas del polvo. Sobre él, una lámpara de Tiffany’s, y, bajo ella, durmiendo, sus sueños

de escritor esperando la llamada de la inspiración en diversos cuadernos escritos a mano con letra ininteligible. En este mismo mueble, en un cajón oculto al estilo renacentista, se escondía también parte de su alma, confinada en un dossier amarillo sellado con lacre: un secreto que, violado en tiempos por otras personas de su familia, permanecía por el momento lejos de su memoria y su conocimiento, pero presente como latido angustioso en su pulso de cada día.

Los elementos, dispersos en un desorden babilónico configuraban un ambiente de desamparo a su alrededor. ¿Debía solucionar este problema en algún momento, o era ésa la disposición aceptada por su cerebro como normal? En esos instantes, poner algo de orden le pareció una buena idea que unos segundos más tarde fue a morir al baúl de las intenciones no realizadas. <<Ya buscaría en él otro día, ahora debía recordar; recordar y comer algo>>.

Se puso en pie y se despojó del pijama, una mortaja empapada que lo había acompañado los últimos días pegada a él como una segunda piel. Desnudo, recorrió la habitación hasta la pequeña cocina americana de acero inoxidable empotrada en un lateral del circulo de la habitación, que rompía, aportando dos ángulos rectos a la estancia, la unidad semicircular y la vetusta y elegante decoración que reinaba en el apartamento. Abrió la nevera con puerta de tanque, y de un tirón se bebió una botella entera de zumo de naranja, engulló dos bollos de leche rancios y un par de plátanos maduros a punto de corromperse que pudo encontrar rebuscando en los cajones del frigorífico, que era, duplicado del salón, todo vaciedad y desorden. << Tengo que hacer la compra >>, pensó. << Vaya…, otra cosa para la lista de mundanas vulgaridades a las que nos somete esta mierda de vida. >> Susurró para sí mismo. << Si no tuviéramos que comer ni beber para vivir todo sería más sencillo. Nos limitaríamos a respirar, simple y llanamente, alimentándonos de oxígeno; ¡Ja! >>, rió en la reflexión ácida de su próximo pensamiento: <<entonces, seguro que estos cabrones buscarían la forma de medir el aire que consumimos y cobrarnos por él. Si comiéramos del aire todo terminaría de un plumazo, el control del territorio que contiene el sustrato de la vida, la comida, ya no importaría. La sumisión eterna del humano al hambre no habría nacido junto a él, y éste, sin lugar a dudas, aunque no podría deshacerse del gen de la maldad que llega con él desde el feto -el pecado original materno-, tendría más oportunidades que ahora; eso seguro>>, continuó asertivo. <<Seguiríamos encontrando motivos para aniquilarnos y dominar otras cosas; quizás la religión se tornaría aún más peligrosa, exigiendo otra clase de tributos o intentando crear en la tierra diferentes infiernos que nos hicieran desear salir de ella, pero al menos habríamos liberado una gran parte de nuestro lastre existencial al escapar de la cadena de montaje, el pérfido sentido del trabajo manual que hemos aceptado, del sistema alimentario que nos obliga a canjear papel moneda por combustible para la vida. Si simplemente

tuviéramos que caminar y respirar, quizá pudiéramos conformarnos con existir en el más puro sentido budista de la palabra, sin deseos. ¡Qué estupidez! >>. Interrumpió su monologo disertativo sobre la redención del hombre a través de la dieta de aire cuando un nuevo crujido de su estomago le avisó, esta vez satisfecho, de su error. << Acabo de vender toda mi filosofía por dos bollos de leche caducados. Menudo Siddhartha estás hecho. Es imposible disgregar el mal de Hobbes, el lobo antropófago del alma humana; si no es comida será lo que sea>>, reflexionó. <<La consigna, antigua y evolutiva desde nuestra aparición en la tierra ha sido siempre la misma: coge todo lo que puedas de la forma que sea; poder para el futuro, poder para el presente, sin darnos cuenta de que no hay almacén posible capaz de albergar nuestra avaricia aquí o en otros mundos >>.Toda esta marabunta de pensamientos era algo frecuente en sus despertares lobotomizados por el alcohol, pero a veces creía estar perdiendo la cordura.

El ambiente mefítico precisaba algo de aire para su dilución; aire y algún agente químico más potente. Por ahora, bastaría el contaminante gas procedente de la calle que dejaban entrar las grandes ventanas ojivales abiertas en el centro del salón. El ritmo algarábico del tráfico callejero, diez pisos abajo, subía como un rumor distante hasta el ático; un sonido que él interpretaba como señal de salida: era capaz de descifrar, con su entrenamiento especializado de claustro monacal, cómo menguaba la población de camino a sus madrigueras de hormigón, de vuelta de las yuntas sociales del sistema proletario a las que se habían encadenado. Cuando percibía la nota precisa, se vestía y escapaba de su encierro para introducirse en la noche del exterior, mutando con la oscuridad, buscando, él también oscuro, la piedra filosofal de una posible alma gemela que nunca aparecía.

Gastaba sus noches caminando, golpeando lugares con su presencia, peculiar para cualquier viandante que cruzara camino con él. Gustaba de vestir al estilo años treinta, con un aire a lo James Cagney, como recién salido de un serial de gánsteres durante la ley seca, pero con algunos detalles personalizados y adaptados a su década: en las postrimerías de los ochenta, su fisonomía atlética de proporciones clásicas, con una impronta que dejaba ver en sus anchas clavículas de americana sin hombreras el paso por el gimnasio, se mezclaba a la perfección con ese aire trasnochado que le proporcionaban las mascotas de ala corta con las que cubría su cabeza y los jeans azul marino que él sabía vestir junto a esas prendas, confiriéndole un cierto toque "Steve McQueen", en su época de Bullit. Las corbatas, cuando completaban su indumentaria, eran cortas, con punta de rombo ancho y colores oscuros al uso de la Belle Époque. Para su habitual ocupación de lector compulsivo y analista de rostros noctámbulos, que luego intentaba plasmar en el papel de su escritorio –un cuaderno inquieto y casi siempre solitario, de exigua anotación, que en silencio esperaba a conversar con él en sus páginas–, utilizaba zapatos

de cordones de cuero oscuro y suela de madera cosidos a mano y con las puntas tachonadas, como sus héroes de blanco y negro; sin embargo, cuando encarnaba a su alter ego, ejerciendo de Hyde por las calles de Malasaña, calzaba, de forma más apropiada a este desempeño ocasional, botas de media caña con un toque ambiguo entre la marcialidad y la escalada. Este aporte excepcional a su habitual vestimenta, transmutaba al dandy bogartiano en una especie no registrada a caballo entre el hampón a sueldo y un aventurero decimonónico al estilo Corto Maltés. Su rostro, de mandíbula ancha y pronunciada engastada en un poderoso cuello, y sus ojos duros, de un gris acerado por mil mundos que a veces tornábanse dulces según qué impulsos, completaban una férrea y segura encarnadura que avisaba, hostil a su paso, no ser amiga de francachela o chanza fácil a los pobladores, los pululantes habitantes de sus insomnes paseos nocturnos. Frisaba los cuarenta y cinco, con algunas canas intercaladas entre sus sienes oscuras que añadían cierto atractivo al conjunto. Era, en general, un hombre bien parecido y preocupado de su aspecto, que hacía honor a su nombre y solía causar expectación entre las damas; las escasas ocasiones en que las prodigaba con su presencia, la estela de virilidad ancestral que dejaba a su paso instilaba en ellas la promesa del refugio protector, la segura defensa para su progenie que buscan la mayoría de las mujeres en un hombre.

Caminaba Madrid la nuit como un gato calzado con botas de siete leguas, ubicuo y efímero en los garitos llenos de almas de celofán, capaz de leer cada emoción latente, embriagándose con el poder que le había sido otorgado: esa vanidad averiguadora y psicóloga le servía en bandeja los atributos necesarios para su mercenaria labor, alejada de los clásicos que poblaban las paredes de su casa y de su escritorio, refugiado entonces en un halo dipsómano de novela negra poco escrupulosa de sus actos. Utilizaba su innata perspicacia ayudado de su vasta cultura, de su físico poderoso y entrenado, de ciertas habilidades adquiridas en tiempos, en otra vida que no gustaba recordarse, de la que había salido hacía ya mucho tiempo y a la que no quería retornar. Sin embargo, estas cualidades para el trato nocturno y hampón, le prestaban no flaco servicio en sus funciones: alquilaba todo este equipo a cualquiera que, tras arrostrar su trato frío y de justa amabilidad sin estupideces, al grano en los asuntos serios, reuniera las condiciones requeridas para su participación. Se entiende: justa remuneración, discreción y pocas preguntas, pago adelantado del setenta por ciento de los honorarios, que, aunque no era lo que se estilaba, él podía exigir dada la eficacia que le precedía en sus labores, y, lo más importante, la cuestión que excluía cualquier valoración de los rangos anteriores: nada de mujeres ni críos de por medio. En su negra alma aún había cabida, un exiguo espacio para la ética, su ética por supuesto, apartada de cualquier tipo de moral anglosajona y judeocristiana. Su ética, su moral, sus principios. Sin los que él no valía nada. No iba a dejárselos atrás en cualquier callejón, transaccionando por unos

billetes de mierda el poco de honor cuerdo que le restaba. No, él revisaba cada caso con escrupulosa dedicación, y, para cuando decidía actuar, ya había recibido el veinte por ciento de la remuneración acordada; pero si no le gustaba el asunto, se deshacía de su cliente y éste perdía la señal entregada. Era el trato acostumbrado, y hasta entonces nadie había interpuesto objeción alguna.

Estaba instalado en un mundo aparte, sin color específico para él, negro en el resto de mentes que lo poblaban o que lo observaban desde afuera, y no tan al interior, donde él se encontraba. En el fondo del abismo, acostumbrados los ojos a la oscuridad, ya no sentía la espesa negrura, las cíclicas angustias del remordimiento. En algún lugar de la fosa se le habían caído los sentimientos y no había vuelto la vista atrás para recuperarlos. Era un universo paralelo que transitaba para sobrevivir, un valor añadido al capital que, bajo el parquet de su apartamento, en un escondite construido para tal propósito. La pequeña fortuna que había conseguido con su trabajo poco habitual, había sido suficiente hasta el momento, pero, tras años de dispendio económico y fugas alcohólicas con algunos buitres carroñeros que le acompañaban en aquel entonces, en esas noches cerradas –antes del tiempo en que decidió ser escritor–, gran parte de este caudal se había esfumado. Necesitaba una fuente de ingresos, que, alejado para siempre del tránsito laboral al que se sometía su especie, debía buscar en otros lugares.

Disponer de su personalidad, del quién es quién que él era, le condujo fácilmente a ese trabajo: buscó consejo en los ambientes adecuados, consultando a algunos conocidos, y, añadiendo el resto de las novelas de Hammet y el cine negro, de los que era deudor en su personal acercamiento a la vida, montó una agencia de detectives clandestina y unigénita, de la que él era jefe, secretario y ejecutor. Le gustaba utilizar ese epíteto: “investigador privado”. La realidad, claro, ocultaba una función mucho más sórdida en la que se incluía la extorsión, la recuperación de elementos pecuniarios extraviados y la paliza ocasional, pero ésta última labor sólo era ejecutada en unos poco casos en los que él consideraba inexcusable la acción. Eran, pues, escasas las operaciones violentas, pero cuando las realizaba se investía con el manto del vengador solitario, el justiciero, y obtenía un sentimiento extraño, mezcla de ebriedad destructora del mal, <<necesaria en este mundo maléfico infestado de diablos que él conocía tan bien>>, y catarsis redentora de acciones pretéritas que su mente había exiliado en un olvido severo y preventivo.

El otoño madrileño había muerto antes de tiempo, dando campo libre a un invierno vengador que regaba las calles de la capital con su manguera de hielo. El viento entre las avenidas sostenía una sensación térmica siberiana en el ambiente nocturno.

Caminaba taciturno, enfundado en su gabán color gris oscuro de lana inglesa, amplio y cómodo, con espacio para dos inquilinos, él y su compañero nocturno de metal, su flamante Colt 1911, el legendario modelo "Government" que había heredado de su padre: una reliquia de la guerra civil española que en cierta ocasión, un americano aventurero y perdido lejos de casa le había regalado a éste. En las manos adecuadas, un instrumento de muerte eficaz.

Se dirigía a una de sus guaridas habituales con paso explosivo, contundente y militar, que parecía a cada zancada querer avisar al mundo de que se encontraba allí, de que ese metro de terreno le pertenecía en aquel momento. Los puentes, los viaductos y cañadas de hormigón encastrados entre los edificios, moles de cristal y acero en las avenidas, le hacían pensar en melodías de jazz, le susurraban síncopas nocturnas, cambios de ritmos suaves y bruscos. Creía que el jazz –como torrente expiador de almas en condena, de paso por el asfalto vital más caliente, que no alcanzaban sino a través del pecado original de su música la redención– encajaba a la perfección con las estructuras de maciza oscuridad que se erguían ante él, pretenciosas y muertas salvo por las luces violantes de sus fachadas, pequeños focos de luz exigua anunciadores de vida en el interior de su masa negra. Le parecían una analogía perfecta para definir su existencia, anodina pero con rupturas abruptas del ritmo en su cadencia diaria, cuando le ocupaba algún asunto: quebradas de actividad, cotas de altura a veces desagradable, que alcanzaban a su vida algo de aliento agrio con que sostener un día más. Esa sensación de desasosiego, de andar por el filo de una navaja, le hacía sentir vivo: el trasiego de rondas de medianoche, de garitos, la música negra que lo envolvía golpeando en sus sienes, la garganta cuarteada por el silencio de los alcoholes que despachaba con generosidad. Un submundo, el género underground, metafísico en ocasiones, con el que danzaba cada noche libre u ocupado, no importaba como tuviera el alma de destrozada.

Su cartera de clientes menguaba o crecía, según las pretensiones de éstos, cada vez que se dejaba caer por los acostumbrados lupanares. Esa noche, sin embargo, sus ojos inquietos y escrutadores estaban dispersos tras un pensamiento diferente: Algo había llegado para interferir con su vida; hoy, sabía exactamente adonde dirigía sus pasos, normalmente al azar entre sus frecuentables: una carta, una petición ineludible en su interior, le iban a poner en contacto con un cliente poco habitual, y él, no estaba siquiera cerca de vislumbrar que aquello hacia lo que se dirigía cambiaría su existencia para siempre.

Cruzó la calle Diego de León, tras mirar a izquierda y derecha, previsor y mecánico. El "Whisky jazz club" esperaba como cada noche, las puertas cerradas, con dos amplios pilares de ébano ensortijados de oro y americanas de alpaca brillante ante ellas, que, selectores del paso hacia el interior, reconocieron enseguida la figura del hombre del gabán oscuro. Él hizo un ademán de saludo, y, bajándose el cuello del abrigo, miró una vez más tras de sí, franqueó la entrada y se perdió en el interior. Fuera, una noche de acero helado comenzaba a destilar una fina llovizna sobre la ciudad que duraría días.

2.Al son del águila

La lluvia golpeaba, insolente y mezquina, contra el suelo de granito del patio de maniobras en el cuartel general de infantería de marina de el Ferrol, “Nuestra Señora de los Dolores”, aquella mañana húmeda y plomiza del verano de 1936. En la cantina, extrañamente fría para el estío, y sin posibilidad de calentarse por las restricciones de carbón que habían dejado secas las calderas, Fernando Álvarez de Sotomayor, hijo del marqués de Sotomayor, encumbrado al rango de comandante de manera precoz a los treintaiuno, y, distinguido con la “Laureada de san Fernando” por su brillante actuación y el rigor castrense mostrado en el desempeño de sus funciones durante la campaña de Marruecos, tomaba solitario su café de achicoria mientras miraba por las ventanas los huertos y los castaños que crecían en las traseras del acuartelamiento, agrisados a esa hora por la luz tenue del albor. Entre sus manos sostenía, dubitativo y preocupado por el sesgo que estaban tomando los acontecimientos, un ejemplar del diario madrileño “La Voz” fechado el día 21 de julio y cuyo titular rezaba: << El pueblo de Madrid vigila y trabaja, la columna de fuerzas leales entra victoriosa en Alcalá de Henares>>. Lo leía varios días más tarde a su publicación, debido a los obstáculos que el periódico había tenido que sortear –restricciones en las comunicaciones, los transportes y vías ferroviarias, que estaban cortadas en su mayor parte de este a oeste y de norte a sur-, atravesando la mayor parte de la Mancha, en poder de la República, y pasando por un Bilbao también afecto a la izquierda, para llegar por fin, algo empapado y con noticias rancias a la Coruña.

Un hecho era cierto e ineluctable; la revuelta, el concepto metafísico de las dos Españas, era ahora una antítesis real y física que se abría paso entre una ola enfervorecida de clamor popular, una espuma de locura revolucionaria que asaltaba las calles de la capital: el espíritu libérrimo de los proletarios, ahora favorecidos por la masa, apoyados en sus ideales con más fuerza que nunca, se materializaba en las calles en carretadas de milicianos –gorras de punta, fusil al hombro y alpargatas-, que esa mañana tomaban por asalto el cuartel de la Montaña y ponían en fuga al regimiento de transmisión de el Pardo. En esos momentos, disponer siquiera de ideas opuestas y ocultas que quedaran expuestas en actitudes o palabras inadecuadas, era harto peligroso en una ciudad donde la embriaguez de la licencia para apretar un gatillo se volvía cada vez más frecuente, emborrachando a los grupos de leones de un ardor comunista al que rendían culto sangriento a la menor oportunidad: era la lógica actuación de un pueblo cansado de convivir bajo los bastiones de la

opulencia, sometidos a una aristocracia secular, con una autarquía del poder heredada que nunca descendía de sus altares. Ya era hora de que el pueblo llano tomara aquello que le correspondía por derecho natural; y lo tomaría por la fuerza, el único modo demostrado que conoce la civilización de desposeer al tirano del poder que ostenta. Esa íntima convicción, yacente en el alma proletaria, despertaba a bocajarro, dispersándose en un ambiente caótico y sanguíneo donde las autoridades competentes se diluían inútiles en sus intentos de llamar al orden. Toda esta lujuria de ideales comprimidos legitimaba en las mentes populares el derecho a matar, convirtiendo a veces una causa justa en asesinato o vendetta personal alejada de aquella pureza primigenia que parecía querer justificar las acciones cometidas en nombre de la libertad.

Era la euforia de la madre República, la patria de los desheredados, de los proles de la tierra, que tras un éxodo de siglos veían por fin la llegada a su tierra prometida hecha realidad, regresando a su Jerusalén particular. Madrid, vivía intensa esos días aquello que André Malraux, que llegaría a España ese agosto de 1936, definiría como “Apocalipsis de la libertad”.

Para el bando nacional, estas noticias llegaban lúgubres. La capital de España no era el único bastión del Frente Popular: aquel 21 de julio de 1936, la caja de pandora republicana había derramado sus poderes por casi todo el territorio nacional; Barcelona también lo retrataba en sus calles y se hacía eco por toda Cataluña del fracaso del alzamiento militar; en Gijón, resistían a duras penas los sublevados de Simancas; en el sur, Jaén y Almería se adherían a Málaga en su ardor popular contra el fascismo. Además, en el norte, los apoyos de los nacionalistas Vascos al gobierno ayudarían a sofocar la sublevación, rindiendo el cuartel de Loyola en San Sebastián. El signo no era más favorable a los rebeldes en el mar: la mayor parte de la escuadra nacional se mantenía a las ordenes de la República, hecho éste que debía sin lugar a dudas inclinar del todo la balanza a favor del gobierno de Madrid; éste se hacia la siguiente pregunta: ¿A que esperaban los sublevados para rendirse y reconocer su derrota?.

Los diarios pregonaban el dominio y control de la República en casi toda la geografía española; era, pues, cuestión de días que alcanzaran la victoria.

Desde su posición de segundo comandante al mando en el cuartel general del Ferrol, Fernando Álvarez de Sotomayor esperaba, frío en sus modos e

incólume a la desazón, las ordenes que debían llegar desde el sur. Granada, Córdoba y Sevilla eran ciudades que ellos controlaban, adeptas a la sublevación, pero estaban aisladas entre sí y representaban un serio problema para su mantenimiento en la causa nacional, ya que los pueblos que moraban en los campos que las rodeaban y separaban eran totalmente leales a la República. Cádiz, reducto marítimo, representaba una vía de entrada muy peligrosa para un desembarco desde África, pero al gobierno central se le antojaba distante, con kilómetros y kilómetros de territorio enemigo mediando entre la soleada gema andaluza y el corazón del bastión republicano en Madrid.

El terror apátrida que iba a partir España en dos mitades, dos hemisferios fratricidas, no había hecho más que empezar.Y un pensamiento negro como las nubes del exterior cruzó por la cabeza del comandante.

Habían pasado catorce años desde aquella lluviosa mañana. De pie, frente a la ventana de su despacho en su madrileño piso de la avenida de la Gran Vía, un rostro sombrío observaba el cielo emborronado de negros nubarrones; el viento, ululando en los cristales, le traía el recuerdo lejano y asperjado de las galernas gallegas.

El niño, afrontando la prohibición a sus cinco años, cruzó el umbral, pantalones cortos de cuadros, temor reverencial del reducto paterno, y distinguió mirada arriba –las altas botas de cuero negro brillante encajadas a la perfección en unos breeches militares de color caqui- la fisonomía de su padre, que, ayudada de una luz gélida que entraba por los postigos, se proyectaba fantasmal sobre el suelo de madera noble y pulida del estudio.

Su padre, con las manos a la espalda, y sin dirigirle la mirada, inquirió con gravedad: ¿Qué haces aquí? ¿Dónde está tu madre? Sabes que cuando tu padre está en el despacho no debes molestarle, ¿acaso no te lo ha enseñado tu madre? La débil voz del niño tras él, que apenas le llegaba a las rodillas, despidió un susurro que no difería en mucho del silencio.

–Contesta a tu padre, hijo –ordenó con severidad–. Vamos niño, ¿no se te habrá comido la lengua el gato? El niño, congelado en su mudez, no acertaba a proferir sonido alguno. Entonces, el teniente coronel Fernando Álvarez de Sotomayor, con su eterno aire marcial, lo despidió amablemente del despacho y cerró las puertas tras de sí. La recepción había finalizado. En la cara infantil del niño quedaba, resguardado en forma de sonrisa indescifrable, un cierto poso de satisfacción.

-¡A comer! –era la voz de timbre eléctrico de la niñera que lo llamaba, desagradable, interrumpiendo su momentáneo triunfo. <<Seguramente será el almuerzo>>, pensó el crío, y, acto seguido la vio aparecer, cofia en ristre, por el pasillo oscuro y sin ventanas que comunicaba el ala norte de la casa, el fortín inexpugnable del patriarca que momentos antes había tomado por asalto en un descuido del guardián, con las habitaciones del servicio y la cocina. << Quizás sí; seguro que sí; conseguiré volver allí en otro momento>>, aseguró en su mente. Y entonces echaría un vistazo con detenimiento a lo que fuera que su padre guardase con tanto celo en aquellos muebles que a él se le antojaban negras montañas que debían de ser escaladas: los pasos donde se escondían, riesgo y secreto, los ingredientes de la aventura. Un segundo después, su mente reclamó a su madre, que en esos momentos se encontraba dando clases privadas de apoyo escolar a las hijas de unos amigos: historia del arte.

Las chicas se encerraban desde muy temprano en el salón biblioteca del lado sur del enorme piso con su adorada musa, y él, aguardaba escondido en una de las habitaciones frente al pasillo, acechando la aparición de las tres hembras, sus tacones de media altura repiqueteando contra el parquet, sus medias de costura transparentes, de hilos ascensores al cielo, torneando las columnas, los fuertes gemelos helénicos que encendían la llama de su precoz lujuria. Más tarde, en la íntima oscuridad de su habitación, rendía pleitesía a

sus diosas con homérica delectación, jugando con sus genitales, su pecado escondido bajo las sabanas, el peso moral del pronto adiestramiento para la castidad que recibía en los jesuitas avisando en su mente infantil. Sentía, al finalizar con el estertor de placer que siempre acompañaba a la innata manipulación, un pequeño vacío, cierto remordimiento sordo que unos instantes más tardes se rellenaba con un sentimiento nuevo de hombría no comprendida del todo aún, y que, sin embargo, presentía crecer en cada escarceo onanista.

Águeda Solís Saugnier no había terminado sus estudios de historia: cuando cursaba el tercer nivel, de camino a la diplomatura en la Complutense, un halcón oscuro en forma de amor y guerra llegó sobrevolando sus aires inocentes para arrebatarla de las aulas.

Corría el año 1934. La señorita Águeda Solís Saugnier, hija de un adinerado industrial salmantino y de una damisela parisina con cierto abolengo que su padre había conocido en uno de sus viajes de negocios a Francia, cantaba a las calles de la capital sus dieciocho años de edad y una belleza que se comentaba en todos los mentideros aristocráticos de Madrid. Ingresó a la alta sociedad en una extraña puesta de largo una fogosa tarde de primavera, en una fiesta que su padre, granjeándose la amistad de la clase militar afiliada a la CEDA (Coalición Católica de Derechas), daba para los jóvenes oficiales y la nobleza madrileña. Fue allí donde conoció al joven militar, pavoneándose entre las damas con sus flamantes galones de capitán recién ascendido a las ordenes del "Generalísimo" por su valeroso comportamiento al mando de una de las unidades que desembarcó en Alhucemas en el veintiséis; entonces era uno de los tenientes más jóvenes del ejército, y ahora, según se comentaba en los salones de la capital, contaba con todas las prebendas del Héroe de África para saltarse un rango y hacerse en breve con el cargo de comandante en el Ferrol. Fernando Álvarez de Sotomayor, único hijo varón del difunto marqués de Sotomayor, había heredado de su padre el porte aristocrático, de rancio abolengo, y una notable fortuna que las lenguas envidiosas decían diezmada por la afición al juego y la licenciosa vida nocturna del marqués. Éste bagaje de maledicencia prestaba al joven oficial un aire romántico de canalla a lo Casanova, que, unido a su bonito uniforme y su brillante futuro como militar, le concedían un atractivo charme, seguro salvoconducto al corazón de las señoritas casaderas de la clase alta madrileña.

A la señorita Solís, su ingenuo platonismo la acercó entonces al héroe de esa manera en que a los dieciocho se entregan las mujeres al amor, todo fuego e inconsciencia. Los meses de apasionada relación, de cautividad

amorosa, su complicidad, que parecía crecer con cada paseo por el Retiro, dieron paso con prontitud, quizá demasiada para su juventud, a una realidad histórica que truncó de un sablazo su noviazgo: el nombramiento como comandante llegó con dispar aceptación para la pareja. Águeda estaba orgullosa de su apuesto oficial, pero la brusca separación del entorno familiar y sus amigos dejó en su boca un amargo sabor que se llevaría con ella a su nuevo destino. Fernando, debido a la urgencia que requería su responsabilidad militar, tuvo que partir sin demora para tomar posesión de su puesto como segundo oficial al mando adjunto al teniente coronel, en el cuartel de infantería de marina de Nuestra Señora de los Dolores, el tercio norte de la armada en el Ferrol de la Coruña.

Los acontecimiento nacionales, que inclinaban el péndulo político hacia la izquierda, cómo el futuro en los próximos meses vendría a confirmar, aconsejaban el éxodo de Madrid para toda la alta burguesía, acomodada en brazos de la aristocracia, y la clase militar afín a la derecha; sería necesario huir de las posibles represalias que podrían surgir si los rumores del alzamiento que desde Marruecos iba a encabezar el general Francisco Franco, en ese momento capitán general en las Canarias, se hacían realidad.

Se casaron casi sin planearlo. Fernando, con sólo treintaiún años de edad y una gran responsabilidad a sus espaldas, marchó hacia el Ferrol con su preciosa esposa de diecinueve recién cumplidos, que de repente tendría que verse las caras con una vorágine de sucesos que acabarían con su adolescencia de estudiante universitaria de forma abrupta. Águeda Solís, ahora señora de Sotomayor, no tuvo tiempo de disfrutar de los laureles de su marido junto a sus amigas en las lujosas terrazas de los paseos madrileños. Su bisoñez romántica se vería sacudida por la realidad circundante, y por un marido sobrio, severo, militar hasta la médula, que llevaba el uniforme incrustado en el alma, y que, a veces, como podría comprobar en lo sucesivo, sería frío en sus relaciones conyugales y sufriría cierta tendencia a recriminar el comportamiento en sociedad de su mujer; un celo correoso que a veces rayaba en la neurosis.

Águeda tuvo que adaptarse deprisa y sin remedio a la vida castrense en una casa cuartel del ferrolense barrio de la Magdalena, donde se habían habilitado unas estancias lóbregas y austeras para los altos cargos militares y el personal de la marina. Meses más tarde, atendiendo no sabía bien, si a un afán elitista en aquella sociedad cerrada, o a una cierta delicadeza para con ella, su marido alquiló una residencia en una casa palacio del siglo XVIII: los salones eran fríos y demasiado grandes para dos personas, y, aunque tenían personal de servicio -una cocinera, una limpiadora y un casero que hacía las veces de mayordomo-, ella siempre se sintió sola en aquel enorme caserón. No obstante, la planta de arriba de la casa llevaba algo de consuelo a su

ánimo, cuando en las sobremesas de los días claros subía a sentarse en los magníficos balcones de labores de hierro forjado y galerías acristaladas, sometiendo a su aburrimiento con interminables sesiones de lectura bajo la luz de herrumbre de los desabridos mediodías gallegos.

Su vida se fue constriñendo de grises a medida que se resignó a dejar de soñar con el amor. Fernando había mutado en un ser distinto al que ella había conocido; el nombramiento lo había desposeído de su antiguo sentido del humor y había dado paso a algo oscuro que dormía en su interior; algo sórdido que Águeda solo pudo entrever entonces, y un sentimiento helado y descorazonador empezó a formar parte de su vida meses después de su llegada a la Coruña.

Águeda paseaba su espíritu solitario por las calles de la ciudad. Construida en forma de parrilla, su escrupulosa geometría sometida a la necesidad de plaza militar que desempeñaba, siempre le produjo cierta congoja claustrofóbica. Caminaba por la dársena del puerto, en donde contemplaba el feo espectáculo metálico de los buques de guerra fondeados en la ensenada, durmientes de acero mecidos por un agua oscura esperando a ser despertados, ira y fuego, en cualquier momento. A veces, las menos, Fernando la acompañaba en los días de tiempo benigno, cada vez más ausente, más congelado, paseando junto a ella pero a mil kilómetros de distancia por la alameda de Suances, bajo los olmos centenarios testigos de su incomunicación, sumido en un mutismo tenebroso que poco a poco iba enfriando en ella su antaño fogoso corazón.

La vida social no era muy distinta: Águeda pudo comprobar la secular estratificación que convivía a su alrededor en capas sociales muy diferenciadas: en el Ferrol de los años treinta no había salida posible de los estamentos asignados al nacer. Su rítmica monotonía, la lenta procesión de días y noches sin horas, productoras de hastío, era levemente desagraviada por un microclima campechano que permitía crecer a la higuera y el limonero en los patios de piedra húmeda, y a las dalias, que asomaban sus flores al pasar.

Echaba de menos el trato cordial de sus amigas de la facultad, el núcleo elitista de las que estaban llamadas a ser esposas de los jefes del país. Ese Ferrol de guerra y grises que ella conoció, permitía el único divertimento ocasional de la llegada de una compañía de teatro o quizás alguna zarzuela. En cuanto a las esposas de los oficiales, éstas sentían un rencor callado que ella podía adivinar tras sus sonrisas hipócritas: una envidia de su posición de primera dama de la comandancia que, ayudada de aquel lugar fantasmagórico les iba robando el alma. Tampoco mejoraba la convivencia el hecho de que esta separación social en capas se trasladara al interior de la oficialidad, siendo los oficiales de la armada en su mayor parte de derechas y algunos del

ejercito republicano, aunque también podían encontrarse monárquicos entre sus filas. No obstante la hostilidad yacente, Águeda hizo uso de su dignidad férrea y de la clase humana heredada de su madre e impuso entre la mini sociedad de damas, creando escuela, un toque de distinción y glamour parisinos con sus modelos traídos por su padre de París el año anterior especialmente para ella, y que, aun sin el beneplácito total del comandante Álvarez, contaban con la aprobación del resto de oficiales y de sus esposas, elevando a su marido una nota de vanidad que su ego no podía rechazar.

Los negros años de la guerra, los destinos belicosos siguiendo las órdenes que recibía su marido del alto mando, el polvo del horror sobre su cuerpo en forma de oscuro descubrimiento del alma de Fernando, un secreto que guardaría a salvo con ella hasta años antes de su muerte, fueron minando su vida exangüe de amor y desataron en ella un sordo rencor hacia su marido, culpándole del tránsito, tan distinto del que ella había planeado para su vida, al que la había sometido su negro sino.

Tras la victoria y la entrada triunfal en Madrid, el 31 de abril de 1939, de las tropas nacionales, Águeda Álvarez de Sotomayor se instalaba en un piso de la Gran Vía que había pertenecido a su padre, en esos momentos exiliado en Francia junto a su madre por motivos políticos no acordes con la causa franquista, y a los que no volvería a ver con vida. Tenía veintidós años; su mirada aparentaba cuarenta: la guerra, la del exterior, en un país al que había dejado de comprender, y la que se libraba cada día en sus adentros, buscando una motivación para continuar un poco más, la habían dejado seca. La máquina de relojería de tic-tac anodinos, engrasada y ajustada por ella para la supervivencia, en que había convertido su vida, estaba a punto de averiarse para no arrancar nunca más. Hasta entonces había podido controlar las manillas del reloj para conseguir que avanzaran, lentas y pesadas, poco a poco adelante; ahora, sin cuerda posible, iban atrasando el tiempo a su alrededor, incapacitándola para huir del horror pasado, sin refugio posible para su consciencia. Esa consciencia que había despertado con colores difusos una tarde de primavera, donde la avenida de los olmos, cómo a ella gustaba de llamar a la de Suances, refulgía con un rosado resplandor en las copas de los árboles, sus leales y estáticos compañeros de paseos solitarios. Los maizales en la distancia, con su verde fulgor que iba a morir con la tarde, dibujaban a su paso un paisaje de impresiones imperecederas, y la veían ese día acompañada de la única mujer a la que pudo considerar su amiga dentro de lo posible, o al menos eso creyó entonces, en esos años gallegos y fatídicos que le tocó vivir lejos de su amado Madrid y de sus padres.

Margarita Salgado, que decíase emparentada, prima lejana del Generalísimo, casada con un oficial del cuerpo de contadores de la armada (los rebautizados posteriormente como intendentes, y a los que buena parte de

los Franco pertenecieron), era una chica de ojos vivarachos y sonrisa pizpireta, de unos veintitrés años, que, aunque de sobrada educación, no había tenido, sin embargo, acceso a esa distinción que vestía a Águeda, esa iluminación que proyectan los auténticos nobles a su paso y que sólo se encuentra en la herencia genética, sin que los nombres o apellidos puedan intervenir en esto. Era, pues, una envidia admirativa la que poblaba el corazón de su amiga, que veía a Águeda como a una de esas diosas del celuloide americano, a lo Greta Garbo o Clare Bow, dulce, vivaz y con un toque pícaro, también aureolada de misterio en sus ojos sofisticados y sensibles, toda clase e inteligencia, que las demás esposas del cuartel criticaban, aperreadas por su altura inalcanzable para ellas desde su mediocridad burguesa. Diosas que Margarita había visto en sesiones privadas -proyecciones de cine elitistas y sin censura; como "El Demonio y la Carne", donde la Garbo desplegaba toda su erótica y fría sensualidad; o "It"-, películas de los tumultuosos años veinte americanos que no llegarían a España oficialmente hasta mucho tiempo después.

Estos paseos bajo la tutela de los días grises fueron comunicando confianza a Águeda que, lentamente dispuso un hueco para la nueva inquilina en su solitario corazón.

El marido de Margarita, Nicolás Salgado, un apuesto y pretencioso capitán que trabajaba como intendente en la escuela de administración de la armada, era un asiduo en la escasa camarilla de la que gustaba rodearse al comandante Álvarez; podría decirse que un amigo íntimo, aunque el termino íntimo no fuera muy del gusto de éste último. Al contrario que Águeda, que casi no compartía con su marido más que la cena y algún que otro comprometido paseo, Margarita disponía cada noche en el tálamo de todos los pormenores del día cuartelario a través de su esposo; éste, incluso le hacía confidencias acerca de ciertos asuntos que no debían ser aireados, y a los que él, en su privilegiada situación de mano derecha del comandante, como gustaba de creer, tenía un acceso ilimitado. Cuando contaba a su linda mujer la bitácora del día, toda su mezquindad de falsos oropeles se le desparramaba por la boca, en unos labios vulgares de gruesos y al mismo tiempo sensuales, que le granjeaban un puesto de ventaja entre los sueños eróticos de las féminas. Nicolás Salgado era hijo de un contable de derechas, un proselitista de oscuro pasado que había sabido jugar sus cartas, y, blanqueando dinero para algunos potentados, usando la especulación y la usura, había amasado una pequeña fortuna inmobiliaria. Utilizando sus contactos en las altas esferas políticas y militares colocó a su único hijo en el puesto que le pertenecía: junto al mando.

Nicolás había hecho méritos en la academia militar de Zaragoza, graduándose segundo de su promoción. Había seguido después los pasos

ruines de su padre y cursado estudios de administración de cuentas, para, algún día, cuando los tiempos dispusieran la oportunidad, beneficiarse de estos conocimientos. Ese momento había llegado; gracias a la ambición sin límites que lo embargaba y a los contactos de su progenitor, Nicolás se instaló en un puesto de ventaja sobre las listas de aspirantes a intendentes de la Armada. Ese cargo ya obraba en su poder, y esperaba ahora el ascenso casi seguro a contador general. Esta posición de privilegio le permitiría en un futuro hacerse con pingües ganancias, tanto económicas como políticas. El matrimonio elegido por su padre, con una chica que, aunque en la distancia genealógica, entroncaba con la familia Franco, tampoco hacía ascos en su contra. De momento, a la espera de su nombramiento, hacía meritos a ojos de sus superiores; caminaba tras su comandante a la manera de un perrito faldero, soportando con una sonrisa y actitud sumisas el carácter atrabiliario y displicente y las intempestivas salidas que éste prodigaba entre sus subordinados de forma tiránica. No cabía duda de que el capitán Salgado era uno de esos hombres mediocres, envenenados de envidia y codicia, que florecen a la sombra de árboles más fuertes esperando a recoger los frutos de su caída. Para su amante esposa, no obstante, ávida de lujuria por el apuesto oficial, cegada por la pasión, su Nico era un diamante que la vida le había regalado y que ella cuidaba con esmero enfermizo.

A veces, muy raras éstas, cenaban los cuatro juntos en casa de los Álvarez. Entonces, Fernando, tras tomar el coñac de la sobremesa, parecía incubar algo de humor que repartía ante las sonoras e hipócritas carcajadas de su subalterno, que reía al punto de desencajarse las mandíbulas; instantes después, el rictus sombrío de costumbre volvía a dibujar la cara del comandante y se retiraba al salón con el capitán: un mundo vetado a ellas, que, a solas y cuchicheando los cotilleos de la semana, aguardaban a sus maridos sentadas en las sillas verdes de aglomerado plastificado de la cocina. Los domingos, los Salgado los acompañaban a misa. Águeda no era muy religiosa; su educación había seguido las sendas liberales y progresistas de su familia materna; esta formación se prolongaba incluso durante las vacaciones estivales, cuando su madre la enviaba a Francia junto a su abuela a pasar unos días, que ella aprovechaba para recorrer París y aprender el francés, un idioma que en aquel tiempo coronaba con distinción, poniendo la guinda, la educación de una señorita de su clase. Como buena amante del arte, Águeda gustaba de observar con detenimiento las construcciones religiosas durante los oficios dominicales, y, en ocasiones, durante la semana, acompañada de su inseparable Margarita, sometía a ésta a un peregrinar cultural por las distintas edificaciones del pueblo: deambulaban desde San Julián hasta San Francisco, pasando por Nuestra Señora del Socorro, todas ellas iglesias del siglo XVIII, haciendo de cicerone y detallando con minuciosidad cada pormenor arquitectónico para su amiga.

Aquella tarde rosada de 1937, Margarita Salgado rompió su habitual charloteo inconsistente y abrió un nuevo y desconocido capítulo en el prontuario de Águeda.

–¿Sabes lo que se está cociendo en Andalucía, querida? a nivel oficial me refiero, ya me entiendes… - dijo la pelirroja con gesto confidencial, mientras miraba a ambos lados de la alameda, como si quisiera asegurarse de que estaban solas, para así provocar más expectación en su amiga.

–No sé a qué te refieres -repuso Águeda.

–Ah, creía que tu marido te habría puesto al tanto –continuó Margarita, enfatizando de nuevo la duda-. No sé si debería…

–Pues no, cariño, pero sospecho que me lo vas a contar de todas formas –la interrumpió Águeda, un poco mosca por la actitud de su amiga.

–Espero, bueno sé, que no saldrá de aquí lo que te voy a decir; me la juego con Nicolás. Es eso que ellos llaman, ya sabes…, secreto de estado –al terminar de decirlo, una sonrisa alcahueta enmarcó sus ojos, ávidos a la reacción de su amiga.

–Bien, dime, tu secreto está a salvo, tienes mi juramento de muerte –bromeó Águeda, dejando escapar una cínica sonrisa entre sus labios.

–Nicolás me lo contó anoche –prosiguió, con lentitud, haciéndose de rogar, saboreando la única victoria, el único partido que podía ganar a su adorada diva: el de las confidencias–. Estábamos en la cama, ¡ja! –emitió una risilla ahogada y ordinaria de niña traviesa–, entonces me soltó todo de golpe; parecía querer desahogarse; chica, no veas como rajaba –adoptó entonces un tono más confidencial y comenzó a reproducir la historia para Águeda, que a esas alturas de la conversación estaba a punto de agarrarla de los pelos, si eso no hubiera afeado sus acostumbradas buenas maneras.

–Pues, verás –comenzó por fin Margarita, el triunfo confirmado en la expresión de su carita redonda y pecosa–, creo que todo tiene que ver con una purga que quieren hacer antes de que la guerra se decida a nuestro favor; una especie de limpieza de comunistas, para que no puedan pasarse a nuestro bando previniendo la derrota; así evitaremos los cambios de chaqueta de última hora, ya sabes.

Águeda había perdido su eterno semblante de aburrimiento ante su

amiga, y la escuchaba ahora con un interés desconocido. Margarita continuó, contenta de la sorpresa pintada en el rostro de Águeda. Por primera vez sentía la atención de su amiga puesta en sus palabras, y eso le produjo una gran felicidad, su ego inundado la hacía sentirse importante.

–Los altos mandos en las diversas plazas adscritas al bando nacional, sobre todo en el Sur, están gestando un dossier, un documento secreto que reunirá en una lista todas las afiliaciones a la izquierda: tanto civiles como militares, oficiales y soldados, empresarios, políticos, están incluidos; todos, con nombres y apellidos, libros de familia, predilecciones o movilizaciones a favor o en contra de la derecha como simpatizantes o militantes que hubieran podido detentar sus antepasados hasta una antigüedad de cien años. Todos los casos están siendo estudiados minuciosamente para confeccionar esa lista. Aquí, en el Ferrol, Nicolás y Fernando serían los encargados de la investigación para la zona norte, que luego será dada a conocer desde el gobierno central cuando entremos en Madrid. ¿Sabes lo que esto representa, Águeda?.

Su amiga, muda, con el semblante inescrutable, esperaba la continuación. Margarita prosiguió, cada vez mas encendida, un ardor patriótico la embargaba.

–Todos esos cerdos comunistas, esos chaqueteros, todos esos proselitistas de izquierda que se nos han pegado en los últimos meses, todos ellos, serán procesados cuando llegue el momento. Será una auténtica limpieza. Es una gran idea –continuó-, no podrán esconderse, los cogeremos por sorpresa. Ante la mínima duda…, ¡pum! –dijo con frivolidad, mientras ponía cara de verdugo improvisado–, al paredón. Al menos, servirá a algunos de ellos que no han cambiado sus ideales para mantener su orgullo. A los que se han ocultado entre nosotros, bueno…, a esos me gustaría verles las caras cuando se hagan públicas las listas. Aunque –se detuvo Margarita, adoptando una expresión dudosa–, no sé si debería contarte esto, ya que Fernando no te ha dicho nada al respecto. Me imagino que no habrá tenido tiempo –y se convenció a sí misma de nuevo para seguir desvelando el misterio que sólo ella poseía–. En fin, lo que quieren hacer se salta un poco las leyes que rigen en tiempos de guerra; en realidad no van a esperar a hacer públicas las listas, sino que comenzarán a actuar en secreto, una vez finalizada la guerra: harán redadas clandestinas para atrapar al mayor número de rojos bolcheviques que puedan. A los oficiales de alto rango se les dará la posibilidad de juicio en un consejo de guerra, pero a los demás… No sé –adoptó un falso gesto sombrío, algo cínico y cruel–…, creo que les aplicarán la justicia militar y serán juzgados de forma sumarísima, condenados en el

mismo lugar donde sean descubiertos. Irán buscando hacia atrás y adelante en las líneas familiares. Cómo es lógico, se juzgará también a los padres o abuelos, si se demuestra su inclinación a la causa comunista, y a los hijos mayores de quince años; al resto, se les permitirá afiliarse al partido nacional y jurar lealtad al régimen que se establezca.

Águeda rompió el silencio tratando de no denotar en su voz emoción alguna: una tristeza infinita había comenzado a apoderase de su alma y unía fuerzas con la desolación que ya poblaba su cuerpo.

–Entonces –dijo la señora de Sotomayor, con dignidad afectada–…, es una especie lista negra.

Margarita rió con fuerza. La luz crepuscular rebotando en su roja cabellera prestaba a su rostro un aspecto diabólico que Águeda nunca había observado en su amiga.

–¡Me gusta! –continuó Margarita–; “la lista negra”; parece un folletín de cine negro, una novela de espías, ¿no?; se te tenía que haber ocurrido a ti, querida –concluyó divertida–. Bueno, en cuanto tenga más noticias frescas te pasaré la información; hasta entonces, chitón –se llevó el índice a los labios–, ya sabes –dijo con frivolidad.

Águeda firmó con ella el pacto de silencio y, alegando frío, convenció a su acompañante de que regresaran a casa. La tarde se había derramado de golpe tras las baterías de san Cristóbal, y la oscuridad tomó su puesto sobre la línea fortificada que se extendía a los laterales del paseo, dominando la vista sobre el mar; un mar que a Águeda se le antojaba cada vez más proceloso e inhóspito, como si entre aquellas paredes construidas con cantería de granito oscuro, enmohecidas por la humedad, de una geometría implacable y precisa hecha para defenderse del exterior, su alma herida estuviera destinada a vagar eternamente, sin salida posible.

El niño esperaba ansioso el paseo de la tarde junto a su hada; a su corta edad no se le escapaba el hecho de que a su madre, normalmente seria y taciturna, su compañía le desataba un humor cuajado de sonrisas y expresiones alegres que ella parecía guardar sólo para él: un mundo particular reservado para ellos dos, él y su mama, alejados del ogro de negro bigote al que solo veía antes de acostarse para el ritual de las buenas noches, y, en ocasiones, cuando lo sorprendía, como esa mañana en su despacho. Él no sabía mucho de su padre, sólo había oído que era un héroe de guerra: su tía Rosario, hermana mayor de su padre, acompañaba en ocasiones a su sobrino y a su cuñada a los paseos por el parque del Retiro madrileño en los atardeceres de invierno. Mientras jugaba con un patinete rojo que ella le había regalado las navidades pasadas, el niño escuchaba a la señora de cabello gris, como a él le gustaba llamarla cuando no estaba en su presencia, contar a su madre historias de la guerra civil, de cuanto había sufrido su pobre hermano de pequeño, cuando supo que su madre había fallecido durante su alumbramiento. Rosario intentaba excusar el duro carácter de su único hermano. Ella había ejercido de madre y de hermana mayor para Fernando; su padre, el marqués, casi nunca estaba en casa, y educar a un varón sin la imagen paterna adecuada se tornó harto difícil para ella, que entonces era sólo una adolescente. Rosario explicaba con detalle lo cariñoso que Fernando había sido con ella, y matizaba los momentos desagradables que el crío había soportado durante su formación como adulto. La rectitud moral y la severa educación religiosa que había recibido en los jesuitas, quizás ayudaron a que su personalidad adoptara en ocasiones tintes sombríos.

El crío asistía de lejos a esas reveladoras confesiones que las dos mujeres se hacían en un banco. Cada tarde que su tía aparecía en casa para salir a pasear, él trataba de descifrar el código de sus conversaciones usando de su pequeño entendimiento. De algún modo, aquello le proporcionó pistas sobre el asunto que siempre lo traía preocupado: nunca entendió, cómo su padre era capaz de mantener ese aire petrificado de seriedad ante su madre, cuando a él le parecía imposible no sonreír en su presencia; ella era tan hermosa, tan irreal, con sus trajes de lana inglesa y sus faldas a la altura de las rodillas de talle alto entallado; esas preciosas piernas, largas y esbeltas, a las que él se agarraba siempre que el padre no se encontraba cerca, y, que, como una estrella de cine, despertaban comentarios de admiración en todas las personas que conocía; en todas menos en su padre. Don Fernando Álvarez parecía inmune a los encantos de su adorada, y eso, él, nunca llegó a perdonárselo.

Una tarde sorprendió a su madre y a su tía en el office, junto a la

cocina: su madre le entregaba a su cuñada un sobre amarillo de gran tamaño que ésta guardó en su bolso con presteza; luego se sentaron a la mesa del centro y Adela, la cocinera, les sirvió el té. Le pareció extraño que no lo tomaran donde acostumbraban, en el salón pequeño en el que a su madre le gustaba recibir a sus escasas visitas.

–Ya sabes que siempre le he sido fiel. Es más, diría que la palabra adecuada para un militar, con la vida que he llevado junto a él, sería leal. Sí, eso es, mi lealtad está a prueba de cualquier consejo de guerra –oyó decir a su madre desde su escondite en la alacena del pasillo, junto a la entrada a la cocina. Ésta tenía una expresión triste y dulce a la vez, como si con su rostro quisiera advertir a su tía de lo que a continuación iba a revelarle.

–Nunca me separé de él; pude irme a Francia en su momento, ya lo sabes –continuó su madre.

Su tía Rosario la miraba en silencio, atenta a sus palabras, y agarraba sus manos entre las suyas. Habían ordenado a Adela que las dejase a solas.

–Luego, cuando lo de mi padre… –un pequeño sollozo rompió el ritmo de su charla–. Aquello fue el detonante final, Rosario –e hizo una pequeña pausa para enjugar sus lágrimas–; pero, cuando creía que iba a reventar de dolor por dentro, que ya no soportaría un día más; cuando había abandonado toda esperanza en la vida, incluso pensé en el suicidio…

Una exclamación muda estalló en la boca de su tía, y el niño pudo leer en ella el asombro y la angustia compartida por las dos mujeres que, frente a él, silla con silla, desahogaban sus corazones vaciando sus pesados secretos en aquella cocina.

–…Entonces…, me quedé embarazada. En una de esas raras ocasiones en las que Fernando me tocaba. Había llegado del casino, de jugar una partida al mus.

–Sí –sonrió levemente Rosario, interrumpiéndola e intentando quitar algo de peso a la confesión de su cuñada–, siempre rogué para que no heredara de mi padre el gusto por el juego, pero ya ves…, a la vejez. No hay quien escape al diablo de la genética, ¿no crees, querida? Parece como si en las cartas que reparte el destino, aquellas que proceden de nuestros padres, las buenas disposiciones que pudieran legarnos, se las hubiera quedado el crupier y sólo repartiera sus pecados sobre la mesa.

–Y pensar que yo lo amaba y lo admiraba, Rosario; lo quise de manera enfermiza, sentía un deseo diabólico por él –prosiguió Águeda, cada vez más exaltada.

–Cálmate cariño –repuso su tía acercándole un pañuelo. Él, preocupado por su madre y con las piernas insensibles por la postura, permanecía acurrucado y expectante, casi sin respirar, dentro de la alacena, intentando comprender lo que hablaban aquellas dos mujeres. Era la primera vez que la veía llorar.

–Incluso después de enterarme de aquello no quise creerlo; busqué la confirmación en sus ojos pero no hallé nada; se había vuelto un extraño para mí, me lo habían robado, Rosario; el ejército, la maldita guerra, el ansia de poder, me arrebataron a mi Fernando.

Su tía la miraba, intentando dulcificar el trago. Entendía que aquella mujer, aquella niña, llevaba años guardando ese sufrimiento para sí, con férrea disciplina, acorazándolo entre su piel para que no manchara a nadie más, protegiendo su dignidad y la de su sobrino, y, ahora, el dique de sus fuerzas se había desbordado. Lo que Rosario no sabía aún, es que ella ingresaría a ese club tras leer el documento que había permanecido tantos años en poder de su cuñada y que ahora guardaba en su bolso.

Rosario era una mujer de un indescifrable gris, de cincuentaicinco años, de una madurez distinguida, y cuya educación aristocrática se notaba en cada uno de sus movimientos, pero sin afectación alguna. Había sobrevivido a los duros tiempos de la guerra vendiendo las tierras junto con la casa solariega de sus padres, antes de que la República dispusiera de los bienes de la nobleza; e invirtiendo sabiamente su capital gracias a un amigo, un amante de sus años mozos con conexiones inmobiliarias, hizo una pequeña fortuna. Vivía holgadamente pero sin despilfarrar, pues no tenía vicio conocido salvo uno. Más que un vicio era una debilidad que la dejaba desprotegida, su talón de Aquiles: su hermano pequeño, Fernando, del que siempre estuvo enamorada en secreto, platónicamente. Sólo ella sabía el sufrimiento que tuvo que arrostrar todos esos años en solitario, escondida en el único y céntrico piso que conservó de la herencia paterna, un enorme ático de la calle Fuencarral que consiguió escriturar a nombre de un amigo con apellido de izquierdas y contactos en el gobierno a cambio de algunos favores nocturnos. Tuvo que ocultar su apellido de rimbombante renombre y abolengo, y hacer escasas salidas públicas. Perdió, en esos años cruentos, todas sus relaciones con la alta sociedad de Madrid. Su correspondencia

quedó varada hasta el fin de la guerra por temor a que un error epistolar pudiera delatarla. Así, con miedo, pero digna en su bastión, conservando la última propiedad que le legaron sus padres y sin abandonar la ciudad que la vio nacer, Rosario Álvarez de Sotomayor había llegado a la edad madura, solterona de oro y sin familia que cuidar salvo la prestada que le proporcionó su hermano. Por este motivo, sus sueños de madre sin conquistar y una amarga vida vacía de amor, entretenida a ratos por la aventura ocasional del sexo y el peligro de ser descubierta, Rosario había volcado sus desvelos en su sobrino, al que veía como a un hijo, y en su cuñada Águeda, aquel dulce ángel al que envidiaba en la sombra por ser la mujer de su adorado hermano pequeño.

–Si no hubiera sido por el niño, Rosario… –continuó su madre, un poco más serena tras el desahogo inicial, como si el caudal de emociones derramado la hubiera limpiado de dolor. Su rostro mostraba ahora una expresión melancólica y calmada, y, Rosario, abrazándola, terminó de confortar a aquella criatura reventada por el dolor que se dejaba mimar como una niña pequeña falta de cariño.

Su tía se puso en pie sin dejar de sostenerla entre sus brazos.

–Bueno, creo que es hora de irme; acompáñame a la puerta cariño –dijo su tía.

–Rosario –la interrumpió su cuñada–, léelo con detenimiento por favor, y perdóname por compartir esto contigo; ya no podía mas –confesó.

Después de un incómodo silencio, continuó, con una expresión extraña en su mirada, como si se hubiera marchado de allí hacía un rato.

–Destrúyelo o haz lo que quieras con él; es el único, no hay copias. Lo he guardado para ti como una confirmación de mi locura. Antes de que naciera el niño, pensaba utilizarlo como carta de despedida para justificar el suicidio –Rosario intentó callarla, pero Águeda prosiguió–. Ahora ya no tiene importancia para mí, pero me pareció que debías saberlo, que era injusto que permanecieras a oscuras sobre él, que tras leerlo no te arrepentirías de conocer esa información; al contrario, pensé que te sentirías agradecida conmigo, pero ya no estoy tan segura. Quizás, sea egoísta por mi parte querer trasvasar parte de mi dolor a otra persona; ruin tal vez. Pero ya está hecho.

Rosario, previniendo algo del misterio en su mente, le contestó piadosa.

–El dolor nunca es egoísta; sufrirlo en silencio sí. Creo que siempre hemos tenido una buena relación, Águeda. Siempre me has parecido una persona excepcional, y a mi manera siempre te he envidiado por diversas razones; pero una de ellas, la más importante, es tu capacidad para entregarte a aquellos que amas, sin reservas. Siempre te queda algo para dar si alguien lo necesita. Si alguien tiene que estar agradecida soy yo; para mí, sois mi única familia, siempre me has hecho sentir una más de vosotros; una hermana mayor. Si alguna vez te ocurriera algo, Dios no lo quiera, yo cuidaría…

–Lo sé, Rosario –la interrumpió su cuñada–. Lo sé.

–Te quiero, Águeda; siempre quise tener una hermana para jugar con ella; se lo pedía a mi madre con insistencia; ahora me alegro de no haberla tenido.

Rosario la miró con complicidad y ternura y la besó en los labios suavemente. Luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la puerta de salida del piso. Su cuñada se quedó de pie en el centro de la cocina, sola y en silencio. Desde su guarida, y con lágrimas que no entendía sobre sus ojos; lágrimas que no podría explicar hasta muchos años más tarde, el niño observaba a su madre. Desde ese día la quiso aún más.

3. Legio Patria Nostra

El sol, africano y justiciero, caía castigador sobre su espalda, apoyada en unos sacos terreros del check-point que tenía asignado en la patrulla de frontera que controlaba los límites de la guarnición.

<< ¿Cómo había llegado hasta allí? >> Ésta era una pregunta frecuente, una cuestión que solía asaltarlo casi cada día desde hacía unos meses. Frente a él, ineluctable, la calima del desierto se extendía sobre las dunas de arena, derritiendo la vista a su alcance con un resplandor insoportable.

Inclinado sobre la barrera de metal del paso a nivel, su amigo, Sean Donovan, conocido como “Sinn Féin” entre la tropa, se secaba los enormes goterones de sudor que caían desde su frente mientras daba un trago largo a una cantimplora que luego alargó hacia él.

–¿Quieres, Narcís? Deberías beber hermano, hace mucho calor joder –dijo el irlandés. Narciso agarró el odre de agua y bebió en silencio. El hombre a su izquierda era su binomio habitual de patrulla. De todos los caballeros legionarios con los que había servido en esos últimos nueve años, desde su alistamiento en el sesentaicinco, Sean era con mucho del que más se fiaba, su mejor amigo. Coincidieron en la oficina de reclutamiento en Marsella, y desde la primera mirada se creó un vínculo invisible entre ellos: eso que los hombres sienten como primer empaque, la sensación que abre las posibilidades futuras a una gran amistad, un sentimiento parecido al que percibimos en presencia de una mujer atractiva cuando acompaña con su mirada cómplice nuestro flirteo, pero sin esa sacudida eléctrica en el estómago que ellas producen en nosotros y que luego continua hacia el bajo vientre.

Donovan era el apellido que su amigo utilizó durante la declaración de identidad; por lo que a Narciso incumbía, ese era su nombre, ya fuera ficticio o no. Él, se acogió a la posibilidad –una de las ventajas de la Legión Extranjera Francesa– de ocultar su verdadero apellido bajo una identidad declarada, y firmó con el de Salcedo; respetó, no obstante, su nombre, aunque en el cuartel, durante el adiestramiento, los compañeros le llamaban Narcís, y con ese diminutivo más cómodo a la pronunciación francófona pasaría el resto de su servicio como legionario. Ocultar su identidad entonces, le produjo una sensación

increíble de desapego del mundo, de renacimiento, como si a partir de ese instante pudiera reconstruir toda su vida escapando a su pasado.

De algún modo, aquella decisión que tomó en París unos años atrás le había parecido algo romántico, una posibilidad aventurera que se abría ante él con toda su mística inabarcable: la magia de los destinos en los cruces de caminos, como a Narciso le gustaba denominar a las encrucijadas vitales que se abren ante el hombre y que nunca deben ser desestimadas.

<< ¡Ah, París! >>, pensó. Abandonó la aplastante sensación de calor que empapaba por completo su uniforme de campaña, y, zafándose del desierto africano por unos momentos, se fue volando y aterrizó sobre los jardines de los Elíseos once años antes, no sin cierta dificultad:

La primavera francesa, de un abril conmovedor, lo miraba a los ojos. A sus dieciocho años recién cumplidos, la bohemia de la ciudad, el ambiente parisino del 63, se ofrecía virgen para ser devorado por sus apetitos carnales.

Había llegado a la capital del amor un poco antes de comenzar el nuevo curso en la facultad. Su tía Rosario lo había enviado a París, a casa de su abuela materna, un Chateau del siglo XVIII situado en el distrito 12, al este de París (en Vincennes, junto a los bosques del mismo nombre), a completar su formación universitaria. Debía aprender el hermoso idioma de su madre y conocer sus raíces francesas; aquello, según su tía, imprimiría en su carácter nuevos matices que completarían su personalidad.

¡Qué maravilla! Viajar a la ciudad del libre pensamiento, verse rodeado del talento que habitaba en sus calles, en las alamedas, en el aire de los paseos, un halo de preciosa sabiduría que las mentes más preclaras de varias generaciones depositaron en ellas, enamorados de aquella ciudad a orillas del Sena. Él sucumbió, también enamorado del amor, al calor de una urbe en que las pasiones se libraban en pequeñas batallas, con victorias de a pie que se sucedían durante las horas de cualquier día, fagocitando el aburrimiento, y decidió que quería posponer sus estudios de historia del arte y tomar un baño sabático en el proceloso mar parisino durante ese primer año.

París consiguió velar sus sueños con un manto de seda, ocultando a sus recuerdos las espinas que traía clavadas en su alma en forma de dudas, de dolor irredento. Dudas que Narciso arrastraba desde los cinco años y que aún no había podido desentrañar: un dolor incrustado en su

piel, un fardo pesado y oscuro que cargaba a su espalda y del que no podía desembarazarse. Sin embargo, ahora, en París, un sentimiento conciliador había invadido su espíritu liberando parte de esa carga. Aquella ciudad templaba su sangre, normalmente inquieta. Por primera vez en mucho tiempo era capaz de dormir de un tirón, a salvo de sueños abrumadores y pesadillas de muerte. Las mañanas de croissants y dulces despertares que su abuela le ofrecía cada día, extendían la primera capa de bálsamo protector sobre su joven cuerpo. El resto de la ayuda venía dada por los bulevares parisinos: los tranquilos recoletos que el autóctono sabía encontrar, apartados de las avenidas más transitadas, esas al gusto de la mayoría de turistas, aunaron fuerzas con su identidad solitaria y contribuyeron a edificar una personalidad anacoreta, huidora de la compañía y en fuga de lo humano, de la masa acechante en las calles, que le acompañaría toda su vida.

Le encantaba pasear por las orillas del Sena, cruzando el Pont Marie hasta la Île Saint Louis, donde pasaba horas contemplando a un viejo ebanista que –sin edad determinada (parecía destinado a la inmortalidad, como salido de un cuento)– daba forma a unas tallas de maderas a la manera de un Geppetto en su taller mágico, con un amor artesano que raramente podía observar a su alrededor; un arte perdido en la era industrial que iba cercándolo todo. Éstos refugios proporcionaban a su corazón un sosiego embriagador. Las tardes pasaban ociosas, tumbado en la biblioteca de casa de su abuela y amparado por el castillo de Vincennes, cuya noble y orgullosa silueta recortada sobre un cielo de acuarelas celestes podía verse desde sus ventanas, releyendo a los clásicos y revisitando antiguas moradas donde de niño había pasado temporadas tan gozosas: Dumas, Fenimoore Cooper, Walter Scott, Salgari, Kipling, Julio Verne, –especialmente éste último, por la capacidad de concitación al espíritu libérrimo y aventurero del hombre–, aunque tenía espacio para todos en su mente avariciosa de conocimiento, y, años más tarde, la consecución lógica a sus nobles pilares serían Homero, Virgilio, Aristófanes, Marco Aurelio (que abrió un profundo tejido en él, con su ética del estoicismo), Dante, Shakespeare, Dostoievski, y, buscando a Meridión y sus azufres vitales, Faulkner, Williams y Sherwood Anderson, comprobando con alegría que ese hilo conductor en su vida tejido por su madre para él en su más tierna infancia, continuaba dondequiera que fuera dentro de los límites de la familia Saugnier. Ese apellido, el de su creadora, también el de su abuela, su segundo nombre, era para él su único apellido real, y siempre que no se veía comprometido por algún trámite burocrático, era éste nombre el que solía utilizar en su día a día. La compañía de los grandes literatos le proporcionó un mundo rico en posibilidades con que salvar sus días negros, una tabla de flotación a la que aferrarse para encontrar sentido a

la vida. Una vida que había quedado truncada para siempre a los cinco años.

Viajaba con frecuencia hasta la alacena de aquella cocina de su infancia: veía a su madre en sueños, frente a su tía, una semana antes del accidente de coche que acabó con sus padres y abrió una herida en él que no paraba de supurar, una herida que lo puso en guerra con la vida; después, en el mismo sueño, recordaba, difuso, un instante en que su tía le hablaba de un sobre amarillo que guardaba su albacea testamentario, y que él debía leer con atención una vez ella hubiera fallecido; esta disposición era de suma importancia y debía de ser cumplida.

Su tía Rosario se hizo cargo de él tras el trágico suceso, con un afán protector que con los años se haría inquietante. Lo colmó con todo tipo de mimos y artículos materiales; intentó en vano, con todas sus fuerzas, salvaguardar a su sobrino del dolor, pero la necesidad de su madre y el apego del niño a ésta eran demasiado fuertes; un nexo inquebrantable, una pared que no podía ser derribada en modo alguno y que en ocasiones anulaba cualquier posibilidad de comunicación entre ellos. Los años transcurrieron en un Madrid gris y agotado para Narciso en horas de biblioteca, donde dio sus primeros pasos como escritor, ensayando varios libretos de poesía, para luego decidir que no era ésta su vocación, que la musa necesaria para la creación no lo había visitado, y abandonar su propósito. Si no estaba en el colegio se refugiaba en su cuarto, sobre la cama, su alfombra mágica, y devoraba libros mientras escuchaba algo de jazz que se filtraba por el pasillo llegando desde el salón, y al que su tía era aficionada. Los ritmos quebrados, la síncopas, se hicieron hueco en su oído virgen desde muy temprano. Rápidamente aprendió a combinar la prosa elegante de Scott FitzGerald con el saxo alto de Charlie Parker; a engalanar las páginas de Faulkner con el latido negro y sureño del piano de Thelonious Monk; a romper en dos sus tardes, viviendo a lomos de la aventura, junto a Jack London, o, navegando los mares de Conrad mientras Chet Baker hacía reír a su trompeta con un quejido metálico y rugoso. Esos inviernos atraparían juntos a tres amigos inseparables para siempre: Narciso, la literatura y el jazz, los tres mosqueteros en misión vital y esclarecedora de la vida, con apellido Saugnier en lugar de Dumas.

Sin embargo, a saltos de la música y entre las páginas de sus adorados gigantes, el dolor se colaba haciendo mella, bombardeando a ráfagas intermitentes un profundo veneno que su tía, impotente, veía inocularse en él. Una mañana de domingo, concluida ya la temporada de estudios, justo en el año en que había finalizado la preuniversitaria, Rosario asaltó su santuario literario, y, desconectando a Louis Armstrong

del pick-up que ella le había regalado, le dijo sin más: <<este año lo pasas en Francia, con tu abuela; ya he hablado con ella y está todo arreglado. Es hora de que la conozcas de verdad; es una gran mujer; te alegrarás, ya lo verás>>. Y terminó, expeditiva, sin posibilidad de réplica en su tono. Narciso no había vuelto a ver a su abuela desde las exequias de sus padres. No recordaba nada de ella, siquiera su fisionomía, pues, el dolor atroz y el llanto de aquel momento, no permitieron en él conexión alguna con la realidad durante muchas semanas.

Cuando llegó a París, su abuela lo aguardaba al pie del andén, en la estación de MontParnasse. No le hizo falta buscar demasiado; desde la ventanilla de su compartimento, en el Talgo numero tres procedente de Madrid, pudo reconocerla enseguida; aun con el pelo cano agarrado en un moño a su nuca, y una pamela ligera para la primavera entrante que cubría parte de su rostro, Narciso sólo tuvo que dedicar un segundo para distinguir en ella el porte de su añorada madre: Beatriz Saugnier, su abuela, era el vivo retrato de su madre cuarenta años mayor en el tiempo. Un fuego pesado que luego dio paso a un torrente helado, atrapó sus miembros y anudó su garganta, dejándolo mudo. El tren se detuvo por completo y Narciso bajó todo lo aprisa que pudo, dejándose el equipaje en las estanterías superiores de su vagón. Cuando se encontró frente a ella, rompió a llorar sin saber qué hacer, entonces, su abuela, se acercó y le dijo:

–Ven aquí, mi vida –y lo estrechó con fuerza entre sus brazos, como si pensara que iban a robárselo–. ¡Oh, Narciso! –exclamó la señora emocionada–. Mi niño, cuanto has crecido, que ganas tenía de verte. Gastón, recoge las maletas del tren, por favor. Déjame que te vea bien –continuó su abuela, observándolo con detenimiento y embargada por el sentimiento–. ¡Qué guapo eres hijo! No cabe duda de que eres un Saugnier, ¡desde luego que sí! –afirmó, satisfecha y orgullosa.

De forma curiosa, Narciso sintió una inesperada alegría ante aquella mujer de rostro bondadoso y noble porte, que lo miraba con los ojos de su madre, unos ojos que eran también los suyos.

–Si tu abuelo viviera, caería muerto aquí mismo de la alegría; no habría soportado tanta dicha, conocer a su nieto, al hijo de su adorada Águeda, su princesa. Maldita guerra…, malditos hombres y sus tramas… –musitó, y luego pareció apartar algo pesado de su cabeza–. Bueno, jovencito, di algo a tu abuela, aún no he escuchado tu voz –continuó ella, cambiando de tema.

–Hola abuela –dijo Narciso, cándido–, me alegro mucho de verte; más de lo que esperaba; ahora estoy feliz de haber venido, creo que debí hacerlo hace tiempo. Lo siento, pero…

–¡Bah, bobadas hijo! –lo interrumpió su abuela con un estremecimiento, pues, su nieto le había hablado en francés–. Lo importante ahora es que estás aquí. Por cierto, tu francés es muy bueno. ¿Te lo enseñó mamá, verdad? Siempre dije que debió dedicarse a la enseñanza; pero, claro, los tiempos que a uno le toca vivir marcan a veces los ritmos de forma desacompasada para las intenciones de cada cual –aseveró para sí misma, nostálgica.

–Mama me enseñó lo básico, pero yo he perfeccionado la pronunciación estos meses atrás para poder sorprenderte, ésa es la verdad –le confió a su abuela, que lo miraba cada vez más orgullosa.

–Montemos en el coche, nos queda un buen paseo hasta casa y puedes aprovechar para ponerme al tanto de tus intenciones, muchachito –dijo Beatriz, cómplice, dando un suave codazo en el brazo de su nieto.

Por las ventanillas del precioso cabriolet, un Fiat Torpedo modelo “503” de 1927 (perfectamente conservado, y que, en tiempos, había sido el orgullo de su abuelo), amarillo claro, París se ofrecía radiante al muchacho, embargado por un cúmulo de sensaciones que chisporroteaban en su interior queriendo salir. Giraron por la avenida de los Elíseos: << estaba en París, pensó. La patria de todos los soñadores, el hogar de acogida de los grandes; la cuna de Moliere, de Víctor Hugo, de Dumas, de Sthendal y Rimbaud, la musa de Baudelaire; ¡Dios mío, cuanta mística, cuanta sabiduría, cuanta locura pasional se encerraba bajo aquella bóveda celeste que era el cielo parisino!>>.

En ese instante, se dio cuenta que, de alguna manera, aquel viaje a casa de su abuela era algo totalmente elícito, un acto al que él estaba predestinado y que, aun sin la participación de su tía Rosario, habría realizado de igual forma. Este pensamiento confortó su ánimo, y produjo en él aquella sensación conocida que experimentaba al leer novelas de aventuras y viajes, una liberación de su ser mediocre que le alcanzaba nuevos mundos y le permitía el retorno a la excelencia del conocimiento. Algo que necesitaba desesperadamente y no terminaba nunca de encontrar.

Un oráculo etéreo le comunicaba en esos momentos, a través de los parques de París, del olor de las alamedas centenarias, de los parterres de flores que disponían su geometría horizontal de colores sobre las

calles, de las magníficas construcciones, todo el peso de la historia y una revelación maravillosa sobre algo que debía acontecerle allí. Esa comprensión repentina desbordó en él todo su contenido en forma de lágrimas que, enjugándose con las mangas del jersey, trataba de ocultar a su abuela; Narciso se había hecho uno con su destino: el periplo por el que tanto había esperado, para el que siempre se había preparado, le aguardaba en aquella ciudad, no sabía en qué forma ni cuando, pero en París. De eso estaba seguro.

El cielo caía ahora como una lona oscura, una persiana pesada cerrándose sobre el horizonte de arena. El viento traía en sus brazos el olor a mar del cercano puerto de Djibouti. A lo lejos, una luz que iba ganando tamaño a medida se acercaba al control local, tomó al rato, a unos metros de ellos, la forma de un Jeep. Era el relevo, la patrulla fronteriza había finalizado para los dos amigos ese día. Tras los saludos austeros y las comprobaciones de rigor, Narcís y Sean se alejaron de allí conduciendo el todoterreno de camino a la guarnición. Sus rostros macerados al sol, surcados de arrugas y salitre, eran la imagen del cansancio y el tedio.

–Joder, Narcís, esto es cada vez más pesado, hermano –le dijo Sean en tono aburrido.

–Psst, firmamos para todo, para cualquier actividad dentro de esta familia, ¿recuerdas? –dijo Narciso irónico–. Ya sé que es un coñazo, pero quizás lo prefiera a estar destinado en zona hostil. No sé si me gustaría tener que volver a apretar el gatillo; de veras “Sinn”, no lo sé, tío –lo dijo con talante sombrío, mirando a su amigo mientras éste conducía, como si una nube negra se acabara de instalar en su recuerdo.

–¿Crees que si estuviéramos en combate no encontraríamos más sentido a esto? Antes disfrutábamos de nuestro trabajo. La tensión y el riesgo es parte de la aventura de la vida –dijo el irlandés, filosofando de

forma barata–. Ya sé que tú eres el intelectual hermano –continuó, no muy seguro de si su anterior comentario había sido acertado–, y, si quisieras, si no fueras tan rarito…, no me malinterpretes, ya sabes a que me refiero, serías ya sargento por lo menos. Admiro tu cultura; ¡joder, sabes de todo cabrón!, y eres un buen compañero cuando las cosas se ponen chungas, pero siempre me he preguntado, no sé si me entiendes, qué hace un tipo como tú, con tu preparación, en un lugar como la Legión.

El silencio de Narcís junto a él, le dio pie para seguir hablando, rozando los limites de un tema que sabía tabú para su amigo.

–Nunca me has contado, en los casi diez años que llevamos juntos, qué cojones te pasó para venir a alistarte junto a los cabrones de medio mundo para joder a la otra mitad a las ordenes de un sargento tocapelotas que nos hace la vida imposible. En mi caso lo entiendo –siguió despotricando el irlandés–. Joder, yo soy carne de perro desde que nací; me crié en el Bogside, una de las zonas más jodidas de Derry, en Irlanda del Norte; mi padre y mis tíos eran milicianos del "Sinn Féin" –y aquí, una sonrisa hizo brillar su fuerte dentadura a la luz de una luna marfileña que casi podía tocarse con las manos–. Cuando esos hijos de puta ingleses entraron en casa y liquidaron a mis padres (lo de mi madre fue un jodido daño colateral), tuve que coger a mi hermana pequeña y meternos en un piso franco. Luego me entere de que estábamos en una lista negra diseñada para eliminar a miembros del IRA, y mi nombre aparecía en ella: esa noche estaba boxeando en la zona inglesa, contra un boxeador de la liga protestante, justo en la boca del lobo, y me salvé porque mi nombre de guerra no coincidía en las listas con el original; habían usado en los carteles el apodo de otro púgil, un chico de Londonderry, un protestante: "The Irish Bull", sin el apellido. ¿Puedes creerlo? Estoy aquí por un puto fallo de la inteligencia británica. ¡Ja! –rió con cierto histerismo–. Daría todo lo que tengo por volver a esa noche y cargarme a esos cabrones –dijo, amargo, el odio inundando sus palabras –. Una semana más tarde, tras pasar escondido en un zulo varios días, me estaba largando y ya no he vuelto a mirar atrás. Mis parientes me facilitaron un contacto en Marsella, y el resto ya lo conoces. La Legión Extranjera era el lugar lógico; una nueva identidad; sin preguntas, sin respuestas; algo fácil, sólo tenías que ejecutar las órdenes y te proporcionaban una nueva familia; firmé sin pensarlo dos veces –dijo el irlandés, no sin cierto orgullo–. El día que te conocí en Aubagne, español, a la primera ojeada no me pareciste más que un niño pija con ganas de aventura que se había equivocado de sitio; pero cuando me miraste a los ojos lo vi: ese tipo de locura interior, de salvajismo, un instinto que sabemos reconocer aquellos que lo poseemos, y a partir de

ahí…, bueno, ya sabes; eres mi hermano, me has cubierto el pellejo en más de una ocasión. Hemos navegado juntos mucha arena, tío; te has ganado mis respetos desde siempre, Narcís, para siempre.

Narciso, en silencio, escuchaba a su camarada y sentía un cierto pago, como una vaga recompensa a su comportamiento, en las palabras de su amigo.

Sean tenía razón, él era carne de perro, carne de cañón. Era un bruto: Narciso le había visto derribar a varios hombres a puñetazos en una pelea que sostuvieron en un bar de la capital y que les costó dos meses de arresto. Sean era campeón de la Commonwealth, con varios títulos británicos de boxeo en su haber. Su izquierda era famosa en la unidad. Pero, al mismo tiempo, su amigo, el rebelde irlandés, impregnado de un aura salvaje e indómita, telúrica de alguna forma, llevaba también con él una ternura y sensibilidad inmensas: el corazón de un noble bruto, de un toro de lidia español. Capaz de matar por una bandera al límite del fanatismo patrio, y de morir por un amigo, defendiendo su causa en contra de cualquier orden o mando militar, si el ofendido era considerado por él un hermano de sangre. Esta dualidad le prestaba un aire romántico a ojos de Narciso, que siempre gozó de su compañía segura y franca, a veces inestable en sus emociones por lo intempestivo de su carácter irlandés. Sean, era para Narcís un personaje de novela medieval, un "Little John" sumado a la causa de cualquier Robín Hood que llamara a su puerta.

En un mundo sin fronteras como era la Legión, donde hombres de todas las razas y religiones, malos y buenos, justos y pecadores, se acrisolaban en una sola unidad fuera de toda tiranía salvo la aceptada por ellos, bajo un mismo color y un solo credo – "Legio Patria Nostra"–, dispuestos a matar y morir por sus compañeros, se materializaba de forma paradójica, (pues son estos motivos, si exceptuamos el sexo: la raza, el credo y el territorio, los que enfrentan al hombre ancestralmente) la única patria que debe de ser abanderada: la de la amistad. Por encima del mal y del bien de sus ordenes, a veces justas, otras encubridoras de males y codicias, siempre subyacía la obediencia a un solo precepto: salvaguardar y proteger al hombre que camina a nuestro lado. <<La locura de la humanidad bajo un mismo uniforme>>, pensó Narciso. En ese mundo de antítesis, refugio para cobardes y valientes, para asesinos sin escrúpulos que ahora veían una posibilidad de ejercer de verdugos bajo las ordenes, amparados por las leyes militares, y también para justicieros idealistas que pensaron que podían salvar parte del mundo

empuñando un fusil de asalto (grupo éste en donde se encontraba Sean), él, Narciso, todavía no acababa de encontrar una subdivisión donde encuadrarse dentro del maremágnum humano que desfilaba bajo el mismo himno marcial, orgullosos de su nueva raza, de ser legionarios.

Narciso rompió el silencio frío de la noche africana.

–No sé, Sean, algún día podré contarte algo; ni yo mismo conozco todas las respuestas a las preguntas que me he ido formulando cada día desde que llegué aquí. Sé que te parecerá increíble que no pueda expresar ningún razonamiento sobre el proceso vital que me ha conducido hasta este momento, pero hace tiempo que abandoné mis recuerdos más lejanos lejos de mi alcance. Quizá haya algo que ellos saben y que no quiero que me cuenten; algo que yo ya sabía y quise olvidar; y ahora no puedo, no quiero resolver esa duda –dijo, agobiado.

–Lo siento hermano –repuso Sean algo azorado–, no debí sacar el tema, se que te jode. Tú sabrás, sólo quiero que entiendas que si necesitas desahogarte, bueno…, me tienes aquí.

–¿Ah, sí? No me digas, paleto irlandés –le contesto Narcís, irónico y fraternal–, no lo sabía tío.

Los dos camaradas se miraron y comenzaron a reír. Luego de un corto silencio tras las risas, Narcís, usando un tono opaco y seco confesó:

–Fuga. En mi caso ha sido fuga; la huida de mi mismo, de un pasado familiar del que no estoy orgulloso sin saber exactamente el porqué. Llevo escapando de él toda mi vida, presintiendo algo oscuro y sucio de lo que no quiero formar parte. La Legión me pareció perfecta para huir de mi nombre, de lo que sea que perpetúan mis apellidos. Eso es todo Sean –concluyó Narciso revelador–. Debí contarte hace mucho tiempo que mis padres fallecieron cuando yo tenía cinco años. Debí confesarte mi auténtico nombre, un hombre de verdad no se oculta de su identidad fabricando una nueva; apechuga con quien es y arregla el pasado. Huyendo, sólo dejamos aparcado el problema detrás nuestro, y es una mochila de la que no podemos desprendernos, que nos acompaña a todas partes. Cuanto más posponemos el regreso, la ordenación de ese equipaje, mas difícil es deshacernos de él y encontrarnos, y el precio a pagar suele gravar demasiados intereses. Comenzar una nueva vida, si es que el pasado no es digno de ser recordado, no es posible sin antes haber saldado las cuentas con él.

–¡Joder español, que bien te expresas –dijo con sorna el irlandés–. Yo

conozco perfectamente tu apellido –sentenció Sean, con voz firme–. Te llamas Narcís Salcedo; eres mi mejor amigo y mi familia. Para mí es lo único que importa en esta vida, español –dijo el irlandés, creyendo firmemente en ello, con cariño de camarada.

El Harmattan, orgullo seco, rojo y helado del beduino, se deslizaba por las arenas como una mano fantasmal, proyectando un frío glacial sobre el vehículo. A unos kilómetros frente a ellos, los focos de la guarnición proveían de un oasis luminoso en el corazón oscuro del desierto. Narciso miró el firmamento estrellado de brillos y su boca disparó una enorme sonrisa al cielo. La noche inmensa de Djibouti acogía dos almas libérrimas en su seno.

Narciso se acostumbró con rapidez a ese nuevo tipo de vida tan diferente de sus días madrileños. Pronto y sin avisar, fugaz por lo dichoso, un año había pasado junto a él. El trato con su abuela había obrado un renacimiento a aquella época en la que gozaba de la vida como un niño junto a su madre. De alguna manera, aquella mujer de extrema nobleza conciliaba en él todos los dolores, impulsando sus ganas de vivir, de encontrar el camino que le permitiera comenzar su vida de

adulto y abandonar de una vez por todas su cansado existir. Su sonrisa sanadora y sus maneras deliciosas, producían en el muchacho un candor extremo, que no recordaba haber experimentado antes.

Para concitar aún más su libertad, Beatriz había puesto a su disposición el coche con chofer, pero a él le gustaba tomar el metro y luego caminar, hacerse uno con las calles de París, saboreando cada esquina, cada reflejo del sol sobre el Sena: los atardeceres mágicos del otoño que derraman su luz curativa y nostálgica sobre los corazones abandonados. Solía tomar la línea "UNO" (chateau de Vincennes-Porte Doré) hasta el centro de la ciudad muy de mañana, a eso de las ocho, tras desayunarse, siempre en compañía de su abuela. La presencia de esa mujer se había hecho imprescindible en su vida; él, que siempre había gustado de la soledad y el confinamiento, ahora disfrutaba hasta la última hora de luz crepuscular antes de abandonar la ciudad y volver al castillo con su hada madrina. Por las noches, cenaban en una de las salitas pequeñas, junto a la chimenea. Narciso se sentía como en un cuento junto a aquel hogar de piedra con el blasón de la familia Saugnier grabado en su centro, y en el que hubiera cabido una persona de pie. Aquella estancia lo transportaba a otra época y, se preguntaba, que antepasados suyos habrían compartido su cena frente a ese fuego; en esos momentos presentía, mirando a su abuela tras la comida, mientras ella observaba distraída los maderos crujientes bajo las llamas, cierto pesar interno en ella, un sentimiento de desazón que a veces parecía querer descargar con él. Luego, lo miraba sonriente y le decía, variando el rumbo de su pensamiento: ¿Estaba buena la cena cariño? Siempre que sea a tu lado, la cena será perfecta, abuela. Le contestaba su nieto, amable y adulador a un tiempo.

Las mañanas parisinas de aquel mayo de 1964 eran un acontecimiento inesperado cada día. Una de ellas vino a hacer realidad su destino francés: una curva en una calle, habría de cambiar todo su trayecto vital para siempre. Se llamaba Avril, y era la encarnación elegida por el amor en la tierra.

Caminaba Mommartre, las diez de la mañana, una de sus rutas preferida por la plaza de los pintores. Herederos de los impresionistas engalanaban las calles con sus oleos, coloreando las vidas de paso. En los puestos, turistas con cara de suficiencia compraban arte para decorar sus casas burguesas al otro lado del atlántico, o se dejaban retratar, inmortalizando su mediocre fisionomía para un pariente desafortunado. Narciso, sentado a una mesa en la esquina del café des Deux Moulins, devorando una baguette con fruición, observaba divertido el espectáculo –digno a su vez de ser retratado–, lejos de prever el sentimiento que

estaba pronto, acechando a un instante más tarde del que vivía, a un bocado de su emparedado, presto a desarbolar todo su cuerpo.

–Bon jour, messie, ¿está ocupada?

No la había visto llegar y hay estaba; a su lado, a un metro, tan cerca que pudo oler su aliento fresco de lavanda, su aroma a ropa limpia recién lavada, una aparición élfica. La miró, asombrado incluso antes de contemplarla, como si su voz le hubiera avisado del pathos brutal y encantador que iba a conocer a un giro de su cabeza: la chica frente a él, de ojos felinos del color del jade, una marea vital contenida en ellos, la boca como una cereza carnosa y brillante y las mejillas de un pálido rosa con cierto aire de provincias, solicitaba una silla junto a su mesa.

–¡Oh, sí, digo no! Claro que no, bueno… –farfulló nervioso.

–Quedamos entonces en que puedo sentarme, ¿no? –arregló simpática, la carita bajo su boina francesa de lana roja con una pizpireta sonrisa que parecía enmarcada en su rostro de forma estándar. Señaló en ese momento el resto de mesas ocupadas justificando la petición, y añadió:

–bueno, parecía el único sitio libre, y me gusta sentarme aquí por las mañanas.

–Me parece perfecto… -dijo Narciso, aún nervioso por la aparición–, a mí también me encanta, es mi bistró favorito; suelo…

-¿Sí? Es el mío también –le interrumpió ella–, aunque ahora hacía tiempo que no pasaba. Algunos problemillas personales, nada importante –aclaró, con franqueza inusual para un extraño en París–. Creo que debería presentarme, soy una maleducada –dijo la chica, sonrosándose–. Invado tu tranquila mañana y ni siquiera te he dicho mi nombre; me llamo Avril; Avril Blanchard –dijo, tendiendo una mano al aire. En aquel instante, el tiempo detuvo su paso y marcó, en una impresión de fuego en el cerebro de Narciso, aquella imagen para siempre, de esa manera indeleble que en algunos hombres se hace historia para su vida. Narciso se puso en pie, y tomando la mano de la chica, la besó, caballeroso.

–¡Oh, un chevalier! –dijo ella en un tono de voz melifluo–; un joven caballero andante.

Narciso todavía demoró unos segundos en contestar.

–Perdón señorita –dijo saliendo de su estupefacción–, me llamo Narciso; Narciso Saugnier, para servirla –bromeando con ella, mientras hacia una reverencia teatral.

Esa fue la primera de muchas veces en que suprimiría su primer apellido utilizando el de su madre, como si ante aquella mujer asombrosa y recién aparecida, su auténtica personalidad, la que utilizaría a partir de entonces en su diario caminar, se abriera ante el mundo por primera vez. Un Narciso desconocido para él comenzó a despertar en su interior, floreciendo esa mañana bajo la luz impresionista de los cuadros a su alrededor. Narciso giró su silla enfrentándose a ella. Su belleza eclipsaba todo cuanto se contenía en sus márgenes; él, sólo disponía de ojos para aquella hermosura de cabello castaño recogido en dos trenzas, una a cada lado de la cara, y frágil fisonomía. Debía de tener veintitantos años, pero Narciso no podía precisar los tantos, seguramente a medio camino entre los veinticinco y los treinta, aunque con un candor adolescente que iluminaba su rostro como un incendio, dando vida a aquello cuanto miraba.

–Sólo llevo en París unos meses –mintió–. Llegué de España, de Madrid, a casa de mi abuela. Hacía mucho tiempo que no la veía; en realidad no la he conocido hasta ahora –devolvió Narciso, conciso, la confidencia que ella le había regalado unos momentos antes y que aún orbitaba en su pequeño misterio.

–Sabía que eras español –confesó ella–, por el acento. Tengo algunos amigos españoles; me encanta tu idioma –y prosiguió, en un español perfectamente inteligible–. No lo digo por tu francés –se excusó cortés–, es bastante bueno –y rió encantadora.

–Sí, seguro, pero mi español es un poco mejor, ¿no? –bromeó Narciso–. Creo que deberíamos utilizarlo, no quiero hacer el ridículo ante una mujer tan hermosa.

–Los caballeros no suelen hacer el ridículo ante las damas –dijo ella, devolviéndole el piropo sumamente agradada.

–¿Puedo invitarte a comer? Di que sí; me encantaría. Además, me debes un asiento de primera fila –se atrevió Narciso, algo abrumado por la situación, las volutas de felicidad revolviendo su estómago.

Se hizo un silencio de al menos un minuto, y los dos jóvenes cruzaron una mirada penetrante y certera que fue directamente a inscribirse en sus corazones: Una saeta ardorosa penetró sus sentidos y

un aldabonazo en forma de amor les golpeó con fuerza, instalándose en sus seres. Lo sabía, lo sabían, se habían enamorado. Era tan claro como la golosa luz del día que rodeaba la plaza en ese momento, agujereándolo todo con rallos de color de fuego. Esa luz rebotaba ahora en los ojos de ella, prestándole un aura de afrodita inconmensurable. Luego, rompieron la magia del silencio para seguir uniendo los lazos del conocimiento mutuo, despertando del ensueño y prestos a la caza total del otro, no fuera a arrebatárselos cualquier deidad envidiosa de sus sentimientos.

–Es lo mínimo que voy a querer hacer contigo –le dijo Avril en un tono sensual, mientras él hacía esfuerzos para no derretirse allí mismo; e inmediatamente, tomando a Narciso del brazo, tiro de él con fuerza, lo besó en la mejilla y lo conminó: vamos, mi caballero andante, sácame de aquí, estoy hambrienta.

Narciso cogió su jersey y la detuvo un instante, la alegría prestando alas a su cuerpo.

–Déjame pagar al menos, si no acabaremos en comisaría, princesa; aunque no estaría nada mal que me encerraran contigo todo el día –dejó caer con picardía. Se dirigió a la barra y abonó la consumición; justo al girar para salir del café, notó que algo en su voz había mutado: alguno de sus héroes de novela había usurpado su timbre habitual y lanzaba desde su garganta florituras y galanterías desconocidas para él hasta ese momento.

Almorzaron en un pequeño italiano junto a la Ile de Saint Louis, que ella solía frecuentar. Fue la comida más deliciosa que Narciso hubiera degustado jamás. Tras la pasta, disfrutaron de un paseo por el parque, tortoleando y agarrados de la mano, lanzándose acariciadoras miradas llenas de complicidad y deseo mientras un grupo de trepadores azules funambuleaba su libertad entre las ramas de los álamos.

–Cuéntame, ¿a qué te dedicas? –preguntó Narciso–. ¿Dónde vives?, ¿cuántos años tienes? Vamos, dime, quiero saberlo todo –encadenó excitado, ansioso por obtener el poder del conocimiento completo de su ángel.

–Bueno, bueno… –repuso ella riendo–. Intentaré contestar en orden cariño–; procuraré que no se me olvide nada desde el mismo instante en que nací hasta ahora mismo, ¿vale? –concluyó maliciosa–. Tengo una edad intermedia entre los veinte y los…, pero sé que aparento… –e hizo una pequeña pausa, esperando la benigna estimación de Narciso, pero viendo que éste no reaccionaba le dio un codazo-.

¡Vamos grosero! ¿Cuántos años crees que tengo?.

–¡Oh!, lo siento; estaba extasiado mirando tu cara de enfant terrible, con esas trencitas de niña mala que me vuelven loco –arregló, algo engolado y cariñoso, tratando de sorprenderla con su francés–. Yo diría que hace poco que has sobrepasado los veinte ¿Hum…? –se hizo el interesante–, veintidós –asertó satisfecho.

Avril, desde sus veinticinco años, encumbrada al altar de la diosa adolescente que es toda mujer enamorada, contemplaba a su futuro amante complacida, mecida en su vanidad y regalada de sí misma, como es norma en los principios de toda relación, cuando el misterio flota aún poseyendo el aire que respiramos, ocultando los defectos, prestando alas a las emociones y elevándolas por encima de la mediocridad humana, al menos el tiempo necesario para que la locura ponga cebos a nuestra intención.

–Soy delineante; trabajo en un pequeño estudio de arquitectura en el centro –y dejó caer la dirección –rúe de la Paix–, dando a su enamorado las coordenadas, el territorio al que se circunscribía su vida; adentrándolo de esa manera en su quehacer diario y compartiendo algo tangible con él, algo que diera forma real, cotidiana, a aquel ensueño que los acababa de atrapar.

–Creo que están…, estamos –corrigió rápidamente– escalando posiciones en el sector. Tengo suerte de trabajar con dos de los mejores arquitectos de París; la Nouvele Vague de la arquitectura francesa…

Narciso abandonó unos segundos la conversación, y, unos celos como hoja afilada hirieron su acostumbrada frialdad. A punto de hacer una objeción a los desconocidos compañeros de su amada, recordó a tiempo, por suerte para él, a sus héroes del cine negro en cualquiera de los iconos de virilidad a los que dieron vida: a su rescate acudieron imágenes de Bogart vestido de esmoquin blanco en “Casablanca”; Cagney golpeando sin piedad a puño desnudo en “El Enemigo Público Número Uno”, y pensó, repitiendo esa idea como un mantra en su cabeza, que los hombres de verdad, los tipos duros, no mostraban jamás sus sentimientos ante una mujer.

-…Aunque, lo que en realidad me fascina es la pintura –Narciso escuchó la voz de Avril sacándolo de sus pensamientos-. Me muero por los impresionistas. Creo que ellos veían el mundo de verdad, tal como era: en la distancia se aprecia la auténtica fisionomía de las personas y de las cosas con todos sus ángulos; parece como, si al mirar de lejos, fuera

del campo visual del observado, pudiéramos precisar, ladrones, cada perfil y cada oculta nota en sus maneras, y así, conseguir retratar lo que de verdad hay en ellos, no sólo una simple apreciación hecha de cerca con un vulgar vistazo. Lo importante, lo que esos maestros de la luz y el color captaron, era la esencia de la vida; una vida que se mueve, como un cuadro cuando nos alejamos para contemplarlo, y no una muerte estática, la mediocre fotografía de una vida congelada, como acostumbra a mostrar la pintura clásica. ¡De eso nada, pura vida! La pintura de Van Gogh, de Gauguin, Cezanne, Monet, está viva, se mueve mecida en una marea de colores que, como el mar, es capaz de cambiar a cada nueva mirada que damos al lienzo, haciéndose uno con nosotros y siguiendo a nuestros ojos. ¡Ah, es maravilloso! ¿No te parece? Por supuesto, también me encanta Velázquez, aunque sea todo lo opuesto: luz y oscuridad de una congelada y mágica profundidad, que nos muestran al hombre de su época con un rostro inerme, y que, sin embargo, está al mismo tiempo cargado de un prurito extraño y andante, ansioso por manifestarse, real como la vida que les tocó vivir.

La tarde caía sobre ellos poco a poco, cerrando una pátina morada sobre París.

–Es hora de regresar a casa –dijo ella, con cierta pesadumbre, tras la reflexión pictórica–. Debo coger el tren. Aún no me has dicho donde vives, flor de mi vida;¡ pero no!, no me lo digas todavía –avisó Avril, romántica y misteriosa.

–No querría separarme de ti ¿lo sabes, verdad? –preguntó Narciso, sin arrepentirse de haber roto el mandamiento de virilidad que hacía unos instantes se había autoimpuesto: “los hombres que de verdad seducen a las mujeres son ésos peligrosos y cariñosos a un tiempo”–. Ha sido el día más maravilloso de mi vida, Avril; me gustaría…

-¡Ops! No digas nada más –lo silenció ella, poniendo un dedo sobre sus labios, que luego besó dulcemente–. Para mí también mon amour, no te quepa la menor duda.

Entonces, Narciso no pudo contener más el deseo y la agarró brusco, por el cuello, acercándola a su boca, ávida de la suya, y la besó lúbricamente, su lengua penetrando hasta la garganta de ella, las manos ciegas buscando bajo la blusa la cálida piel de la chica que acababa de atraparlo, poseyendo la joven cadencia de sus días y sus caderas para siempre.

Abandonó su sueño en lo mejor; no quiso profundizar en sus recuerdos, evitando la sombra que sabía acontecería unas páginas adelante en su memoria.

El calor en los barracones del centro de entrenamiento para la 13ª Semibrigada de la Legión Extranjera Francesa en el cuartel de Monclar era sofocante. Narciso se derretía literalmente en su litera; incluso después de tantos años no había sido capaz de acostumbrar su cuerpo a ese castigo divino que emanaba del desierto. La tierra ardía durante el día, y sólo en los puertos cercanos al mar, durante la vigilancia costera y las maniobras de un mes que solían realizar para adiestrar a los recién llegados en combate marítimo, este sufrimiento descendía algunos grados que permitían algún alivio pasajero al que no era muy recomendable acostumbrarse. El regimiento, conocido como la Falange Magnífica, por su capacidad de adaptación para operar sobre cualquier terreno, por duro o abrupto que fuera éste, dormía lo que podía en esos momentos bajo el cielo de Djibouti, a los pies del desierto, el golfo de Adén como gigantesco embudo velando su sueño. Eran los ahijados del mar Rojo: una precisa y engrasada máquina de combate que había pagado a sangre y fuego la destreza adquirida en mil batallas, en los campos bélicos de medio mundo a lo largo de dos siglos. La huella humana de miles de legionarios a través de ciento cincuenta años de historia militar era su herencia y su aval.

A los recién llegados al acuartelamiento, la cruda vida del desierto los bajaba un escalón en sus humos de soldados de élite. Tras aguantar con estoicismo las primeras semanas de humillación y

novatadas, en donde más de la tercera parte de ellos cursarían baja, el resto sucumbiría a las brutales pruebas físicas y psicológicas a las que el régimen de entrenamiento exigido para entrar a formar parte de una unidad de esas características les sometía. Los supervivientes, exangües y orgullosos, luciendo su recién estrenada boina verde, pasarían las pruebas psicológicas finales e ingresarían en el regimiento definitivamente. Luego, actuarían durante cuatro meses como unidades en misiones de corta duración (MCD), antes de ser destinados en alguno de los acuartelamientos que la Legión Extranjera tenía repartidos por todo el mundo. Otros, los menos, firmaban como fijos y permanecían en Djibouti durante todo el contrato, salvo salidas excepcionales requerimiento de sus funciones militares en cualquier lugar del planeta. Narciso era de éstos últimos.

Eran las cuatro de la madrugada; Narciso contaba los minutos para la corneta de diana que se produciría a las cinco en punto. Esa noche el sueño no lo había amparado. Los viejos males se habían ido a dormir con él, desvelando su descanso y haciéndole descender más de lo necesario al pozo de sus recuerdos; soñaba despierto: cuando ingresaba en aquella época, seis o siete años atrás en el tiempo, un sordo estremecimiento que partía desde su vientre y se hacía siempre dueño de su cuerpo, congelaba su sudor e inmovilizaba sus miembros. Su bautismo de fuego, de fuego real, del que alcanza a los oídos a un palmo de la vida silbando la muerte en ellos, se produjo en una carretera polvorienta y ahora olvidada del mundo, en el sureste de Nigeria. Su idealismo lo había conducido hasta ese horror crudo, mezcla de muerte y hambre, que son todas las guerras civiles:

En 1966, tras el intento de golpe de estado en Nigeria, comandado por oficiales de etnia igbo, el gobierno central de Nigeria, en una represión que tomaría tintes de limpieza étnica, ejecutó en masa a cientos de emigrantes igbos. El gobernador militar de la zona, el teniente coronel Chukwuemeka Odumegwu, reaccionó declarando el estado independiente de la región oriental, localizando su capital en Enugu, y comenzó a confiscar recursos federales del estado. La recién instituida republica de Biafra fue reconocida por varios países africanos (Gabón, Costa de Marfil, Tanzania y Zambia). El interés en la economía de la zona, rica en mineral de carbón y petróleo, animó la ayuda extraoficial de otras naciones, como Francia y Portugal o Rhodesia.

En sus inicios, Nigeria respondió sometiendo las fronteras del nuevo estado con un poderoso bloqueo económico. Más tarde en julio del 67, la zona comenzó a ser invadida con tropas federales que iniciarían un exterminio masivo de la población, recuperando parte del territorio y empujando a los rebeldes biafreños hasta Aba, tras reconquistar Enugu.

La republica de Biafra había comenzado su lento y agónico período de hambruna, que acabaría por diezmar a la población y conmover a la opinión internacional.

Un Hércules C-130, mimetizado para la ocasión como transporte de mercancías, partía de Djibouti aquella noche de 1967 con destino a un aeródromo militar situado en algún punto entre Aba y Port Harcour, en el sureste de Nigeria. A bordo del aparato, Narcís Salcedo observaba en silencio al resto de sus compañeros de viaje: noventainueve legionarios seleccionados de entre las filas de la CCS (compañía de mando y apoyo) y el 2º regimiento extranjero de infantería y paracaidistas: lo más granado de la 13ª Semibrigada de la Legión Extranjera Francesa. Todos ellos habían sido reclutados voluntariamente para la misión. Era un comando de apoyo extraoficial que Francia mandaba a Biafra en ayuda de los rebeldes, ahora que la situación de la república se tornaba insostenible. Un grupo compacto de hombres oscuros en la noche, mimetizados como un solo cuerpo, y, excluidos del uniforme los distintivos propios de su unidad, convertidos momentáneamente en mercenarios, esta vez por una buena causa. Junto a ellos, un montón de fardos cubiertos por una lona de camuflaje se amontonaban al fondo de la bodega del avión; la excusa perfecta para el viaje: medicamentos, alimentos, ayuda para el Biafra.

Sentado frente a él, su inseparable irlandés dormitaba un sueño inquieto. Tras varias horas de vuelo, el viejo cuatrimotor tomó tierra en suelo biafreño, en un claro artificial desbrozado en medio de la selva a modo de aeropuerto en algún lugar entre el rio Cross y el Níger. El comando, a las ordenes del capitán Lefavre, un aguerrido legionario de cuarentaicinco años curtido en mil combates vitales, macerado en pólvora y sangre, descendió del avión en dos columnas negras amparadas por la noche. El equipo de cien hombres trabajó bajo la humedad sofocante, descargando el equipo militar y los pertrechos civiles para la causa rebelde. En unos minutos, cientos de cajas fueron apiladas con eficacia en los camiones del ejército popular de Biafra.

El comité de bienvenida era un batallón de milicianos mal equipados, con los uniformes raidos y cara de pocos amigos. Dibujaban a la luz de la luna, casi fundidos con la jungla a su alrededor, un cuadro semejante a una chusma hostil que hubiera venido a lincharlos tras haber sorprendido cuatreros en su territorio.

El capitán Lefavre se acercó al hombre que esperaba al pie de la pista de aterrizaje, frente a la masa oscura de hombres, y tras el saludo militar le estrechó la mano. Era el líder de las fuerzas rebeldes; el artífice de las pocas victorias que la joven República de Biafra podía contar contra el ejército invasor. Responsable de la guerra de guerrillas que traía de cabeza al opresor nigeriano, el comandante Jhonaton Uchendu, un igbo de piel cobriza y metro ochentaicinco de estatura, mal encarado, de porte robusto y anchas espaldas, miraba al comando francés con un aire de satisfecho escepticismo.

–Pensé que no llegarían nunca –dijo Uchendu, con un tono perfectamente audible para todos entre el ruido del trasiego de fardos, en un inglés primitivo herencia de sus antiguos colonizadores.

–Pues, ya ve, aquí estamos; todos; los cien –contestó firme el capitán francés–. Lo prometido es deuda de honor para un legionario, messie le commandant –repuso Lefavre con cierto sarcasmo–. Aunque sea de forma extraoficial, mis hombres y yo estamos a sus órdenes. Disponga de nosotros cómo necesite –concluyó el francés.

Uchendu echó un rápido vistazo al convoy, que ya estaba preparado para partir, gritó la orden de marcha y todos montaron en los camiones.

La carretera, en pésimo estado de conservación, era un mosaico de grietas de alquitrán resquebrajado y profundos cráteres de fango que discurría como una serpiente cansada atravesando la selva umbrofila del Níger. A los lados del camino y encima de ellos se sucedían las raíces arbóreas, colgando como un tapiz de tentáculos sombríos sobre sus cabezas. La densidad de la flora reinante y la humedad del ambiente creaban una opresiva sensación de claustrofobia clorofílica, como si de repente los hubieran sumergido en un mar de vegetación dentro de un tarro de cristal gigante y hermético. Narciso no llevaba allí dos horas y su cuerpo ya excretaba sudor a una velocidad inimaginable. Era una transpiración que parecía exprimir el alma, como una bomba de succión. El oxígeno puro de la selva dificultaba la respiración, y cada bocanada de aire denso era una nueva conquista para sus pulmones; comparada con esta sensación térmica, la climatología de Djibouti era un paseo agradable.

Gigantescos baobabs y tamarindos parecían, desde los márgenes del sendero, escupir a los soldados toda su superioridad natural, como si la sabiduría vegetal amparada en sus troncos milenarios insultara la molesta y perecedera presencia de los insectos humanos que cruzaban

ante ellos. La corteza de los arboles rezumaba de musgo y líquenes de una inagotable variedad de verdes, inalcanzable a los sentidos. Mirándolos, una reflexión tomó cuerpo en Narciso: <<aquellas, eran las lagrimas verdes que la selva derramaba, impotente ante la avasalladora acción del hombre, una plaga milenaria de la que de haber dispuesto de armas, la naturaleza haría mucho tiempo se habría liberado>>. Por desgracia debía esperar, quiescente y muda, a que la especie humana ayudada de las llamadas catástrofes naturales, el grito de auxilio de Gea, se exterminara por sí sola, desapareciendo para siempre en su caos existencial.

Entre los claros que permitían las copas de los arboles, la luna en cuarto menguante, alfanje de plata, alumbraba a vetas las caras del grupo de hombres sentados a cada lado del último camión que cerraba el convoy. Narciso miraba con detenimiento a su pelotón: legionarios profesionales convertidos por golpe del destino en soldados de fortuna.

<< Al menos, es por una buena causa >>, pensó. << Si tenía que morir en aquella jungla inhóspita, sería por un motivo justificable >>. Ese pensamiento lo había hecho decidirse sin asomo de dudas cuatro semanas antes en Monclar, cuando se les explicó la misión y les propusieron participar en ella: actuarían como mercenarios extranjeros contratados por la República de Biafra, sin pertenencia declarada a ningún país, sin bandera salvo la de sus clientes. Como apoyo a la guerrilla en incursiones a través de terreno hostil, usando tácticas de comando y dando golpes de mano rápidos tras las líneas enemigas. Sin rango militar definido, quedarían supeditados al mando de los oficiales del Ejército Popular de Biafra. En caso de bajas o alguna situación que pudiera crear un conflicto diplomático internacional, el gobierno francés negaría cualquier relación con ellos.

El comando, bajo el nombre de “Wild Bunch”, comenzaría con la misión inmediatamente. Todo el proceso de selección y entrenamiento, junto con los preparativos, cuatro semanas antes de la partida, se realizó en secreto en un campo de maniobras habilitado a sesenta kilómetros del cuartel general. Los legionarios aceptados, firmaron un acuerdo confidencial en el que renunciaban a sus derechos como miembros del cuerpo y asumían desde ese instante su situación como contratistas civiles a cargo de una compañía privada con sede en Nigeria, una sociedad anónima creada para tal propósito por el cliente contratador. La misión tenía fecha de inicio pero no de término. No necesitaban saber más. El resto de las órdenes y el objetivo central de la operación les sería revelado una vez estuvieran en su destino.

Narcís sólo contaba con dos años y medio de entrenamiento, pero se sentía capacitado para desempeñar su labor con eficacia. Desde el mismo instante en que fue seleccionado junto al resto de hombres, sintió el orgullo hervir en su pecho, un claro signo de distinción viril que lo hacía sentirse diferente del resto de los humanos. Acababa de investirse como cruzado en una guerra santa, la única que de verdad lo era, la eterna lucha del bien contra el mal, tan antigua como el hombre. Lo difícil era distinguir, pensó entonces, igual que en toda revolución armada, a los buenos de los malos. Pero de alguna manera, él sabía, o al menos se convenció de ello, que su elección de bando era la correcta.

A bordo de los transportes, los cien hombres mostraban un collage de rostros diversos; nerviosos unos, con una mezcla de inseguridad e impaciencia; taciturnos los otros, los más veteranos, aquellos que habían disparado contra otros hombres en alguna ocasión; algunos durmiendo, inasequibles a la excitación, como era el caso de Sean, las cabezas inertes traqueteando contra la dura chapa del camión. El aspecto general del comando era, incluso para el ojo entrenado, un espectáculo sobrecogedor: salvo el talante marcial que los impregnaba, uniendo a aquellos hombres refugiados en sus pensamientos –máquinas de precisión letal bajo sus máscaras veteadas de pintura mimética–, y el uniforme de color verde camo cebrado de negro para el combate en la jungla que todos vestían, hubiera sido difícil encontrar una seña de identidad común en ellos: cada cual llevaba el equipo que había elegido para la misión, adecuado a ella pero según sus preferencias individuales. Así, algunos hombres cubrían sus cabezas con gorros de hongo para la selva, o gorras con visera del tipo "sniper"; otros vestían sombreros Bonnie australianos de media ala, que, tapando sus rostros al estilo de un chapeo del siglo de Oro español, prestaban a sus encarnaduras un aspecto aún más sobrecogedor. El armamento mostraba el mismo eclecticismo en su elección. La mayoría portaba una Colt 45 modelo 1911 en funda de muslo, como arma corta de apoyo, y el antiguo y fiable MAS-49, fusil de asalto reglamentario del ejército francés al que habían retirado la culata fija, adaptándolo como subfusil para este operativo. Otros optaron por probar el nuevo FAMAS 61, cal.5,56, que había sido diseñado en 1961 en la factoría de Saint Etienne, y que, para aquel entonces, aún no se encontraba en vigor oficialmente en las fuerzas armadas francesas. Ellos dispondrían de ese privilegio. Algunos, confiados en el lema que acompañaba a la mítica escopeta de corredera M12, usada por los americanos en Vietnam –que aseguraba: "un disparo, un muerto"–, la portaban a su espalda. Pendientes de los cintos y armando las caderas, podían observarse cuchillos de todos los tamaños y formas: Kukries

gurkas –los infames corta cabezas nepalíes–, grandes machetes del tipo cubano o amazónico para cortar caña y desbrozar maleza, y cuchillos de combate de todas las longitudes. Bajo sus axilas, la mayoría enfundaba revólveres Manurhin del calibre 38, como arma de apoyo secundaria. De los chalecos antifragmentación poblados de cargadores que acorazaban sus torsos, colgaban racimos de granadas del tipo F-1, y, en algunos casos, cuchillos boteros con el mango hacia abajo, en uno u otro costado según la mano utilizada, para labores de infiltración y neutralización cuerpo a cuerpo. Pero quizás, lo más llamativo en el equipo personal, aparte de los rifles de precisión que guardaban los francotiradores en sus fundas, eran las ballestas del tipo comando: se habían usado por los comandos Británicos con cierto éxito durante la segunda guerra mundial, y, ahora, algunos de ellos parecían confiar en su utilidad, contrastada por la empírica de la letalidad.

El heraldo alado de la muerte, pertrechado hasta los dientes, se dirigía a su cita con el destino en los libros de historia, hacia las leyendas locales que surgirían haciéndose eco con los años entre los pobladores de aquella región abandonada desde siempre por la mano de Dios.

La mañana abría la selva rasguñando entre los gigantes arbóreos con lanzas de luz, agujas blancas que caían como minúsculos cometas sobre el suelo alfombrado de esmeralda. Habían transcurrido unas seis horas de marcha a través de la jungla. Los camiones se detuvieron para vadear un pequeño cauce de agua que cortaba el camino en dos. Los hombres aprovecharon para estirar las piernas y fumar un pitillo; mientras, los jefes de pelotón asignados hablaban con los mandos africanos disponiendo el plan seguir una vez llegaran a la aldea. Una hora más tarde, y tras franquear tres controles de seguridad, penetraban en el campamento base. El último tramo del viaje lo habían recorrido a pie, a través de la jungla pura, sin camino alguno a la vista. De repente, como recién salido de las "Mil y una noches", escondido entre la vegetación en un foso de unas seis hectáreas excavado en la floresta, el cuartel general de la guerrilla –1º regimiento de expedicionarios del ejército popular de Biafra– se abría ante sus ojos.

Narciso miró a Sean, que caminaba a su izquierda. El enorme contingente de hombres se desplazaba por la selva sin levantar más ruido del que los pájaros y monos producían desde los arboles.

–Joder, tío –dijo el irlandés en un susurro, casi sin romper el silencio reinante en las filas–. Estos cabrones se mueven por la jungla como serpientes; no me gustaría tener que enfrentarlos en éste territorio –

dijo, maravillado por la operatividad del grupo que caminaba delante de él.

–Puede que nosotros estemos entrenados al más alto nivel, Sean –contestó Narciso –; con las ultimas tácticas y equipo a nuestra disposición, pero no podemos subestimar a estos hombres. Se han curtido a base de penurias; su vida es un cúmulo de situaciones trágicas; desde que nacen, están dispuestos para que la muerte les sobrevenga en cualquier momento, y ellos aceptan ese destino . Los europeos solemos creer que nunca nos llegará la hora, vivimos pensando en el futuro desde un presente acogedor (quizás, el mal y el bien, lo que nos hace peores o mejores tenga que ver mucho con eso, piensa Narciso). Cuando lo único que importa al abrir los ojos es una porción de comida y encontrar agua para pasar ese día sin morir de inanición, la vida cobra un significado auténtico: recupera su esencia primigenia de lucha por la supervivencia; lo demás es superfluo, no hay tiempo para la depresión o la angustia de los días vacuos que experimenta la sociedad capitalista occidental. La selva los devuelve a sus orígenes. Es dura y reta al hombre, subsisten sólo los fuertes, no hay tiempo para proteger al débil; no pueden malgastar su fuerza en ellos, la utilizan para sacar a flote a aquellos que sobrevivirán. En ellos se manifiesta de manera espontanea la evolución natural que nosotros hemos adulterado con nuestros avances tecnológicos, nuestras guerras modernas, llevadas a cabo por ansia de poder, avaricia y control de los territorios, y que han sumido en la más absoluta miseria a miles de razas como ellos. Si los miras a los ojos, en lo profundo de su alma, podrás ver a hombres que han aprendido a sufrir en silencio, a través de luchas tribales entre etnias más viejas que nuestra historia, a lo largo de siglos. Éstos que hoy marchan junto a nosotros son los herederos de esa savia guerrera. No luchan por dinero, ni por poder, luchan por un sentimiento arraigado en ellos desde antaño, clavado en sus entrañas, un sentimiento perdido en la noche de los tiempos; es un concepto que nosotros, los militares profesionales, no entendemos y perdimos hace tiempo: se llama libertad. En cierto modo los envidio; creen en lo que hacen, en la justicia de sus actos, aunque estos puedan serlo o no. No hay nada más hermoso por lo que luchar, ni una causa más noble que esa que arde en sus corazones; creo que por eso me apunté a esta locura.

Su amigo Sean lo miraba a los ojos, absorto: un destello de admiración poblaba los suyos en ese momento.

–¡Joder, Narcís, joder! –fue lo único que acertó a decir entonces.

Instalaron al grupo francés, repartido en cuatro de los seis barracones del campamento: el comando extranjero debía tomar contacto, mezclarse. Conocer un poco a los hombres de la fuerza africana junto a los que iban a combatir en unos días, aprender lo básico del dialecto igbo.

Los edificios, de planta rectangular, como ladrillos de barro gigantes puestos a secar al sol, eran cubículos de unos cincuenta metros de largo por diez de ancho, construidos con adobe y techos de uralita, que al atardecer se habían convertido en auténticos hornos donde los sesos de los hombres en su interior se cocían a fuego lento. Aunque estaban protegidos de la vista por la frondosa vegetación que crecía a su alrededor, se habían colocado redes de camuflaje antiaéreo que los hacían prácticamente invisibles desde la distancia.

Se dispusieron las funciones que los legionarios debían acometer, turnándose en ciclos de cuatro horas y en grupos de veinticinco hombres: patrulla, vigilancia, reconocimiento del terreno y aclimatación, y adiestramiento de las tropas rebeldes, mejorando así su capacidad operativa como guerrilla. Las ocho horas restantes para el rancho, el mantenimiento de las armas y el descanso.

A Narciso le tocó la primera patrulla alrededor del campamento: un grupo de veinticinco hombres dispersos en doscientos metros peinaba la zona con cuidado y aprovechaba para familiarizarse con el terreno, ayudados de los guías biafreños que los acompañaban.

Tras unas horas de lenta marcha por las inmediaciones, uno de los guías le indicó la situación de las torretas de vigilancia, disimuladas en las copas de los árboles, en una de las cuales se instalarían él y su binomio. Subieron por una escalera de láminas de madera incrustadas en su tronco, casi imperceptibles a la vista, y alcanzaron el puesto arbóreo, a unos treinta metro sobre el suelo. Era una posición privilegiada para ocultar a un francotirador. Construida como un nido cubierto con hojas de palma sobre un enorme baobab, desde aquella garita natural estratégicamente orientada, se divisaban a la perfección los lindes que delimitaban el foso gigante de la base, a unos mil quinientos metros de distancia al este. Se controlaba también desde él, uno de los accesos para blindados ligeros, un kilómetro al norte de la posición, en un pequeño sendero casi oculto que se suponía desconocido por el enemigo. (Un buen tirador podría hacer blanco a un kilómetro sin mucha dificultad, dada la trayectoria descendente que trazaría el proyectil).

Tras echar una buena ojeada con los binoculares, Narciso colocó

su fusil Dragunov cal. 7.62 –un arma capaz de abrir agujeros incompatibles con la vida incluso a mil metros de distancia– junto a él, y extrajo de un bolsillo de su guerrera una tabla de cálculo para las posibles variables de tiro que dispuso agarrada con dos gomillas en su antebrazo izquierdo. Recordó en esos momentos las palabras favoritas –todo un axioma militar– de su instructor de tiro durante el adiestramiento para la especialidad de francotirador, que todos ellos debían superar antes de alcanzar la boina verde: <<un buen tirador no piensa en metros de distancia al objetivo, sino en minutos de ángulo>>.

Sean y él se acomodaron en el pequeño torreón, y Narciso aprovechó para colocar el visor de larga distancia en la carena del fusil. Dio una pasada visual por el campamento eligiendo hipotéticos blancos humanos para comprobar los milímetros en el visor susceptibles de ser ajustados: la deriva y altura del aparato estaban calculadas para efectuar un disparo a quinientos metros. Bajo el sofocante calor que los envolvía como una mortaja de plástico, repasó una vez más las distintas posiciones, abajo en el cuartel: en el lado norte se ubicaban las cocinas y el comedor para la tropa. Pegado a éste edificio se hallaba un ambulatorio, un hospital de campaña que, llegado el caso, hubiera realizado mejor las veces de tanatorio, dada la precariedad de su equipo médico. Siguiendo la línea de sacos terreros desde allí, en dirección este, se encontraban los barracones del dormitorio dispuestos en paralelo. Al sur, un edificio protegido en su entrada por una patrulla fuertemente armada, hacía las veces de polvorín; era un señuelo: al de verdad, donde se almacenaba el armamento y las municiones, oculto bajo el suelo en un zulo, se accedía por un pasadizo excavado en las cocinas. En el margen oeste se podían ver las letrinas y a unos doscientos metros de ellas, en una pequeña elevación que experimentaba el terreno, construidos entre unos poderosos tamarindos, se habían dispuesto las casetas para los oficiales y, junto a ellas, una salita hecha de caña y madera servía de sala de operaciones para el mando. Frente a esa construcción, de pie sobre un montículo de sacos terreros que guardaban una ametralladora antiaérea de 20 mm., el capitán Lefavre departía amigablemente con el mayor Uchendu.

Maurice Lefavre, capitán de la 13ª Semibrigada, del 2º regimiento extranjero de paracaidistas, era un hombre duro, parco en palabras, preciso y eficaz en sus funciones y poco amigo de la compañía. Sus hombres lo apodaban "lobo solitario", sin embargo, bajo esa apariencia de roca inexpugnable se escondía, coexistiendo con él, cierto paternalismo hacia sus hombres.

Narciso le observaba, admirando su perfil de áspera encarnadura

que se recortaba contra la arena roja del suelo del campamento, en su boca su sempiterna pipa de madera. Aquel apéndice singular en su rostro, bajo su boina verde oscuro, le prestaba un aura especial, al estilo de un MacArthur. Un carisma propio de los hombres que han hallado su destino y caminan seguros sobre él. Los hombres se sentían bien a su lado, protegidos, y él lo sabía, como un padre. <<Alguien dijo alguna vez, que todos los hombres somos padres de un modo u otro>>, pensó Narciso al mirarlo. El capitán Lefavre lo había sido en muchas ocasiones: él había criado cientos de manadas de cachorros salvajes dispuestos para la guerra.

Antes de seleccionar otro objetivo en la mira, Narciso contempló el campamento una vez más y constató que su disposición era prácticamente idéntica a la utilizada por las legiones romanas en sus asentamientos durante las campañas de conquista del Imperio, casi dos mil años atrás.

<< La historia, después de todo no había cambiado mucho >>, reflexionó. << Daba igual la raza, el motivo, el lugar en que se hubieran iniciado las hostilidades, siempre era lo mismo: los hombres aprendían mediante la guerra. Este oficio antiguo proveía de avances y creaba civilizaciones bajo su influjo. La vida amparada en la muerte; la ordenación del mundo precedida del caos, ayudada de él. Una paradoja absurda que en el caso del humano era real. Sólo descendiendo a los abismos de su esencia, al terror primitivo de su realidad, era capaz el humano de alcanzar la acción verdadera, esa que lo aunaba, poderoso y vesánico con la creación. Todo lo demás, los proyectos civilizados, no eran más que pátinas para borrar la realidad y controlar a nuestros demonios, para subyugarnos en un mundo feliz alejados para siempre de la acción pura. Era increíble que el hombre, normalmente individualista, egoísta incluso en su gregaria existencia, capaz de odiar y matar por nimiedades a su vecino, fuera capaz de incluirse en un solo molde a través de la guerra. Cuando los sometías a conflicto, en lucha masiva por sus vidas o un objetivo determinado, esa masa infame que siempre ha prevalecido sobre la individualidad se hacía una piña. Personas que no darían un céntimo por la vida de otras en situaciones banales y cotidianas, entregaban ahora, arriesgándola por un uniforme, bajo una misma causa vil o cruzada justiciera, su única posesión importante al hombre junto a él. Era la mística de la batalla, la egolatría suprema por la supervivencia. Parece ser –siguió en su mente–, que sólo sumergidos en lo peor de nuestra esencia encontramos fuerzas para la solidaridad, la auténtica, por encima de patrias y banderas. Era un pensamiento triste. Quizás, él mismo eligió la fuga a través del ejército, buscándose a sí mismo, utilizando la masa compañera para volver a creer de alguna

manera en el hombre, aunque fuera bajo el fuego de la lucha. Incluso la religión –perversora de la identidad y esclavizadora del hombre, máquina execrable aunque necesaria para el control de nuestra malignidad yacente, que sin querer la apoya, recordándonosla a cada paso que damos –, pasaba en la batalla de a pie, en el metro a metro de un soldado junto a otro en una trinchera, con el sonido de la muerte como circunstante espectador, a un segundo plano: un mal para evitar otro mal >>.

Sean rompió las cavilaciones de Narciso. Era una de sus cualidades; era capaz de escuchar o mantener el silencio cuando hacía falta, y de hablar justo en el momento preciso.

–¿En qué piensas hermano? ¿Estás preocupado por lo que se nos viene encima?

–Estaba convenciéndome de lo que hemos venido a hacer aquí, Sean. A veces me asaltan las dudas; un temor extraño me sacude por dentro y comienzo a divagar; ya sabes, mis ideas sobre el mundo, acerca del hombre y sus rarezas. Reflexiones absurdas sobre su naturaleza –aclaró-. ¿Y tú, amigo, tienes miedo?; seguro que no.

-Verás Narcís –dijo Sean, ignorando su pregunta-; anoche estuve pensando, bajo este maldito calor del infierno, en lo que me dijiste sobre los igbos. Recordé la conversación; bueno, tu monólogo –especificó con una sonrisa– sobre el sufrimiento que fabrica guerreros, y tuve que compararlos con mi raza. Creo que no hay mucha diferencia, aparte del color y el calor –calló unos momentos antes de continuar, indeciso ante su amigo. Siempre se había sentido un poco abrumado por la superioridad intelectual de Narciso y no le gustaba defraudarlo con observaciones estúpidas.

>>Irlanda del norte ha estado maldita desde hace siglos: hemos pasado hambrunas terribles, epidemias de peste, y la peor plaga que puede padecer el hombre: la opresión, la privación de la libertad en su propia tierra. Quizá, los irlandeses mejor que nadie, conocen el significado que se esconde tras la palabra patria. Sí, se que tú piensas que el patriotismo fanático, los nacionalismos, ocultan un regreso a lo peor del hombre; al paganismo, al primitivismo carente de racionalidad, a un provincianismo arcaico unido a un atavismo cultural y religioso que no le permite progresar como ser humano; que en boca del tirano la patria es el refugio perfecto. Son palabras tuyas. Pero nosotros, los irlandeses de a pie, al igual que otros pueblos antes que el nuestro, sabemos mirar entre las líneas de la historia. Cuando la desdicha los golpea incesante, el único refugio posible para los hombres es la tierra; ¡la tierra, Narcís! –

pronunció exaltado–. La tierra y lo que ella representa: la familia y los amigos. Esa es la única patria a la que de verdad responden los hombres al final. La enmascaramos con banderas porque la causa, la masa, necesita de ellas para luchar unida. En el irlandés, aislado por un mar de aguas bravas y hostiles y un enemigo secular invadiendo nuestro espacio vital, con un clima que nos recuerda cada día lo dura que es esta perra vida, casi sin descanso para tomar aliento, ha tomado cuerpo un reducto de supervivencia que no es otro que el amor a la tierra; lo único que el hombre pobre puede tocar y creer poseer. Este sentimiento telúrico subsiste en él, orgulloso, dándonos a los irlandeses, por encima de otros pueblos que conozco, la forma de pequeños pedazos de tierra, uno por cada hombre y cada mujer de Èire. Nosotros somos Irlanda, Narcís.

Narciso miraba a Sean con orgullo y asombro, jamás le había escuchado hablar de esa manera desde que se conocían. Parecía que algunos de los libros que le había prestado en esos años habían calado hondo en el irlandés. Al terminar éste con su apología sobre la patria, terminó diciéndole:

–Hermano, creo que sería una buena causa por la que morir. Escuchándote hablar de tu tierra casi has hecho que me sienta irlandés por un momento. Creo que deberías volver a Irlanda y utilizar todo lo que has aprendido en estos años para ayudar a su causa, no importa si es justa o no.

–Siempre ha estado en mi pensamiento. Desde que huí escapando a una muerte segura, mi sentimiento ha sido el mismo; cada día; regresar y luchar junto a los míos, y por qué no, también…

–No deberías buscar la venganza Sean –lo interrumpió Narciso, adivinando el pensamiento sombrío de su camarada–, si combates alguna vez movido por un viejo resentimiento te incapacitas para ver con claridad, para juzgar al enemigo. Tienes…, bueno, debes regresar para completar tu círculo vital, como yo estoy ahora mismo aquí, intentando cerrar el mío. Pero asegúrate de que el rencor se ha enfriado lo suficiente antes de hacerlo, hermano. Estoy contigo, estamos aquí; sé que crees en lo que haces; si existe alguna posibilidad de arreglar algo para esta gente la utilizaremos, aunque, al final todo vuelva a estar como al principio, los nuevos poderosos sometiendo a sus actuales verdugos.

–¡Exacto! –estalló Sean, con la voz tomada por la emoción–; de algún modo extraño, siento afines a los míos los motivos de su lucha; el Biafra es ahora mi Irlanda de adopción.

Los dos jóvenes, bajo el manto verde apretado a su alrededor, se miraron a los ojos intensamente cómplices y se agarraron por sus antebrazos al estilo romano, tomándose el pulso. Por sus venas corría un sentimiento puro de amistad.

–Ah, Narcís –dijo el irlandés, sincerándose en ese momento de camaradería–. Yo también tengo miedo.

Bajo ellos, sumergido en la selva virgen, yacía el resto del mundo.

Pensaba en cuanto había cambiado esa ciudad su vida. La cálida

compañía de su abuela, y, ahora, de repente, la aparición de esa mujer, de ese volcán en continua erupción que era Avril, habían transformado su realidad, oscura y yacente, en un ser de alborotada vivacidad con los ojos abiertos a cada insinuación que pudiera ofrecerle el día. Los meses pasaban raudos, acariciadores, sin asomo de tedio alguno. París lo había emancipado del ayuno de pasiones que experimentaba desde el fallecimiento de su madre. Demasiado tiempo para permanecer encerrado dentro de uno mismo.

Ahora, junto a ella, podía desvelar al mundo toda esa rica imaginería prestada por cientos de libros que habitaba en su interior. Por vez primera disfrutaba ese conocimiento y lo hacía uno con él, suyo de verdad.

Le gustaba sentarse en la Île de la Cité, por las inmediaciones de Notre Dame, mientras sostenía a Avril sobre sus piernas, sentado en un banco y viendo pasar las filas de turistas, haciéndose preguntas sobre ellos: averiguaba, en un juego de pistas y perspicacia, utilizando los detalles en los transeúntes, que siempre gustó del pulso detectivesco, herencia segura de las tardes pasadas junto a Conan Doyle. Intentaba, pues, junto a su Watson de ojos de gato, precisar tal o cual profesión en los viandantes, si eran casados o solteros, felices o hastiados, sus vidas llenas o amargadas por la cotidiana monotonía.

Más tarde llegaba el rito del atardecer y comían altramuces, compartiéndolos con los ánades reales y gansos del lago en el parque des Buttes-Chaumont, al nordeste de París. Este era uno de sus enclaves favoritos en la ciudad; (una maravilla vegetal que antiguamente había sido una yerma cantera de yeso, utilizada luego como cementerio de caballos, y que, Napoleón III decidió convertir en un jardín paradisíaco en 1864, para gozo de los futuros amantes de varias generaciones).

Les encantaba susurrarse al oído confidencias amorosas mientras pendían suspendidos en el aire, sobre la pasarela de madera de roble que conducía a la isla situada en el centro del parque. Rodeados de petirrojos, verderones y trepadores azules que coloreaban las arboledas y regalaban sus trinos al aire entre el rumor de la catarata, mientras, como en un ensueño frente a ellos, presidiendo aquel bosque élfico salido de un cuento, sobre la colina, surgía magnífico el templo de la Sibila. Paseaban de la mano, aferrados uno en el amor del otro, sin principio o fin en los días, sólo un universo particular, su jardín privado del Edén, donde no existía nadie ni nada, donde no precisaban más que el latido de sus dos corazones. Más tarde, en una habitación, una pequeña mansarde en la tercera planta de un callejón de Mommartre que ella alquilaba por horas como nidito de amor, se regalaban caricias y derramaban, sobre las sábanas de aquel pintoresco cuarto salido de un lienzo impresionista, un torrente lascivo que Avril sabía dosificar para él,

virgen aún en el pecado, en pequeñas oleadas de placer seguidas de un tumultuoso maremoto que inundaba sus sentidos. Alcanzaban juntos la efímera evaporación de la carne, trémula tras la batalla encarnizada que protagonizaban sus pieles, que los sumía, tras el quejido del placer, en ese estado de abandono febril afín al crepúsculo que entraba por las ventanas de la buhardilla, y que embarga a los amantes tras el trance sexual.

Narciso no había conocido nunca esa felicidad. Para ser exactos, no había sido feliz de verdad hasta ese momento.

Tras el ardor, en las noches de Vincennes, cuando a solas en el dormitorio evocaba a su madre, le costaba dar forma exacta a las facciones de aquella mujer de sus cinco años que ahora se mezclaban con las de Avril; las dos únicas mujeres que lo habían hecho sentirse especial, único, que habían depositado en él su primer poso como hombre, los cimientos de su vida real. Se sentía mal por esa intromisión egoísta hacia su madre que sus sueños despiertos perpetraban en él, pero este sentimiento era fugaz y desaparecía al añadir el cuerpo y el rostro de su amada, sumiéndolo en un ensueño limpio de rencores. El tercer ángel en discordia era su abuela, que de alguna manera había usurpado el puesto a su tía Rosario, a la que no echaba de menos, algo extraño, pues ella había sido la salvaguarda de su adolescencia.

Reflexionaba entonces, Narciso, sobre el egoísmo práctico de los niños; del adolescente consentido que cree poder decidir y ejecuta, con alevosa indiferencia, amparado en su desconocimiento de la moral y la ética del cariño, una poderosa traición a los sentimientos, negándolos a alguien merecedor de ellos por simplezas tales como la diferencia de opiniones banales o una pesada vigilancia preocupada de su educación: la persona con la que no hemos elegido vivir, y que, aunque solícita a nuestros deseos, se nos antoja obligada a ellos, desposeyéndola de todo valor en sus acciones. Este aspecto, que oscurecía en Narciso una parte de su asumida bondad natural, le hacía sentir mal en ocasiones, sucio y canalla con una mujer que había ejercido de madre para él, sustituyendo a su progenitora con todo el peso que esto conllevaba. <<Tendría que enmendar esa situación en algún momento>>, pero no encontraba la forma.

Es cierto que su tía carecía de ese candor propio a su madre y su abuela del que gozaban las hembras de la familia Saugnier. Incluso en ocasiones, cuando lo regañaba, la impronta de su tía le recordaba al militar de bigote y duro rostro que había sido su padre. También ayudaba a este estado de sus recuerdos la intensa barrera que tras la muerte de su madre dispuso el niño que era a su alrededor, que, como un maleficio, sólo podía ser conjurado por otro hada de la misma sangre de su madre. Su abuela obró la catarsis deshaciendo el hechizo, liberándole.

El estudio estaba situado en la rue de La Paix, a un cruce de distancia de la Place Vendome. Narciso acudía a recogerla al trabajo en esos días magníficos de luz, conspiradores con la primavera en sus colores. Llegaba a la misma hora cada día, a las dos en punto, con precisión suiza, y se sentaba a esperarla en un banco situado en una pequeña plaza detrás del edificio en donde se encontraba el estudio.

Ella le hacía aguardar allí, alegando misteriosa cierta vergüenza a que sus jefes pudieran verles golosinearse a besos como dos niños inmaduros, ahora que ella estaba a punto de recibir un ascenso y un despachito dentro de la compañía. Por lo visto eran algo puntillosos, a pesar de su juventud, respecto a la vida personal de sus empleados. Algo así como niños de papá lastrados con una educación a la antigua que velaba eficaz por sus prejuicios.

Avril ya había utilizado ese aire de suspense en forma de juego romántico desde su primera cita: Narciso había tenido que esperar a verla de nuevo en el bistró Des Moulins, tras aquel primer encuentro que cambió su vida, antes de que ella le diera un número de teléfono y una posibilidad de localizarla fuera de aquel café entrañable que se había convertido en un lugar mitológico para él.

Los meses, las estaciones de ese 1964 suyo, se sucedían a caballo sobre las nubes. Las calles de París vibraban bajo el peso de sus pasos enamorados, abriéndose conspicuas con aquellos dos habitantes del Parnaso que la engalanaban con sus actos, dando profundo valor y crédito a su luminoso apodo. Debía, no obstante, intervenir, como en toda historia de amor al principio perfecta, la ejecución nefasta del destino, el misterio insondable que acompaña a la desdicha desde sus orígenes: el yang atribulado, separado a mil kilómetros en la cara oculta del yin, hizo su aparición cuando mediaban el año de relación, en un diciembre nevado que pronto derramaría sobre él una cascada de copos negros y helados.

Aquel fin de año de 1964 daría paso al que probablemente fue el peor momento de su vida, tras el recuerdo, ya agotado en su memoria, fugaz y débil en sus intenciones de daño, de ese acontecimiento fatal de su infancia que le arrebató a su madre. De algún modo perverso, una marea de obstáculos invernales, alejados de aquella dicha cálida que habían poseído en la primavera de su amor siete meses antes, vino a interponerse en sus vidas. Una vida de París que había sido el comienzo de la suya, y que, ahora, se diluía, sospechosa y escurridiza, en una suerte convulsa, pérfida, que Narciso no podía creer le estuviera sucediendo.

Debía haber intuido en los pequeños misterios de cada día, haberse acercado, aun a hurtadillas, a la sospecha, traicionando quizás la confianza en su pareja, el extraño comportamiento, la obsesiva ocultación que de sus lugares no comunes, aquellos que la alejaban de él, hacía gala Avril. La precisión de las horas a las que se separaban cada noche, a las nueve en punto, en el mismo lugar, huyendo de él, o de algo que acontecería, oscuro, de no mediar esa fuga. Nunca le dio una dirección concreta de su casa; sabía, con pocos detalles, lo que ella le había contado de su vida anterior. Parca en explicaciones, Avril nunca había tirado de la manta en cuanto a su pasado se refería, ocultándolo con explicaciones telegráficas sobre su existencia sin definir, que a él en ese momento, sin embargo, puesto el resto de sus dudas a quemar en el horno del amor, le parecieron suficientes.

Quiso creer, ingenuo, en el introito de aquella relación, él, tan poco versado en las intrincadas lides de Cupido, que se bastaría a sí mismo con el puzle ambiguo y encantador que en ocasiones era su amante. Desconocía el fiero temor gélido que atrapa a los enamorados ante lo desconocido, cuando se ha pasado la primera fase, tras el caos ardiente de la pasión; cuando se formulan las preguntas incómodas y comienza el calvario del intento de posesión del otro ser; cuando florece, o más bien despierta, la duda yacente, aquella que inyecta en nuestra calma un caudal de fuerza invectiva y arrolladora que nos desnuda y desarma ante el mundo: cuando el dios de los celos se enseñorea de los sentidos.

Narciso comenzó a formular preguntas que al parecer la incomodaban. Avril, hasta ese momento, jamás le había mostrado su lado oscuro; ni un solo enfado, la más mínima sulfuración, habían turbado nunca sus buenas relaciones.

Aquel primer desencuentro, que pareció abrir la caja de pandora entre ellos, ocurrió una tarde, después de la típica comida de emparedados que solían hacer, instalados en cualquier banco de un parque, a la salida del trabajo de ella. Narciso había comenzado su lenta y precisa letanía, en un nuevo intento infructuoso de averiguar por qué no podían ir nunca a casa de ella, o la negativa de Avril a conocer a su abuela, de la que él le había hablado tanto. A ella parecía no importarle que él, sin trabajo, sin estudios, dedicara los días a estar en su compañía, caminando por una “dolce vita” que su abuela le había diseñado a medida. Jamás le insinuó qué debía hacer con su vida, nunca hacían planes de futuro, algo normal en cualquier mujer enamorada y a cualquier edad.

Narciso le había narrado capítulo a capítulo toda su vida anterior e interior, pero ella parecía inmune, inasequible al fantasma de las dudas con

respecto a él; jamás le inquirió nada. Además, Narciso nunca le pareció demasiado joven a sus diecinueve años; si bien era cierto que él no aparentaba ese edad, pues una madurez precoz había usurpado el puesto a su adolescencia, él esperaba de ella cierta preocupación sobre su juventud y su falta de propósitos en la vida. Aun así, o más bien por eso, estaba dispuesto a desarrollar cualquier actividad que desembocara profesionalmente junto a Avril: algo relacionado con el diseño que pudiera sumar fuerzas laborales con el trabajo de delineante de ella; aunque todavía no le había confesado dicho propósito, aguardando a que ella le propusiera opciones que casaran con dicha intención.

–¿Cuántos meses llevamos saliendo juntos, Avril? ¿Siete, ocho? Creo que es hora de que me hables de tus padres, de tu familia; de dónde vives. Si mañana te secuestraran no sabría adónde acudir –dijo, infantil, adoptando un tono melodramático de escaso calado.

>>Sólo conozco tu primer apellido. ¿Sabes cuantos Blanchard hay en Francia? –preguntó, aturullado, como siempre que comenzaba con el interrogatorio, sentado frente a ella, la canasta de mimbre que su abuela preparaba para ellos mediando entre ambos.

–¡Oh, mon amour, no comencemos con esto, por favor; no más! ¿Por qué quieres estropear nuestra bonita relación con esa farsa de ataduras que esclavizan a todo el mundo? –le contestó ella, cansada y evasiva–. ¿No ves qué felices somos así? Te creía más aventurero, un soñador como yo; capaz de vivir el instante, de aceptarlo como llega, sin preparar, sin corromperlo. ¿Acaso piensas que te quiero menos porque sólo conoces de mí mi presente vital? Te aseguro que mis amigos no te gustarían; son mediocres, burgueses. El éxito los ha atrapado y con ello creen estar a salvo, fuera del peso de la masa, pero son sólo eslabones superiores de la misma cadena obsoleta. En sus caras puede verse esa vanidad rancia y pintada de presunción. ¿Por qué piensas que paso casi todo mi tiempo libre contigo? Es porque hay una parte de mi vida que no me gusta y no quiero que infecte la nuestra. No debes estar celoso.

Narciso la escuchaba, ablandado en cierto modo por su tono acariciador, por aquella cadencia que ella sabía destilar para él asegurando sus dudas por unos momentos, pero sin resolver nada de ellas. Sin embargo, en esa ocasión no fue suficiente el leve amparo, y Narciso arrancó de nuevo tras la corta balsa de aceite que Avril acababa de fletar en su proceloso mar de celos.

–No son celos, Avril, yo confío en ti; lo sabes. Simplemente me gustaría conocer algo de la vida de mi chica cuando no está conmigo. Creo

que es razonable, que no estoy loco por eso.

–Loco no, Narciso –cuando utilizaba su nombre, algo helado tiraba de su interior–; sólo pesado, común a los demás, vulgar. Eso de lo que huyo desde que te conozco y que nunca habría imaginado en ti –Lo dijo en un tono glacial, que no parecía salir de su boca.

El dolor constriñó al hombre frente a ella, devolviéndolo unos segundos a su condición de niño desvalido, aquel que había sido hasta su llegada a París. Toda la magia que ella era capaz de convocar se evaporó con aquel comentario, cogiéndole por sorpresa. Acababa de ver algo nuevo en su amada; su unicornio, aquel ser de su vasta mitología literaria que se aparecía en los bosques ante los buscadores del grial, había tomado forma de mujer ante sus ojos de niño por primera vez.

Tras el comentario, Avril pareció arrepentirse; no obstante, se levantó del banco, y sin decir nada más, se fue caminando hasta la avenida, alejándose de él bajo una nube de incipientes lágrimas.

Durante las siguientes dos semanas estuvieron realizando las distintas tareas asignadas junto al regimiento biafreño.

Los franceses se habían aclimatado pronto a las características de la región, y conocían cada palmo en veinte kilómetros a la redonda de la inmensa selva virgen que los rodeaba. Habían adquirido cierta intimidad con los rebeldes, y entre los distintos pelotones que se formaron, compuestos de legionarios y africanos, comenzaban a verse tintes de algo parecido a una amistad; aquella camaradería vieja de soldados no consolidada del todo aún, en espera de que la guerra estrechara sus lazos, empezaba a fraguar en ellos.

Días atrás se habían dispuesto varios comandos conducidos por el capitán Lefavre y bajo el mando del segundo del comandante Uchendu. Grupos reducidos de hombres, habían alcanzado en la noche, infiltrándose en territorio enemigo, la antigua carretera cerca de Abagana, que llevaba desde Enugu (antigua capital rebelde), ahora en manos del invasor, hasta Onitsha. La ciudad, que había sufrido hacía poco el asedio de las tropas nigerianas, perdiendo la autonomía y obligando a los milicianos de Biafra a replegarse hasta Aba, esperaba con urgencia el suministro de hombres y pertrechos

militares para mantener aquella posición estratégica que le había costado un baño de sangre unas semanas antes.

El convoy destinado a dicha función debía salir de Enugu la madrugada del 31 de marzo con destino a la guarnición de Onitsha. Según el servicio de información del comandante Uchendu, desplegado por toda la frontera, el dispositivo, de unos cien camiones y seis mil hombres de la 2ª división de infantería de Nigeria, escoltados por un grupo pequeño de blindados ligeros, se abriría paso hasta la ciudad tomando un viejo camino a través de un sendero selvático estrecho y difícil de transitar, por el que los vehículos tendrían que rodar en fila india como medida de seguridad adicional, evitando en lo posible cualquier contacto con el enemigo.

El comando nocturno, situado ahora a unos ocho kilómetros de Abagana, estudiaba las posiciones en el camino decidiendo los dos puntos en que cortarían la carretera, bloqueando al convoy. A tal efecto, se colocaron varias cargas de cientos de kilos de explosivos, situadas una a cada extremo de un tramo de tres kilómetros de la vía, bien ocultos entre la maleza. La detonación abriría dos cráteres profundos, uno en la punta de lanza del convoy y otro a su retaguardia, imposibilitando la fuga de los vehículos; éstos se verían atrapados, sin capacidad para avanzar o retroceder, mientras dos líneas de ametralladoras de posición dispuestas en el borde este de la carretera, abrirían fuego en dos secciones, una a ras de suelo, y otra cenital, situada en nidos arbóreos instalados en la copa de los tamarindos que circuían toda la vía, y desparramarían una lluvia de fuego sobre el grueso de la comitiva, que, sorprendida, no tendría capacidad alguna de reacción.

Durante dos intensas noches de plástico caliente prepararon la zona, pertrechando la línea de ataque, construyendo las garitas sobre los árboles e instalando un perímetro minado de cables explosivos en el lado opuesto de la carretera, desde donde abrirían el ataque empujando al enemigo, ahora a pie, hacia la punta de lanza de la guerrilla, que los flanquearía desde el norte. Tras los preparativos, diseñaron la ruta de escape que en caso de necesidad deberían tomar, replegándose unos kilómetros río abajo y descendiendo hacia lo profundo de la selva. Luego, marcharon de vuelta a la base.

Los días en espera de la operación, cuyo nombre en clave era “Route Sauvage”, se sucedían sin mayor sobresalto que las anécdotas surgidas durante los entrenamientos. Faltaban seis días pera entrar en acción, y entre los hombres reinaban sentimientos diversos. No se les habían comunicado sus funciones una vez terminada la misión, y la incertidumbre fomentaba apuestas entre ellos sobre la permanencia en aquel país maldito. Algunos opinaban que tras el enfrentamiento los mandos habían decidido permanecer allí, ayudando con la evacuación prevista para el mes de abril en respuesta a la incesante

presión que el ejército de Nigeria ejercía sobre la ya debilitada frontera de Biafra, estrechando el círculo cada vez más y empujando a los rebeldes hasta la costa, a sus últimos reductos en las ciudades de Ogoja y Owerri. Otros, habían oído a los oficiales tomar las disposiciones para continuar la lucha, pertrechando la retaguardia en misiones de escolta para los convoyes de alimentos y medicinas que se sucedían cada vez con mayor frecuencia, enviados por la ayuda internacional en respuesta al recrudecimiento de la guerra y la demanda de auxilio del pueblo biafreño, ya que éstos eran atacados en ocasiones, imposibilitando la llegada de la ayuda.

Tras meses de asedio desalmado y bloqueo de las fronteras, la guerra se trasladó desde los campos de batalla a las ciudades en forma de inanición. El ejército nigeriano había arrasado zonas enteras de cultivo bombardeándolas de forma masiva, sin piedad con los civiles de las zonas rurales que huían en un éxodo masivo hacia las ciudades. Los controles de casi todas las rutas de entrada a la región, incluyendo los afluentes de los ríos principales, cortaban las líneas fundamentales de abastecimiento, sumiendo a la población en una hambruna prolongada que aumentaba cada día en proporciones de funesta aritmética.

Narciso, junto a un grupo de hombres seleccionados, había transitado estas líneas semanas antes de su cierre y toma por el invasor, buscando rutas alternativas por las que introducir los productos de primera necesidad.

El panorama que contempló en esos días era desolador, y se grabaría con profunda amargura en su experiencia. <<La guerra siempre ha tenido una componente horrible de muerte y destrucción, consustancial a ella, pero al menos, cuando se libraba lejos de los niños y las mujeres, fuera del ámbito civil, merecía figurar, aunque fuera a modo de recordatorio de los desmanes del hombre, en los libros de historia para las generaciones venideras>>, pensaba Narciso; hasta ese momento.

La primera vez que Narcís Salcedo vio un niño enfermo de kwashiorkor, un estremecimiento recorrió su espina dorsal. El horror de la desnutrición infantil había convertido a esas criaturas en despojos humanos: sus cabezas, enormes y sin cabello, sobre un cuerpo al que parecían haber succionado las entrañas, dejando sólo piel y huesos como una membrana transparente a través de la cual se veían sus venas hambrientas, sedientas de vida. Sus barrigas, hinchadas como grandes sandías a causa de la falta de proteínas esenciales, las extremidades deformadas por las úlceras rebosantes de un pestilente icor. Tirados en las calles, las moscas a su alrededor, aguardando la llegada de la muerte en horas calladas de agonía. En sus ojos la mirada de la incomprensión y una débil petición de auxilio, sin esperanza, derrotada de antemano, pintada en ellos la certeza de la negritud absoluta que

los miraba de cerca, rostro con rostro, entregada a una orgía de recolección de almas infantiles, en las aldeas, en el interior de las ciudades, en los márgenes de los ríos, llenos de cadáveres pequeñitos e insepultos que extendían su hedor a varios kilómetros, propalando en el aire el aroma de la muerte.

En esos dos primeros años de guerra civil impía, sin derechos humanos de ninguna clase, los débiles, los deportados de la vida, los perdedores, que al final son siempre los mismos, fueron sometidos a un genocidio brutal y sistemático. Los soldados nigerianos habían perpetrado ejecuciones masivas en cada poblado, tomando, violando. Verdugos, la jauría humana en todo su esplendor se había cebado en aquellos campesinos famélicos, convirtiendo todo a su paso en un infierno insoportable para la vida.

Narciso observaba impotente, enfurecido hasta los límites de la cordura con la vida, con el ser humano, consigo mismo. Una vesania exacerbada alcanzaba en su interior cotas jamás sospechadas, arrasando cualquier pensamiento sobre la bondad y la redención humanas que hubiera podido detentar alguna vez. Desvirgándolo a la matanza, un odio inexpugnable hacia su especie comenzó a crecer en sus adentros: tuvo ganas de matar; de matar todo y a todos, sin piedad hacia aquel enemigo atroz del entendimiento. Apartado de toda ética conocida sobre la guerra, libros de historia ahora inservibles, un deseo fáustico y criminal lo hacía desear entrar en combate. De repente se sintió aliviado de ese impulso nocturno, que, difuso, tocaba en su mente algunas notas de miedo cuando pensaba en la misión: cierto miedo a la muerte. Su otro yo, el ser de Marte que convivía con él desde niño, el Ares oculto que cada hombre transporta, acababa de despertar apagando todos sus temores, y ya no marcharía jamás de su lado.

La madrugada del 31 de marzo de 1968, dos batallones de hombres perfectamente adiestrados para su cometido aguardaban la orden de marcha en el centro del patio de maniobras del campamento base, en algún lugar entre el río Níger y el Cross, en lo profundo de la selva nigeriana, esperando a que sus superiores emergieran de las dependencias oficiales a la luz de la luna. Partieron a la una en punto, separados cada uno de los cuatro grupos de ataque en que se habían dividido los mil efectivos para la operación por quince minutos de diferencia con respecto a la marcha del primero. En ese primer bloque iba Narcís, junto con Sean, veintitrés legionarios y doscientos cincuenta hombres del ejército republicano.

La noche caía sobre ellos negra y pesada, casi opaca en su bochorno; la serpiente de guerra, en columna de a dos, se desplazaba por la jungla como un

mecanismo de precisión. Abriendo la partida a unos dos kilómetros del cable homogéneo de hombres, un grupo de cinco zapadores expertos reconocía el terreno, adelantándose a cualquier sorpresa que pudiera surgir de repente; tras ellos, las señales de conformidad "invisibles" que iban dejando eran interpretadas como signos de que todo marchaba a la perfección. La columna de hombres pintados, mimetizada con el ambiente, de unos doscientos metros de largo, hubiera sido difícil de detectar incluso a unos metros de distancia, tal era su unidad con la selva que la rodeaba.

Narcís caminaba junto al sargento en la vanguardia del primer pelotón; a su lado, con su constante semblante impertérrito, el irlandés configuraba una perfecta imagen del guerrero tribal dispuesto para la batalla: frío y letal para el enemigo.

Debían alcanzar sus posiciones a las cinco de la mañana, antes de que despuntara el Sol. El grupo de Narcís tenía encomendada la zona central de fuego en la línea del convoy. Una vez allí, tomaría posiciones junto a su binomio en la copa de un árbol. Desde su atalaya de francotirador, debería abatir el mayor número posible de conductores en los camiones; luego, utilizando un lanzacohetes contracarro y una ametralladora de posición, descargaría una lluvia de fuego mortal sobre el grueso de los vehículos mientras los morteros de 80mm bombardeaban la zona. Una vez acabada la munición pesada, tomaría el mando de un pequeño pelotón de hombres y entraría a quemarropa, rematando a todos los objetivos que aún permanecieran con vida, apoyando al grueso de la fuerza que avanzaría desde el frente, a su derecha y batiendo al enemigo con fuego cruzado. La preparación de dicho operativo contaba además con el factor sorpresa; si bien era cierto que el enemigo los superaba en un número de seis a uno, el objetivo de los mandos biafreños era claro: destruir el convoy más nutrido hasta la fecha que Nigeria había enviado, debilitando así las guarniciones de la capital y la ciudad de Onitsha, y desmoralizando a las tropas nigerianas en su propio terreno. Para ello, las órdenes eran irrefutables: nada de heridos o prisioneros, sólo bajas. Aquella operación debía ser la combinación de un golpe audaz, de estrategia planificada hasta el último detalle, con un atentado terrorista a gran escala. Lo que se perseguía era algo más que el control estratégico de una carretera, primordial para el abastecimiento del enemigo; tenían que sembrar el terror, devolviendo parte del horror al que el despiadado gobierno de Nigeria los había sometido hasta el momento. La operación "Cygne Noire" debía alcanzar cotas de leyenda si todo resultaba según lo previsto.

A poco de alcanzar la zona de combate, la noche mantenía su manto oscuro sin asomo alguno de claridad entre el denso techo verde que formaban las copas de los árboles. Caminaban entre un mar vegetal, rodeados de helechos y arbustos que crecían a más de un metro de altura; las bromelias se

desparramaban por doquier, y, junto a ellas, a tramos intermitentes, podían verse distintos tipos de orquídeas que saludaban con sus blancos pétalos a las fieras y enormes pupilas de los hombres, adaptadas a la oscuridad reinante.

La columna se detuvo; los jefes de pelotón dieron órdenes en silencio, y cada cual tomó posiciones donde le correspondía; habían llegado. Narcís miró su reloj: marcaba las cuatro cuarentaicinco; <<quince minutos antes de lo previsto, muy satisfactorio>>. Pensó que era un buen presagio. Nunca antes había creído en ritos de guerra. Veía con cierto sarcasmo la superchería propia de los soldados en tiempos de conflicto. Ahora los comprendía, descubría símbolos, augures, por dondequiera dirigiese la vista.

Para cuando el resto del contingente alcanzó la zona, él y Sean llevaban instalados en su posición casi una hora. El sudor anegaba el espacio entre la tela del uniforme y la piel. Tumbados boca abajo, los cuatro ojos tras los visores; los suyos a través del PSO-1 de su Dragunov 7.62, los de su binomio observador irlandés en un telémetro laser, hacía rato habían calculado las variables de tiro a unos cuatrocientos metros de distancia; ahora sólo les restaba aguardar.

La alborada trajo consigo el ruido de los camiones. La tierra en el sendero frente a ellos dejaba notar en sus cuerpos un leve temblor. El enemigo se aproximaba, directo al embudo mortal que habían dispuesto para él. Narcís y Sean aguardaban impacientes a que el primero de los camiones traspasara la línea marcada para abrir fuego, a unos cuatrocientos metros de su posición. El sudor perlaba sus frentes con gotas pesadas, malayas en su persistente cadencia, acelerando el pulso contenido, los músculos en tensión bajo aquella sensación inminente de muerte aún desconocida, tensa como un alambre de espinos a punto de romperse, que cruzaba el interior de sus cuerpos llevando a sus bocas un previsor regusto a óxido.

Cuando el primer objetivo alcanzó el punto decisivo, un sonido sordo y hueco rasgó la selva. El conductor del camión, lo que restaba de su cabeza en una masa sanguinolenta aplastada contra el respaldo del asiento, viró, girando bruscamente el volante, consiguiendo volcar el gran tanque de combustible que transportaba fuera del camino y rompiendo la línea del convoy de avituallamiento. En quince segundos más, el cargador de diez cartuchos del Dragunov había vaciado su carga fatal alcanzando satisfactoriamente siete objetivos.

Junto al sonido de los rifles de precisión que abrían fuego al unísono desde diferentes atalayas, se desparramó en esos momentos una cacofonía letal y ensordecedora, de municiones diferentes partiendo desde lo profundo de la selva, y, un eco atroz, procedente de las dos detonaciones efectuadas

para cortar la línea de avance y retroceso a los vehículos, inundó el ambiente.

Intentando bajar de éstos y guarecerse, los hombres saltaban de los camiones en marcha, atrapados en una lluvia metálica que sembraba la muerte en su caída. Los blindados que componían la escolta, tres en la punta y dos a retaguardia, habían sido neutralizados por cohetes anticarro y hacían ahora, junto a los dos cráteres abiertos en los extremos de la carretera, de barrera natural y metálica que impedía cualquier movimiento del enemigo. Congelados en el centro de estos dos diques de hierro retorcido, la 2ª división de infantería de Nigeria estaba siendo diezmada.

La tercera parte del contingente nigeriano pereció antes siquiera de saber lo que estaba ocurriendo. Cerca de dos mil hombres murieron abrasados, presa de las llamas en las jaulas ardientes, tumbas de metal en que se habían convertido los camiones; volados en pedazos por la incesante batería de morteros que vomitaba su mensaje de muerte anunciándolo con un silbido atroz, o acribillados por la artillería ligera que se desgranaba sobre toda la línea de vehículos.

Narcís, habiendo vaciado toda la munición pesada que portaba, bajaba ahora por el sector este al centro de la línea de combate, seguido de un pelotón, marea de muerte, enfebrecido por el caos reinante, alfombrando a su alrededor el suelo de cadáveres, metro a metro, empujando a los pocos supervivientes hacia el otro lado de la carretera, donde los campos minados y el resto del batallón del Biafra estarían aguardándolos para sacrificarlos como ganado joven, directos al matadero.

Le quemaban las manos sobre el arma. Su escopeta del 12 enviaba heraldos de Ker negra y plomeada, postas carniceras que abrían agujeros enormes en los soldados frente a él. En unos minutos habían limpiado su sector. Tras echar un vistazo a sus hombres, dispersados en una zona de unos doscientos metros, Narcís comprobó minucioso a los heridos enemigos, rematando a los soldados en el suelo o ejecutando a aquellos que acababan de deponer las armas. Una sed de venganza, como un justiciero del Apocalipsis, se había desatado en él, y cuanto más mataba más sed tenía, cuanta más sangre derramaba más se acordaba de aquellos niños, sus vientres hinchados de muerte, que le miraban con ojos suplicantes desde sus sueños rotos.

Luego de haber barrido su posición, conminó al grupo bajo su mando para que le siguiera y se internó en la jungla en pos del resto de soldados nigerianos, que, ahora, desesperados, defendiendo sus vidas como gatos panzarriba, huían, cada vez más cerca de una muerte que los aguardaba unos cientos de metros delante de su posición. La cacería era atroz; hubo momentos donde Narcís creyó desvanecerse su cordura, volando como un ángel

vengador sobre el enemigo en una roja nube de sangre que él comandaba. La bocacha de su Famas escupía fuego, devorando la vegetación frente a él. En un momento en que la munición escaseó, y tras abandonar el fusil a su espalda, se hizo con un Kalashnikov en su avaricia de muerte, despojando a un cadáver enemigo, y recolectó varios cargadores para el arma que aún tuvo tiempo de vaciar sobre las espaldas de algunos de los escapados, sumergido en el terror que lo rodeaba.

Una mano fuerte agarró su hombro, y una voz estentórea le gritó a la cara hasta que pudo oírla: era Sean, frenando su acometida y señalando hacia el grueso de hombres en fuga que acababa de atravesar la línea tras la que, si alguno de ellos había pensado ponerse a salvo, la señora de la guadaña les sonreiría, mostrándoles su auténtico destino con una mueca burlona en forma de Biafra vengadora.

Narcís se detuvo, miró con ojos de demonio a su amigo, y unos segundos después recuperó algo de realidad para su cerebro, energizado hasta los límites por el fragor de la batalla. Delante de él, unos quinientos hombres, el último grupo que restaba de la 2ª división de infantería nigeriana, caían atrapados en un lodazal sangriento de explosiones y balas trazadoras, convertidos en pulpa, carne muerta en movimiento. Sólo unos pocos consiguieron escapar de aquel infierno con vida: unos doscientos soldados, la guardia personal del coronel Murtala Mohammed, al mando del convoy de avituallamiento que acababa de desintegrarse literalmente ante sus ojos, observaba desde su huida, a salvo en la distancia junto a su líder, la masacre de la que habían escapado sorteando a la muerte. <<El diablo tendría que esperar un poco más para reclamar sus almas vendidas hacía tiempo>>, pensó el coronel Murtala.

El recuento de bajas era imponente: unos seis mil soldados nigerianos habían sido aniquilados aquel día. Los 96 camiones y tanques destruidos, el enemigo arrasado; la victoria era completa. Dentro de los efectivos biafreños, el número de los fallecidos se mantuvo en secreto para mantener la moral alcanzada en ese día legendario, que pasaría a los anales de la República. Entre los héroes franceses, sólo ocho bajas. Todo un éxito para el comando de cien hombres que había aterrizado en la selva una noche, varios meses atrás, de forma extraoficial. Algún día se hablaría de ellos.

El capitán Lefavre, una fea herida jalonando su hombro y una mística sonrisa en su cara, caminaba entre sus hombres palmeando espaldas, comprobando personalmente el estado de cada uno de ellos y felicitándolos en silencio, fiel a su estilo austero hasta en los momentos de exaltación. Frente a él, formaba el resto: los noventaidos hombres que le habían acompañado hasta las puertas de la muerte, sin cuestionarle, sin quejas, como un sólo hombre.

Sus cachorros habían sobrevivido, y en sus ojos se leía una mirada de paternal orgullo. Luego verificó los cadáveres de sus hombres, apuntó nombres en una libreta y guardó los gorros militares de los ocho chicos antes de darles sepultura.

Pasaron el resto del día entre cadáveres insepultos, enterrando al enorme contingente de muertos; en fosas comunes al enemigo, en un cementerio improvisado a un lado del camino las bajas personales. La tarde aún aguijoneaba con fuerza sus espaldas cuando terminaron de devolver a la tierra aquel polvo humano que siempre le perteneció. Miles de cuerpos engullidos por la madre universal, en un enorme cráter de sangre y arena digno de un sacrificio al Sol perpetrado por algún culto azteca hacía dos mil años. La humedad se mezclaba con el olor nauseabundo de la carne muerta, hiriendo sus olfatos.

Sean y él compartían miradas exiguas. En doce horas no se habían dirigido palabra alguna, y, ahora, tras depositar las palas en el suelo, se acercaron el uno al otro y se abrazaron con fuerza.

–Hermano, hermano… –dijo Sean, separando la cabeza del hombro de su amigo, y mirándolo con los ojos acuosos de un niño que acabara de percibir que algo malo ha ocurrido por su causa, y, sin embargo, todo permanece igual que antes de su acción, con tiempo para el arrepentimiento–. ¡Estamos vivos, joder! Entre tanto muerto aún permanecemos en pie. ¿Te das cuenta cabronazo?

Prorrumpió en lagrimas el noble irlandés, mientras rompía las costillas de Narcís entre sus poderosos brazos, presa de la euforia congelada y ahora desatada que produce la constatación de la propia supervivencia tras la batalla, también del falso orgullo, la superioridad sobre el enemigo muerto a los pies de uno: hombres a los que nunca conoceremos, con los que en otra vida podríamos haber compartido una jarra de cerveza o un campo de labranza; maridos de mujeres y padres de unos hijos que podrían haber sido los nuestros. Muertos todos ellos, ahora sólo recuerdo, pronto olvido, cuando sus más cercanos abandonaran la tierra. <<Por qué vanas cosas muere el hombre, derramando su cuerpo sobre los yermos campos de la gloria en espera de una cosecha de vanidades que nunca será satisfecha y que otros recogerán en su nombre>>, escribiría años más tarde Narcís.

Narcís separó el cuerpo de su amigo del suyo, y, sosteniéndolo de los hombros con las manos le inyectó una sonrisa cálida. El silencio de ambos era un sonoro grito de auxilio que tardaría aún unos días en concretarse. Sentados en la parte trasera del último camión, de vuelta a la base, victoriosos y exangües, los dos guerrilleros, amigos como nunca, miraban atrás, al campo

de batalla que acababan de abandonar y del que nunca saldrían del todo.

Exactamente una semana después de la matanza, sentados en una cantina del poblado más cercano a la base, en territorio igbo, maceraban en cerveza caliente y amarga las reflexiones de la batalla:

–No podía haber corrido mejor suerte en cualquier momento en que la muerte me rondara que tenerte a mi espalda, jodido irlandés.

Luego, tras un silencio difícil de interpretar para su amigo, Narciso continuó, algo sombrío:

–Sólo espero que hayamos aprendido algo de todo esto, Sean. Mira a tu alrededor camarada, y dime qué ves. Quizás, como yo, pienses que este bautismo de sangre nos ha abierto un nuevo camino por el que transitar, y estarías en lo cierto. No sé…, tengo un sentimiento cruzado en mi interior, y está comenzando a tirar fuerte en dos direcciones. He tenido tiempo de pensar en ello durante toda la semana. La diferencia con otros hombres que han enterrado a los muertos antes que nosotros, desde que devolvemos a la tierra a nuestro triste portador hace siglos, es que éstos no los habían asesinado antes, en masa; a cientos de ellos… Y en ese momento se vino abajo, apoyándose en Sean, que lo miraba atento, las lágrimas resbalando por su rostro, dolido por su amigo, por aquel español al que había llegado a querer como al hermano que nunca tuvo.

–Narcís, yo he vivido en mis carnes el horror de la guerra antes que tú; desde los diez años viviendo con miedo, esperando a que una sombra me robara a los míos, hasta que un día la sombra llegó, clandestina, colándose bajo la puerta de casa y se llevó a mi padre y a mi madre, me separó de mi hermana y me trajo aquí.

El otro día me hablabas de cómo deseabas matar a esta gente, a estos asesinos que han estado aniquilando a todo un pueblo, exterminando a una raza. Cada día, en muchas partes del mundo, un tirano seguido por fanáticos que antes han sido perseguidos por otros como ellos, aniquila a hombres de su misma etnia, de su misma sangre, creyendo así devolver parte de ese mal que antes los atrapó. Quizás, desde el otro bando, nosotros habríamos actuado igual. Es horrible, lo sé; pero es la historia del mundo, hermano. Nosotros sólo actuamos en él durante un corto período de tiempo, y nuestra obligación es hacer lo mejor que podamos con ese tiempo. Si hoy te sientes como un mercenario, que al menos sea en el cuerpo de un guerrero noble. Puedo jurarte, por ese Dios en el que cada vez me cuesta más creer, que al menos

esta vez estamos en el bando correcto, haciendo algo justo, ayudando a los débiles. No puedo hablar por el futuro, pero no dejaré que nos arrebates lo que hoy hemos hecho aquí, Narcís. El mal sólo puede combatirse con la fuerza. Matar siempre es malo, pero ese acto es menor cuando se lanza contra la esencia misma de la malignidad. A veces, es necesario matar; lo importante no es vivir o morir, todos moriremos algún día; lo que de verdad importa es cómo vives, y la forma en la que mueres –y detuvo un segundo su reflexión heroica y trasnochada, algo empapada de alcohol–. Aunque creo que en realidad nada de lo que hagamos tiene importancia.

–Sí, –le contestó el español–, así es, todos estamos condenados a la intrascendencia.

Narcís agarró la mano de su camarada; al menos se sentía un poco mejor, el odio que lo inundaba se había diluido ligeramente, ayudado de la curda que empezaba a atraparle y las palabras apologéticas de su amigo. Sean era en ese momento la realidad, toda la tierra que un naufrago necesitaba, y se aferró con fuerza a ella; lo miró, profundo, y le dijo que lo quería.

–Yo también te quiero español, me alegro de haberte conocido.

Permaneció en silencio unos minutos. Narcís, oscuro y reflexivo, recordaba el enorme cartel de madera clavado en el centro del camposanto en donde yacían sus compañeros. La inscripción, en dialecto igbo, rezaba: <<Aquí, en pos de la libertad de los suyos, en lucha contra la oscuridad de la tiranía eterna, dejaron su vida con honor los héroes de la patria / 3-3-1968>>. Y un pensamiento cargado de ironía y pesar cruzó su mente: <<héroes, honor, patria…, aquí sólo descansan cadáveres. Al menos, yo sigo vivo>>. Luego, salió al exterior del improvisado tugurio, una choza de caña medio derrumbada, miró a Sean, junto a él, y se rió cómo hacía mucho tiempo que no reía, con una carcajada llena de toda la tristeza y la agonía del mundo que se escapó de su boca y se perdió frente a ellos entre la selva.

El invierno había cercado ya París. Si diciembre le había desposeído de su amor, del sentido de la vida, el oráculo de los meses siguientes le sumiría en un torbellino de pensamientos autodestructivos.

Ahora culpaba a todos y al mundo, a la naturaleza, por la confabulación perpetrada contra él. Narciso no podía entender cómo podía estar sucediéndole aquello. Beatriz, su abuela, casi no podía razonar con el muchacho: <<son cosas que pasan, Narciso; ya verás como vuelve. Debe tener algún motivo que no ha podido contarte. Ella te quiere, no se iría así, sin

más, de no ser por una buena causa; confía en eso hijo>>. Pero esta letanía consoladora no ejercía efecto alguno sobre su nieto. La mujer, que había afrontado una vida llena de pesares, su familia diezmada por el destino ingrato, veía ahora, impotente, el abandono hacia el abismo que planeaba sobre su nieto. Presentía, como antaño, aquella sombra oscura acercándose a los suyos sin poder hacer nada para protegerlos. Y entonces, Beatriz Saugnier creyó llegado el momento, ahora que la efímera alegría proporcionada por la llegada de Narciso parecía esquivarla de nuevo, de confesarse a su nieto.

Un miedo irrefrenable atrapó a la buena señora; un temor primitivo, como si vislumbrara la posibilidad de que aquel muchacho fuera el último de su estirpe; que tras su muerte, todos los recuerdos, los nombres que conformaban la historia de la familia Saugnier, se perderían para siempre. Así, pues, buscó fuerzas de flaqueza, y, una tarde en que se encontraba presa de un malestar distinto al de otros días, avisador de algo mortal, llamó a Narciso y lo puso en antecedentes:

<<Verás hijo mío, sé que no estás pasando el mejor momento de tu vida. Si conozco en algo la pasión que te embarga, y créeme, la conozco, no en vano yo también fui mocita, aunque ahora, mirándome, nadie podría sospecharlo –dijo, con algo de vanidad y picardía–, un dolor extremo se habrá apoderado de ti, y sólo el influjo del tiempo, un tiempo que sólo tu corazón decidirá suficiente, podrá restañar un poco esa herida, sólo un poco. No sabes cuánto me gustaría ayudarte, pero esa llave está fuera de mi alcance, del alcance de cualquiera. También sé, que si has llegado hasta aquí, afrontarás esto como un Saugnier, soportando lo que venga, y cuando atravieses el jardín helado en el que ahora te encuentras, el hada de la primavera volverá a sonreír en tu cara >>. Narciso la miraba, admirado del temple de aquella mujer que seguía tratándolo como a un niño, antes una extraña en su vida, ahora imprescindible.

–Necesito que sepas ciertas cosas, asuntos familiares importantes, muy importantes, hijo mío; algo que no puedo compartir con nadie más que contigo. Es un peso que llevo soportando en silencio muchos años: tras la muerte de tu madre, tu tía Rosario me hizo llegar cierto documento. Eran copias de un antiguo dossier, de cuando la guerra civil en España. Me hizo jurar que dicho documento no saldría jamás de esta casa ni sería puesto en conocimiento de nadie más que yo. Sólo acordó una excepción: tú.

Narciso puso cara de asombro; mirando a su abuela podía ver en su cara la agonía de ese secreto que atrapaba desde hacía años a las tres mujeres más importantes de su vida, y una sonrisa famélica de admiración brotó de su dolorido espíritu. Pasó la tarde encerrado dentro del dormitorio de su abuela. Una semana más tarde ella fallecía víctima de un infarto nocturno.

<<Murió sin sufrimiento; se quedó dormida, hijo>>. Le consoló el médico de la familia aquella noche, tras certificar la defunción.

En las semanas siguientes se dedicó a deambular París, a sumergirse en los rincones de los parques transitados junto a Avril, pero ahora ya no la buscaba, no la esperaba. Meses antes había iniciado las pesquisas sobre su paradero, pero todo había sido en vano. Los lugares que frecuentaban fueron los primeros víctimas de su persistente indagación. Los dueños de los bistró donde habían compartido mesa lo miraban con conmiseración, día tras día, sentado en la puerta del local, al acecho del regreso, como si se tratara de un cachorrillo abandonado. Un día, agotado de patear los bulevares, de incomodar a preguntas, con invectivas en ocasiones, a los propietarios de los restaurantes, a los vendedores de globos y frutos secos en los parques, indigno, humillado, abandonado, terminó con aquella búsqueda hostil que estaba desmembrándolo, consumiéndolo poco a poco. Avril se había esfumado. Sin embargo, el canto del cisne le llegó un mediodía glacial donde la ciudad parecía haberse aliado con su dolor, y en el que comprobó, con un sentimiento a medio camino entre la estupidez y el engaño, el estudio de arquitectura donde supuestamente trabajaba Avril. Éste, se encontraba efectivamente en donde ella le había indicado; incluso, en la placa de la puerta podía leerse: “Camet et Marchand”, arquitectos. Y en una fina línea bajo el nombre principal: “Avril Blanchard, delineante”. 3º izqda. Llamó al interfono y la puerta se abrió con un sonido limpio a metal nuevo y engrasado. Subió los tres tramos de escaleras, y tras franquear la puerta del estudio, encontró a una chica de unos veinticinco años sentada tras una mesa de oficina mientras hablaba por el teléfono.

–Dígame caballero, ¿en qué puedo atenderle? –se dirigió a él, cortés, tras interrumpir momentáneamente la conversación telefónica.

–Pregunto por la señorita Blanchard; pero no se preocupe, termine usted de hablar, gracias.

Narciso aguardó la finalización de la llamada, aprovechando su duración para observar con detalle la habitación: era un compartimento de unos treinta metros, de planta cuadrada, con tres puertas que se abrían en dos de sus paredes. Una imitación de un Cezanne colgaba detrás de la mesa de la secretaria, frente a la entrada. Era sencillo y luminoso, sin pretensiones. Se lo había imaginado de otra manera durante las esperas que Avril le hacía soportar. Quizás un poco más sobrecargado, más afectado, en lógico orden con lo que sabía de sus dueños, niños de papá con ínfulas de aristócratas. Al menos, eso era lo que ella le había contado sobre sus jefes.

–Bueno, usted dirá –continuó la señorita tras colgar el auricular–. Me dijo que venía buscando a Avril Blanchard, ¿no? La chica debió de ver algo en su cara, una especie de preocupación incomoda, de agonía contenida, porque acto seguido le dijo:

–Pues pare usted de buscar, aquí la tiene –y se señaló a sí misma.

–Esto debe de ser una broma, usted no es Avril Blanchard –dijo Narciso en tono brusco y sorprendido–. Yo busco a la delineante que trabaja aquí –aseveró con tosquedad.

–Bueno, caballero, parece ser que el único víctima de una broma aquí es usted –le contestó ella, encarándose un poco con él y mudando el tono amable de antes en uno más hostil–. Creo que debería buscar a esa persona en otra parte, pues le puedo asegurar que aquí no va a encontrarla. Si no me cree podemos discutirlo con la policía –dijo, mientras hacía ademán de descolgar el auricular.

Narciso reaccionó a tiempo, saliendo de su asombro.

–No será necesario señorita, discúlpeme, no tengo un buen día. Y, tras decir esto, giró sobre sus talones y descendió los tres pisos como una exhalación, buscando el aire frío y salvador de la calle.

Después de aquello perdió la fuerza motriz que lo guiaba en ese periplo agotador en busca de su amante desaparecida. Se abandonó entonces a una exigua esperanza, y, tras la muerte de su abuela, esa llama se extinguió del todo. Terminada la lectura del testamento, en el que él era único heredero, salvo por un terreno y unas acciones de la antigua compañía de su abuelo, ahora algo desvalorizadas, que su abuela legó a Gastón, su fiel mayordomo de años, quedó libre para romper con todo su reciente pasado. Sin embargo, su destino, describiendo en ese momento una parábola que lo alejaba del amor, lo condujo en uno de sus paseos matutinos hasta una oficina portátil de información para el reclutamiento que el ministerio del interior había dispuesto sobre los jardines de los Elíseos. Era la llamada a filas del gobierno; el ejército que reclamaba su participación, y, una luz pequeña alumbró su oscuro desván: debía catalizar aquel odio creciente con la vida, cada vez más fuerte. << Quizá, pensó, aquello era una posibilidad de redención que el futuro le proponía. >> El olvido cruzaría con más facilidad los mares del hastío donde ahora navegaba y se lo llevaría lejos de allí.

La decisión había sido tomada. Escribió una carta a su tía Rosario, a la que no había vuelto a ver desde su salida de Madrid dos años antes; a la que no avisó siquiera para los funerales de su abuela Beatriz. Le contó, que entre

sus pertenencias, adherido ya a su bagaje existencial, se encontraba el conocimiento de aquella causa oscura que tanto las atormentaba desde que él cumplió los cinco años: le recordó el sobre amarillo.

Unas semanas más tarde, Narciso Álvarez de Sotomayor y Saugnier, ahora Narcís Salcedo, entraba por las puertas del centro de reclutamiento para la Legión Extranjera Francesa en Aubagne. Era un 25 de abril de 1965, y el sol de Marsella parecía sonreírle. Tenía veintiún años. Todo lo demás quedaba atrás.

4. Noches Fenianas

La semana anterior a la cita había transcurrido como de costumbre, con un dietario de páginas en blanco que no daba signos de ser alterado. Mientras Madrid se preparaba para uno de los inviernos más fríos de su historia, en las calles, las aceras cubiertas de una fina capa de nieve, se encontraban grises y sucias en las mañanas, y el ambiente de la noche no era mucho más alentador.

Desde las ventanas de su ático de Fuencarral, a salvo en su atalaya, Narciso observaba las filas de clones andantes, las cabezas sumergidas en un mar de bufandas y chaquetones, fríos, anodinos, y se alegró de no estar allí abajo entre ellos, de camino a sus rutinarias existencias escondidas en algún puesto de trabajo inmundo.

Más tarde, cuando la tarde diera paso a una oscuridad creciente, descendería del bunker victoriano y marcharía por las avenidas, por las calles, para cumplir con su rito diario con la botella y los posibles clientes, en un intento fútil de acallar a los fantasmas.

El único sobresalto en ese cotidiano sinsentir –aparte los trabajos ocasionales–, había sido aquella carta con matasellos irlandés y remitida desde una fábrica de harinas de Belfast, recogida unos días antes en la antigua casa de sus padres; aquel piso enorme que sólo utilizaba como apartado de correos y refugio ocasional para escapes fortuitos, cuando quería cambiar de ambientes, exiliarse de caras conocidas durante unos días por tal o cual motivo obligado, o simplemente por hastío.

El portero del piso, Damián, era nuevo; el otro, el oficial, el de sus cinco años, que parecía haber llegado incorporado a la construcción del inmueble y del que sólo recordaba el nombre –Segismundo–, debía de haber pasado a mejor vida hacía tiempo o estaría retirado, vete a saber, a quién le importaba. Aquello servía de perlas a su propósito de ocultación, pues con Damián se limitaba al saludo de cortesía, y sin más, se encaminaba a las taquillas metálicas, al fondo de la recepción, y recogía el exiguo correo que recibía: algo de propaganda sobre restaurantes de comida basura e infos comerciales, que desde las últimas cartas de Sean Donovan, poco después del término de su contrato con el gobierno francés, era lo único que llenaba aquel buzón al que no tenía por costumbre acercarse muy a menudo.

De vez en cuando, sólo en contadas ocasiones, aprovechaba el viaje a

los buzones para ascender en aquel viejo ascensor de madera y cierre frontal de reja de fuelle que milagrosamente funcionaba todavía, tras tantos años sirviendo a la población del triste edificio. Ascender hasta el noveno piso donde se ubicaba el vetusto y gigantesco piso que ocupaba casi toda la planta, a excepción de un cuartillo al fondo del pasillo destinado a los utensilios de limpieza y que él rememoraba como antiguo escondite, piso franco en sus juegos infantiles de espía.

Cada vez que giraba la llave, y tras franquear la entrada, se paraba a mirar desde el vestíbulo aquella mansión conservada en naftalina desde la muerte de sus padres, en un intento de su tía Rosario por mantener impoluta la última morada de su querido hermano. Cuando ésta falleció, Narciso se limitó a cubrir con sábanas los muebles, que ahora eran los únicos moradores de la casa; fantasmas que flotaban como islas blanquecinas, rodeados de un polvo denso que podía tocarse al pasar por las habitaciones. Unos segundos después de la deflagración del recuerdo, se adentraba en el inmueble, caminando con sus pies de niño, atrapado en una nostalgia que entonces le parecía demasiado cercana, que le hacía daño, susurrando voces antiguas en su memoria; voces de la cocinera, de su madre llamándolo al baño previo a la cena. Sólo entre aquellas paredes de madera oscura y papel listado de un beige claro, podía evocar sin esfuerzo el rostro de Águeda Saugnier. Se le aparecía con fuerza, con su rotunda y clara belleza, pero con cierta transfiguración gélida en la mirada; como si aquella imagen no perteneciera a sus recuerdos, sino que viniera de otro lugar más alejado donde él nunca había estado.

Cuando alcanzaba la puerta del despacho paterno su cuerpo se estremecía como antaño, con un temor reverente plagado de remordimientos que no comprendía, que lo hacía dudar antes de doblegar el pomo de aquel sancta-sanctorum de su niñez que, incluso transcurridos casi cuarenta años, seguía inspirándole un respeto arcaico, ancestral, como si allí dentro, en el recinto prohibido, jamás hubiera aguardado su auténtico padre, sólo un ser transmutado en callada agonía, de convulsas intenciones para con su madre y con él, al que conocía por su nombre y su rango militar, y cuyo bigote continuaba produciendo un escalofrío intenso en su cerviz al ser concitado.

Le gustaba, no obstante, compensando el fracaso inicial de sus recuerdos, abrir los visillos de madera de las ventanas en la salita pequeña, la de las tardes felices de invierno, donde jugaba tumbado sobre la alfombra a los pies de su madre, mientras ésta conversaba con su tía Rosario o algunas amigas.

Se detenía unos instantes, acariciando aquel sillón orejero de color burdeos donde ella solía sentarse a contemplar los opacos y rojizos que la tarde derramaba sobre el entarimado del salón, tomando el té en alguno de

esos juegos de porcelana ingleses que tanto le gustaban. Miraba entonces tras las ventanas −grandes y rectangulares, al uso decimonónico−, calle abajo, las luces pequeñas y móviles de los coches en tránsito, y volvía a embargarlo la tristeza. Cuando la desdicha superaba a la nostalgia, desandaba las habitaciones, no queriendo cortar todavía el hilo gastado del recuerdo, y con un último esfuerzo ya plagado de melancolía, que le acompañaría en las horas siguientes a la visita hasta haberse desvanecido en alcohol, salía de aquel mausoleo, bajaba –esta vez por las escaleras de mármol− la escalinata de los dioses necrófilos y se infiltraba hosco entre el gentío nocturno de Madrid.

En esta escasa comunicación epistolar que mantenían Sean lo ponía al tanto de sus avances como miembro activo del "Sinn Fèin" desde que volvió a Irlanda. Sus esfuerzos por crear unidades militares eficaces, las negociaciones para comprar armas y municiones. La escasez de ayudas provenientes de los empresarios afines a la causa nacionalista que ahora padecían al recrudecerse los atentados, tras el alto el fuego pactado con los unionistas del Ulster y los británicos. La situación de polvorín que habían vivido en los barrios –ghettos− del norte de Belfast, y en Derry, en los que la policía irlandesa conjuntamente con la inglesa, había instaurado un régimen interno de detenciones, allanamientos de morada e interrogatorios ilegales, sin necesidad de excusas u órdenes judiciales; a ojo, un régimen plenipotenciario para actuar sobre los ciudadanos, una minoría católica cada vez más humillada, más agotada, que no veía cerca la solución de aquel conflicto que los sepultaba bajo el yugo protestante, bajo aquel supuesto despotismo inglés del demonio que duraba ya nueve siglos.

Sean siempre había sido partidario de la revolución armada –quizás le iba de oficio−, de la cruzada, santa para él, de los oprimidos contra el tirano. En su mente primitiva, ordenada casi exclusivamente para la supervivencia y el orgullo, aquello era mucho más que un simple conflicto de intereses económicos y políticos. Lo que, según el irlandés, trataba de hacer el gobierno de Londres –<<esa pérfida Albión, máquina imperialista de colonización>>−, era extinguir la cultura celta para siempre, como si ellos no hubieran poblado jamás Èire; como si los irlandeses no fueran sino otra urbe más de las que aquel brazo largo estrangulaba desde hacía siglos, ordeñándolas hasta dejarlas secas, como a muchas otra razas a lo largo y ancho del planeta. Alguien debía detenerlos, aunque para ello tuviera que morir luchando.

La situación de Irlanda del norte no había mejorado mucho en los últimos diez años. El IRA atacaba usando la guerra de guerrillas, los asaltos ocasionales; buscando perpetuar una guerra que sabían perdida de antemano contra aquel oponente todopoderoso. Una guerra que los mantuviera alejados

de la política de absorción y escisión de sus habitantes –que a Narciso siempre se le antojó herencia directa de las campañas romanas en tierras celtas; una especie de Pax romana a la británica– que Inglaterra ejercía (claro que sin los beneficios y la cultura que aportó a la civilización el gran imperio latino de los césares), segregando a los ciudadanos irlandeses y logrando una cruenta guerra civil entre ellos.

La España de Narciso ya había sufrido algo así: el lamento de las familias enfrentadas, el odio instilado en los niños, las futuras generaciones dominadas por el rencor de la ignorancia. Atrapados en un culto funesto a una religión que los unía bajo un Dios contra otro Dios, el uno con nombre en el madero, el otro atrapado en la miseria de los harapos, fusil al hombro, jugando con los hombres, y los hombres detrás de los hilos de esos dioses riéndose en las sombras de la incultura, propagando el vicio de la muerte, agazapados en la secular miseria de un pueblo amarrado a su folklore como tabla de salvación. Digno y orgulloso pero condenado a la extinción, como todas las comunidades humanas que se aferran fanáticas a una idea, ya sea civil o vestida de religiosa. Utilizados, exprimidos por una causa, abandonados por ella cuando ya no los necesita, pero solícitos a embargar el ánima cuando ésta los requiera de nuevo. Riendo las deidades gubernamentales y divinas desde los altares en que las hemos erigido.

Narciso, leía incómodo en esos días la prensa internacional que llegaba a España y los diarios madrileños que se hacían eco del "conflicto armado en Irlanda"; <<qué palabra ésta más bien sonante; de cuan grata simplificación para los que no han vivido el temor de ser asesinados en sus calles cuando vienen de comprar el pan, de los miembros cercenados de un niño que estaba jugando a la pelota; el miedo constante a ser cacheados y humillados por la policía de otro país, sólo por el hecho de transitar por sus barrios; de ser obligados a entrar y permanecer en sus casas a una hora determinada cada noche, so pena de ser arrestados y encarcelados >>, pensaba Narciso.

Tampoco ayudaban mucho a la percepción que el pueblo español tenía de la causa independentista irlandesa. El ejército republicano irlandés era tachado de terrorista (y, puede que en algunos casos no pudiera atribuírseles otro nombre). Sus golpes de comando sobre comisarías de policía, cuarteles militares o edificios políticos, acciones que en otras épocas han perpetrado países en guerra como único modo de combatir a un oponente muy superior militarmente, eran explicadas ahora por esos gacetilleros vendidos a los plutócratas como acciones de terrorismo.

Narciso leía, impotente, los periódicos de la mañana que el kiosquero

del barrio le guardaba, y que él recogía en un bar donde solía tomar, cada día al atardecer, un café previo al periplo nocturno. Odiaba la televisión, aunque sospechaba que la información de los noticiarios no difería en mucho de la manipulación obrada en el papel.

En ocasiones pensó en enrolarse a aquella locura junto a su amigo, animado por el fuego patriótico que destilaba Sean; se lo imaginaba enardecido, desde un púlpito, durante las reuniones clandestinas del partido, lanzando dardos retóricos contra el enemigo, animando a los hombres a participar en la causa como un mesías para los suyos. En esos momentos, a Narciso lo embargaba una sensación parecida a la que sintió en Nigeria semanas antes del combate: una mezcla de odio, venganza e impotencia que, minutos más tarde le traía el eco atroz de los gritos de muerte sobre la selva y el canto agónico de la mirada en los niños hambrientos. Los daños colaterales de las malditas guerras que ellos desarrollaban. <<Qué coño importaban, pensó, todos esos ideales gloriosos sobre la libertad, toda esa parafernalia de banderas y hombres de uniforme, y conquistas, cuando a tu alrededor se destruía todo, la vida pasaba a ser un infierno y la infancia dejaba de existir>>. Los niños-hombre que conocen la guerra fratricida, o la guerra de cualquier otro modo; que han crecido desposeídos de su ingenuidad –la única que puede gozar una persona, cuando es niño–, crecen desamparados de todo escrúpulo, incapaces de soportar valores éticos y morales, apartados de cualquier credo o empatía con otros seres humanos. Para sobrevivir a una guerra así deben convertirse en guerra, abandonando toda la humanidad que les da nombre en un lodazal enfangado de sangre. Se hacen verdugos de sus víctimas, porque antes ellos fueron víctimas de otros verdugos. Y así, sin fin posible, perpetúan la agonía de la tiranía sobre sus almas. La única diferencia entre el terrorismo y la guerra aceptada como tal, era la misma que existía entre la pobreza y la escasez de medios y la maquinaria de exterminio masivo a través de las vías políticas o militares de los que ostentaban el poder: al que pone una bomba y mata a diez o treinta personas por una causa que cree justa –equivocado o no, valores morales aparte–, contra un gobierno colonialista invasor, porque no tiene otro medio de encaminar su lucha, el título infame de terrorista le acompañará hasta su muerte; y, quizá en parte sea cierto; pero al dominador omnipotente, con todos los medios de opresión a su disposición, que doblega a cientos de miles, a millones de personas bajo sus imposiciones, se le considera un conquistador. Incluso pasará a los libros de historia con mayor o menor grandeza, según el nivel de vileza de las acciones cometidas y contempladas, haciéndose inmortal al conocimiento de los hombres. Borrarán, el poder de su leyenda y la levedad de su ser, cualquier posibilidad de que sus tropelías puedan ser tachadas de holocausto. No así, el pobre terrorista de a pie que sólo cuenta con un número menor, cualquiera que sea éste, de un millón de víctimas en su haber, o aquella nación utilizada como ejemplo de barbarie –chivo expiatorio para el futuro que borra otros pasados–

para el camuflaje imperialista de otros países a través de los siglos. Razas exterminadas casi al completo, esclavizadas y degradadas hasta el absoluto, que ahora se recuerdan como conquistadas. Hazañas de gloria en lugar de rapiña humana.

Narciso reflexionaba severo, sobre esta dualidad. No sabía qué pensar. Quizá, seguro, el levantamiento armado era la única forma de oponerse al tirano, que incluso estaba ya dentro de casa en forma de irlandés, protestante y afecto a la corona británica. Por otro lado, veía con claridad los motivos religiosos, la mano de los poderes eclesiásticos que siempre han aguardado tras las guerras para recoger su botín; y hubiera deseado que su amigo Sean estuviera movido menos por su culto católico (sólo había que ver la equivocación cometida por su país, España, durante el cisma Luterano, en la elección de su religión, atávica y fanática incluso en el siglo en curso) y más por sus orígenes terrales, aunque ambos estaban fuertemente unidos –de forma indivisible–, como en todas las culturas guerreras de la vieja Europa. <<Patria, religión, poder, identidad cultural; puede que siempre hayan sido una sola cosa, un solo estigma utilizado por la sabiduría codiciosa de los tiranos de mil épocas para aplastar el entendimiento del hombre bajo su marasmo perverso de ideas, utilizándolos a su antojo en pos de un creído bien común.>>

Sin embargo, cuando Narciso zozobraba en su juicio –antes de inclinarse del todo por la guerra, por la solución de la muerte por la muerte, de verdad aferrado a esa certidumbre; justo antes de ingresar al bando de la fuerza armada–, Narciso recordaba, salvadoras, las palabras de su admirado Oscar Wilde: “La patria es el refugio de los tiranos”; y se sumía en un mar de dudas que luego desembocaba en el río de su cordura, fría y recuperada. No obstante, su simpatía por la causa nacionalista irlandesa –ayudada por el vacío de formas de sus días, junto a la creencia de que quizá el hombre, que viene de Marte y es guerrero por naturaleza y malo en su esencialidad, y sólo sabe tomar lo que cree corresponderle mediante el uso de la fuerza, pero en ocasiones aplica esa fuerza con justicia humana– lo hacía caer de nuevo en la tentación de abrazar la revolución armada –acaso no exista otro tipo– y terminar sus días en Irlanda, junto a su camarada.

Esa mañana, con la carta de su amigo entre las manos, sentado frente al bureau bajo la luz crepuscular que se filtraba por las ventanas, esa vieja zozobra existencial que lo acompañaba en ocasiones, intermitente, que le hacía pensar en dedicar su vida a un motivo más elevado que la simple supervivencia, como una obligación peligrosamente espiritual para la que no tenía imagen o Dios definido, se abría sobre su mesa en forma de líneas

francesas, bajo aquel código de seguridad encriptado que siempre utilizaban él y Sean para comunicarse, vestigio de su paso por el ejército; invitándolo una vez más a la duda, pero esta vez de un modo diferente y con una súplica irrenunciable, una confesión amarga en su transcripción:

<<Hermano, si estás leyendo esto, seguramente el soldado cabezota y algo animal que conociste hace tiempo ya no pueda molestarte más. La situación en estos días es insostenible. Mucho me temo que, en aras de mi patriotismo, y ciertamente obligado por las circunstancias, me he visto conducido a perpetrar acciones de las que no me siento nada orgulloso. Quizás, si tu hubieras estado a mi lado… Bueno, quiero decir que he echado de menos esos consejos sabios que siempre sabías darme.

La guerra, el enfrentamiento entre irlandeses, ha llegado demasiado lejos, pero ya no me es posible renunciar o dar marcha atrás a lo que he hecho. Tu siempre decías: "lo hecho, hecho está; la suerte está echada". Joder Salcedo, cómo te he extrañado, aquí, junto a mí, en las calles, frente a las barricadas… Pero eso es otra cuestión. Sé que estarás pensando que te estoy echando en cara no haber participado en esto. Quizás pensé hacerlo en alguna ocasión, pero ahora me alegro de haberme tragado esas palabras. Nada más lejos de la realidad, hermano; jamás usaría el chantaje emocional para hacerte tomar una decisión. Si de algo me he enorgullecido siempre es de llamarte amigo. De tus fuertes convicciones y tus principios inamovibles como una roca; pero es cierto, cabronazo, me hubiera gustado tenerte cerca cuando las cosas se torcieron más de la cuenta.

Cuando regresé a Irlanda creí posible esta locura. Veía con claridad los pasos a seguir, confiaba en lo que estábamos haciendo. La política, aunque odiosa, repartía algo de diplomacia y serenidad sobre la acción armada. Luego, esos cabrones británicos comenzaron la represión, confinándonos en los ghettos, apretando las tuercas de nuestro aguante hasta límites inaceptables para la dignidad humana. Después, comenzaron las escisiones dentro del partido. Como puedes imaginar, yo decanté mi brazo por el IRA provisional, el PROVOS, que abogaba por la lucha armada. Al menos en eso estarás de acuerdo con tu viejo irlandés, ¿no, español? Tu siempre decías que la lucha, la fuerza, es la única manera de destituir al poderoso del lugar que ostenta, pues él, por su mano, jamás lo entregará ni lo repartirá con los débiles.

En Irlanda del norte siempre ha dominado, como en todos estos putos países de la vieja Europa, una plutocracia que se abastece a sí misma ayudada por políticos embaucadores, adoradores de sus culos gordísimos, que apoyan a una burguesía industrial y a una secular aristocracia agrícola de terratenientes, británicos todos ellos. Disponen de toda la mano de obra, dominan a la clase obrera y la pequeña burguesía les rinde pleitesía.

Comenzamos luchando por la vía política, utilizando la falsa democracia de la que tanto se vanaglorian esos lameculos. Fue una pérdida de tiempo. Propusimos la abolición de este sistema feudal de clases que perpetua, aún hoy, mantenido por orangistas descendientes de los primeros usurpadores de nuestra tierra, la división entre el bien y el mal en un mundo maniqueo creado por y para ellos: protestantes y católicos, súbditos leales a la corona británica y rebeldes fenianos, señores y esclavos.

Tras una fiera pugna en las urnas, el “Gerrymandering” sigue imperando en las ciudades y los pueblos. La mayoría protestante continua haciendo uso de sus prebendas políticas, de su capital, para la adjudicación del trabajo y la vivienda.

Créeme, lo hemos intentado, pero al final todo vuelve al principio. Son palos de ciego, la historia lo confirma. La sangre llama a la sangre, y sólo por la fuerza conseguimos avances exiguos. Hace algún tiempo nos hemos dado cuenta de que no ganaremos esta maldita guerra en dos días. Pero si resistimos, si aguantamos el tiempo suficiente, ellos se marcharán, abandonarán el suelo irlandés y las aguas volverán a su cauce. Para eso hemos concebido un tipo de lucha, “The Long War”, que consiste en desgastar al enemigo utilizando unas presión constante, alejada de la guerra relámpago que habíamos usado hasta ahora, menos contundente pero sin cesar; como una gota ácida que vaya corroyendo poco a poco su paciencia, quebrantando su ambición. Nosotros sólo tenemos que aguardar. Estamos en nuestra tierra, nuestros derechos ancestrales y nuestra sangre gaélica nos alimentan, dándonos fuerzas para seguir. A ellos sólo les queda una ruta posible: la retirada hacia Inglaterra. Más tarde o más temprano, patearemos sus culos ingleses y los expulsaremos de aquí para siempre.

Por desgracia, español, creo que no veré ese glorioso día en que la bandera tricolor ondee en todos los pabellones de mi Irlanda natal. El día en el que Èire sea libre. Pues ya no estaré aquí. Perdona que me haya desviado del tema principal de esta carta, pero mientras escribo me invade un fervor patriótico insano que me hace desvariar.

Debido a los acontecimientos que avisé al principio de la misiva, de los que siento no darte cumplida cuenta –quizá en algún momento lleguen a tu conocimiento–, y que en nada tienen que ver con una causa remotamente justa, cuando leas esto habré fallecido. No me arrepiento de casi nada, sólo de los últimos meses: esto se me ha ido de las manos, Narcís. Ya no distingo la justicia de la venganza>>.

Narciso soltó unos segundos el folio de entre sus manos, sacudido por

un repentino temblor galvánico que afectaba toda su musculatura. Sabía que aquello no podía ser una broma. Conocía lo suficiente a su amigo como para saber que hablaba en serio, y una sensación súbita de ahogo creciente fue trepando por él desde el estómago hasta la garganta. Necesitó apoyarse sobre la mesa unos instantes antes de recuperar el aliento del todo. La muerte, tan clara como si la hubiera presenciado, se sentaba junto a él en su piso de Madrid mirándolo con los ojos del irlandés, muerto a miles de kilómetros.

Tuvo un presentimiento horrible, en el que veía como en un sueño muy real a su amigo: éste yacía a su lado, desangrándose de un tiro en el pecho mientras, aferrado a sus manos le decía, agonizante, con un estertor, un gorgoteo lúgubre en su voz: sálvala Narcís, sálvala; cuida de ella, por favor; no me falles. Aquella petición certificaba la defunción ante toda duda posible.

Cuando reanudó la lectura, regresando a la página abandonada minutos antes, unos renglones abajo de la terrible confesión, su amigo le proporcionaba dos direcciones y un número de teléfono. Acompañando estas indicaciones incluía una clave, una contraseña que antaño dispusieron y acordaron para cuando llegara la ocasión. Ésta les ayudaría a identificar a cualquier persona que intentara contactar con ellos como amigo o enemigo. Nunca más tuvieron que hablar sobre ella, pero ese momento había llegado, desgraciadamente.

Luego, tras el misterio, continuaba despidiéndose con un ruego:

<<Narciso –pensó que era ésta la primera vez que su compañero de armas le llamaba por su nombre–, necesito que jures por tu honor sobre estas letras, ahora prueba de mi muerte, que harás todo lo que esté en tu mano para resolver el asunto que más abajo te indico. Es de importancia vital para mí que seas tú el encargado de conducirlo a buen puerto. No puedo confiar en nadie más. La vida me ha dejado solo estos últimos años. El poder –tenías razón como siempre, español–, aunque sea en dosis pequeñas, corrompe al hombre incluso cuando persigue un fin que cree noble. Me hubiera gustado ser mejor amigo de lo que he sido para ti, pero la vida, que nos unió un tiempo, decidió más tarde que nuestros rumbos debían distanciarse. Me alegro de que haya sido así. Al menos tú estarás bien, de eso estoy seguro. Siempre te he llevado en el corazón, siempre has sido para mí un hermano de sangre. Te esperaré donde quiera que sea el lugar al que me envíen mis pecados. Si es que los dioses deciden mandarte junto a mí.

"Legio Patria Nostra". Tu hermano legionario para siempre. Sean.

Narciso, con la cara empañada por las lágrimas, enjugó su llanto –una cascada de pureza que hacía tiempo, no recordaba cuanto, no bañaba su alma.

Aquel bálsamo, de extraña forma, liberó una parte de peso en su cuerpo, accionando al mismo tiempo un resorte oculto en sus fibras vitales. Algo había terminado y algo acababa de comenzar. Todavía no sabía qué podía ser, pero distinguía claramente esa levedad etérea que ahora marchaba de su existencia deprendiéndolo de una carga que llevaba consigo hacía años; una duda llena de remordimiento que hasta ese momento no había creído ser capaz de subsanar.

Siguiendo al heroico epitafio guerrero, en el último folio de aquella carta póstuma, Sean adjuntaba un pequeño sobrecito pegado a la hoja que Narciso desprendió con cuidado. Algo más relajado, abrió la pequeña envoltura de papel y extrajo una pequeña cuartilla del tamaño de una tarjeta de visita con unos pocos renglones escritos en sus dos caras. Leyó con detenimiento.

Unas horas más tarde, las calles solitarias de la madrugada le observaban, abrigo calado, paso tambaleante, el rumbo perdido tras el desahogo alcoholizado, y se sinceraban con él con toda su fuerza nocturna. Deambulaba los senderos de hormigón, testigos mudos de su embriaguez, y, cuando cruzaba su mirada con alguno de los escasos trasegadores de la oscuridad, perdidos a esas horas de la noche al igual que él, un odio invertebrado crecía en su interior, a su alrededor, proyectando al aire congelado de Madrid una bofetada de ira cruda, cuya causa, bajo la curda que lo embargaba, no acertaba muy bien a comprender. Él, que siempre fue un idealista, un humanista en un mundo no preparado para los humanos –lejanos a su naturaleza–, en un territorio diseñado a su antojo, no disponía de espacio para estos seres inmundos –entre los cuales se incluía en ocasiones–, encantados por los hechiceros capitalistas, sumidos en su condena eterna, y con los que tenía la obligación de compartir las aceras de aquella ciudad, en la que ni a aquellas horas desoladas podía librarse de ellos.

<<Esta vez me he pasado>>. Descerebró esta reflexión de un galimatías oscuro en su cabeza. La ingestión espirituosa había alcanzado un grado superior a lo acostumbrado, depositándolo en otra noche casi idéntica a la consabida pero con un aire ligeramente diferente. La sustancia del ambiente era la misma, sí, pero a su alrededor, la geometría de las calles, las plazas, los puentes elevados, se transfiguraba, metamorfosis etílica mediante, delante de sus ojos. Los edificios junto a los callejones que usaba para atajar camino entre las grandes avenidas parecían inclinarse a su paso, demoníacos y reverenciales como una procesión de muertos, los pies amarrados al pavimento, saludando con sus azoteas negras su travesía.

Sabía que aceptar esa pastilla, tres horas atrás en su reloj, no había sido una buena idea. Pero la chica que se la ofreció tenía unos ojos preciosos, y, en

aquel momento en particular, esa mala opción le había importado un carajo. Su mejor amigo –quizás el único– había muerto, y ni siquiera sabía cuándo. <<¡Joder!>>, se maldijo, en un soliloquio pestilente de whisky; <<que puta mierda de vida ésta que no le permite a uno estar con los suyos, con los que de verdad le importan. Aquí, en esta jodida ciudad que nunca sentí mía, pudro mis horas, compartiendo mi soledad con un montón de imbéciles a los que aborrezco casi sin motivo (aunque en el fondo siempre encontraba alguno que esgrimir por la causa del odio anónimo), y, sin embargo, no he pasado ni la mitad de estos últimos cuarentaitres años con quien realmente debía>>.

<<No te carcomas, Narciso>>, se repetía en su atormentado monólogo, hablándole al reflejo de su rostro en el cristal de una marquesina, sentado en una parada de autobús en medio de la Gran Vía. <<No vas a ir a ningún sitio. Te quedarás aquí. Los trenes para los que tenías billetes ya han partido. Hazte un favor y recompón esta vida de mierda que llevas. Haz algo por ti, muchacho>>.

Comenzaba a ser conmiserativo con su propia imagen en un cristal, en medio de una avenida en la noche. <<¡Hostia!>>, aquello había llegado demasiado lejos. <<El tripi es tremendo>>, se dijo, riendo entre dientes. <<Hoy debo de ser una presa fácil para el Diablo. Un pastelillo caliente con que postrearse tras lo que quiera que haya estado haciendo o comiendo ese cabrón en su inframundo. No me extraña que decidiera abandonar el paraíso y venir a caminar entre nosotros. Seguro que aprendiste todo el catálogo de vilezas aquí arriba, en estas calles llenas de hijos de puta profesionales como yo. ¡Cago en la puta!, dos millones de años sobre la tierra y sólo hemos avanzado en la forma de hacernos daño: más rápido y en mayor cantidad. Cuanto más jodidos, más postrados, más sometidos>>.

Unos segundos después, un sordo rumor, como un puñetazo en el bajo vientre, le hizo devolver todo el contenido de su estómago sobre el alquitrán de la calle. Luego, una ráfaga de lucidez lo alcanzó hasta su casa, en donde se sumió en el sueño profundo e inquieto de un devorador de almas que, solícito, llamaba a su puerta: incesante, como un martillo pilón, arrancando poco a poco sus sesos con cada golpe.

Tres días más tarde, justo el día programado para la cita, despertó empapado en un sudor etílico, con un dolor de cabeza atroz, y atrapado por una amnesia momentánea que él sabía convocar, oportuna, cuando la necesitaba.

La rítmica e insidiosa percusión de horas antes sobre la cama de su

apartamento, era sustituida ahora por el compás al “Charlie” de la batería en el cuarteto de jazz que operaba esa noche sobre el escenario del “Whisky Jazz Club”: The Jazz Garden Quartet interpretaba en esos momentos una pieza algo corrosiva para el oído virgen, pero que, Narciso, viejo enamorado del sonido rancio de Nueva Orleans, recibía complacido, acurrucándola bajo su pecho. Mientras, entregaba el abrigo a la chica del guardarropa, una gordita a la que veía por primera vez y que debía sustituir a Nancy, la acostumbrada, no sin antes haber cambiado con sutileza de oficio en su indumentaria la posición del fusco del 45 que guardaba bajo el gabán.

Antes de introducirse en el salón de mesas bajas, al estilo de un cabaret de los años treinta, donde aposentaban los traseros almas de diverso pelaje y compañías más o menos gratas a la noche, dispersó sobre el local una mirada escrutadora, de rincón a rincón, buscando al posible receptor de su visita antes de que éste lo reconociera a él.

<<Deformación profesional>>, pensó, permitiéndose una sonrisa oculta tras localizar al fondo del garito, en una especie de apartado o zona VIP, a un tipo que rompía el cuadro de habituales. Entonces, tranquilo tras la captura, divagó acerca del bar:

Aquel templo, refugio de soñadores, cómplice con los perdedores de varias generaciones de transeúntes nocturnos y almas abandonadas al embrujo nictálope –almas sin lugar a dudas de ethos comunes–, era el heredero de una tradición por el jazz que había comenzado en 1958, en un meridiano alejado de éste en el que se encontraba ahora, es decir, en un local diferente. Las paredes del recinto, con diferente geometría, habían dado residencia a los mismos pájaros noctámbulos durante décadas en los nombres de otras calles, mudando sus instalaciones de un barrio a otro, de un planeta a otro, transportando con él la misma esencia, la misma intención que llevó a sus dueños –los mismos, pero cargados con las arrugas, arreglos musicales que otorgan los años– a su apertura, valiente para la época, en una España intimidada por la sombra de la dictadura, que debía tener cuidado al elegir sus aficiones y sus lugares de esparcimiento. Parece que, con el jazz, al ser de importación estadounidense, no se metieron demasiado, aparte las redadas habituales a esos años en la noche madrileña. Así, de traslado, pertrechado con lo mejor de varias dinastías de músicos geniales y no tan geniales, impregnado de talento y cierta mediocridad infiltrada propia a la supervivencia, había ido subsistiendo aquel dinosaurio de metal cargado de sonidos, de recuerdos a varias voces, del humo con el que están pintadas las muchas vidas etéreas de las que dispone cada hombre.

Narciso se sentía allí como en cualquier otro lugar alejado de su centro: mal, pero acogido. Entre aquellas paredes, su amor por el jazz se fusionaba

con su misantropía y alcanzaba registros estentóreos, perversos, pero a un tiempo calmos, tranquilizadores, en un yin yang convulso que pugnaba por hacerse con su cordura. Las noches negras de esos últimos cinco años habían amparado sus sueños, conectándolo de extraña forma, pero conectándolo al fin y al cabo con sus semejantes. Se sumergía en la cadencia rota del piano cuando algún subalterno del talento hacía intentos por aporrear aquel magno instrumento de madera y marfil, procurando parecerse en algo a un Thelonious Monk, consiguiendo en ocasiones un cierto parecido a un Bill Evans trasnochado; o, incluso, cuando el solista era de metales, estrujando sus carrillos contra un saxo tenor, su mente alcanzaba notas voltaicas y coltránicas, que, sin ser conseguidas del todo, aseguraban empero una noche de perdida en un limbo protector de sonidos del que luego le costaba regresar.

Incluso bajo aquella luz escasa, el viejo zorro que era, podía precisar ciertos datos sobre el vislumbrado: pelirrojo, cincuenta y muchos, y, en un alarde de agudeza visual: veterano de guerra, gaélico, o sea celta, casi con total seguridad escocés o irlandés –lo segundo otorgaba una mayor probabilidad dado el caso–. Tendría que esperar a estar sentado frente a él para el segundo análisis, pero, de momento era suficiente información para esa distancia. Saludó a tres o cuatro de los parroquianos bajo el sonido metálico del saxo que en ese momento desparramaba su lamento mercurial por toda la sala, mientras se dirigía hacia la mesa donde aquel hombre, ahora avisado de su presencia, lo aguardaba, taciturno en su semblante.

–Buenas noches –dijo Narciso en un perfecto inglés, al mismo tiempo que descubría su cabeza dejando la mascota sobre la mesa.

–Lefavre, “Heraldo Negro” –contestó el desconocido, con una mirada oscura e incierta que Narciso aún no era capaz de descifrar.

–“Cisne negro de Abagana” –terminó Narciso, completando la contraseña establecida años atrás durante el servicio militar en la legión. Éstas palabras apartaron las dudas que ensombrecían las miradas hasta ese momento, y, unos segundo después de ser proferidas, ambos hombres estrechaban fuertemente sus antebrazos. Sus ojos, inyectados de fuerza, dieron paso a una relajada observación del uno hacia el otro, que se mantuvo unos segundos más antes de que comenzaran a hablar distendidamente, como dos viejos amigos que no se ven desde hace tiempo, y pidieran unas copas.

–Tienes buen gusto escogiendo locales, “Español”; no te molesta que te llame así, ¿verdad? Sean siempre se refería a ti de esa manera.

Ese gentilicio, pronunciado junto al nombre de su amigo, provocó en Narciso cierta resonancia amarga que unas horas atrás había creído empaquetada, almacenada en ese garaje del que disponía hacía años, y que comenzaba a estar algo apretado.

Aún aguardó unos momentos, en silencio, antes de reanudar la conversación, tomó un gran trago de bourbon y se lanzó.

–Así que es cierto, ese cabrón ya no está entre nosotros –dijo Narciso, dejando entrever cierto poso entre melancólico e irónico, incapaz de ocultar sus sentimientos.

El irlandés, que aún no se había presentado, alzó el vaso con whisky que estaba tomando y propuso un brindis: <<por Sean, por los valientes, dondequiera que se encuentren >>. Narciso asintió con una casi imperceptible inclinación de su cabeza, y al mismo tiempo levantó su mano haciendo chocar sus vasos con fuerza y derramando unas gotas de su contenido sobre la mesa. Gotas que el irlandés recogió, arrastrándolas con su dedo índice, y, llevándolas a sus labios, dijo, mientras saboreaba el licor: trae mala suerte derramar el agua de los dioses. Cuando ocurre hay que tocar madera.

–Por cierto, me llamo Liam McDermott, para servirte.

–Narciso Salcedo, encantado.

La presentación oficial ya estaba formalizada, y, el hombre, de aspecto curtido, que Narciso confirmó frisaba los sesenta, la piel apergaminada, un mostacho cobrizo propio de un sargento de marina retirado sobre sus labios quebrados por la intemperie de mil galernas, y una mandíbula recia, entró directamente al grano del asunto.

–Me imagino que Sean ya te habrá puesto en antecedentes –dijo, mientras sacaba de un maletín de cuero marrón un sobre del tamaño de un folio A4 que puso sobre la mesa. La música envolvía sus voces en aquella caverna perdida en algún rincón de Madrid mientras los dos guerreros departían sobre la información contenida en el dossier. Narciso escuchaba atento, casi hipnotizado, la voz, el alma seguramente cansada de aquel extraño sentado frente a él, que poco a poco iba ganando su respeto: se intuía en el irlandés cierto peso místico en sus ademanes, algo ritual, antiguo, un código fácilmente apreciable entre hombres de la misma especie que Narciso comenzó a saborear, confiando casi al instante en todo cuanto Liam le confesaba, su voz quebrada bajo el peso del bourbon trasegado en sus estómagos, que a esas horas de la madrugada debía de ser mucho.

Narciso tomó la decisión que llevaba macerando en su cabeza toda la semana, unos minutos después de conocer a McDermott, y pensó, con cariño, en la sabia elección de su amigo Sean al escoger a este heraldo gaélico que había conseguido disipar cualquier duda posible en ese primer empaque. La obligación de un juramento, el deber para con el honor, ahora iba acompañándose de una devoción que acababa de nacer bajo la luz oscura de un garito y a la sombra de las copas, apadrinada por la rítmica algarada proveniente del escenario.

Ofreció, más tarde, casi al amanecer, su casa al irlandés para pasar lo que quedaba de la noche, pero éste se negó agradecido, alegando unos motivos que a Narciso le parecieron más que suficientes para no sentirse ofendido.

<<Es curioso>>, pensaba, camino de su refugio; <<éste tipo al que conozco no hace ni unas horas acaba de captar toda mi confianza>>. Reflexionaba, masticando esa idea; más que nada, si consideraba que en los últimos cinco años ningún otro ser vivo había franqueado la puerta de su Shangri-La, a excepción, claro, de su perro "Pike", un bóxer de máscara negra y lomo canela al que sólo le restaba hablar, y que recogió una noche de mala muerte –en la que paseaba su hierática mirada de ángel vengador por las calles de Malasaña– de entre unos cartones. Aquel animal de ojos tiernos de algodón negro había sido su único compañero durante cuatro inviernos. Su único amigo, y lo más cerca que estuvo de sentirse feliz en esos últimos tiempos. Murió de repente; una mañana, a los pies de la cama. Pasó el resto del día abrazado a él, y al anochecer fue a entregar su cuerpo exánime a las calles, sintiendo un vacío y una soledad cruel que no experimentaba desde los últimos días de París.

Aquello le hizo pensar si acaso el piloto de su destino había hecho una última escala en aquel submundo suyo de alcohol y hormigón negro. Que ya no había rumbo posible que trazar, un nuevo viaje a emprender. Atracado como un viejo buque en un dique seco que espera a ser reparado, mientras la carcoma de los remordimientos desgaja sus cuadernas, olvidadas de los mares que una vez surcaron.

Y, entonces, por primera vez en años, sintió de nuevo la angustia por la partida que en ocasiones le avisaba como un golpe seco en el pecho; y creyó que aquel Odiseo irlandés venido de lejos, que había cruzado el mar para hacer valer una promesa póstuma, era el práctico del muelle que le conduciría sano y salvo, depositándole de nuevo en brazos del mar ansiado: un océano, quizá proceloso, que se abría ante él, hacia un nuevo puerto, otra escala más en su vida. Y recordó, entre la lucidez a veces romántica, a veces tormentosa, que proporciona la embriaguez, las palabras de Cristóbal Colón: <<El mar

dará a cada hombre una nueva esperanza, como el dormir le da sueños>>.

No había ingerido ni más ni menos alcohol que en otra ocasiones, sin embargo, esa noche, el demonio etílico no había llamado a su puerta, y, en lugar de la acostumbrada resaca de vuelta a casa, una energía resuelta calzaba sus pasos. Ya en el apartamento, antes de abandonarse a cualquier Morfeo disponible, sentado frente al buró y pluma en mano, como un capitán que recibe el mando de una nave por primera vez, con la ilusión de un grumete acabado de enrolar en una nueva aventura, anotó en la bitácora del día –desde hacía tiempo en blanco– un zafarrancho de pensamientos: ideas y sentimientos dispares que no quería se perdieran en los rincones de su memoria. Aquellos a los que iba a parar todo lo que de malo, perverso, habían tenido alguna vez las cosas buenas que a veces le acontecían, como un tamiz capaz de disgregar y atomizar después el bien y el mal que siempre subyacen en un mismo acto.

Cerró con fuerza el cuaderno sobre la mesa y bajó la baraja de madera del escritorio. Un ángel de pesadumbre huidizo hizo breve parada sobre su hombro, y, tras sopesar ese riesgo que sabía cierto, lo espantó de su mente con una franca sonrisa, ancha como el estudio donde se encontraba. <<Nos veremos pronto, irlandés>>, dijo para sus adentros; fuerte, en un grito orgulloso, mirando al cielo de Madrid tras las ventanas.

La noche, la suya, había cedido por fin; y la mañana, precedida de una aureola de fuego suave, comenzaba a empujar el Sol sobre las calles

El vuelo desde Barajas, en Madrid, hasta el aeropuerto escocés de Edimburgo, había transcurrido sin novedad. El viaje se había dispuesto en tres etapas, aire, tierra y mar. La primera acababa de concluir cuando sus pies pisaron tierra escocesa. Era un mediodía de enero, gris y terral, que anunciaba lluvia desde sus nubes de plomo oscuro. Ya en el taxi que habría de conducirle hasta el puerto de Cairnryan, se apoderó de él un halo místico, mezcla de fascinación y nostalgia por lo desconocido, que le acompañaría durante toda su estancia en tierras celtas. Allí, a un lado y otro de la carretera, tras las cumbres mordisqueantes de aquellas montañas verdes y grises, moraban los gigantes que traen las lluvias y exhalan los vientos sobre los Glenns. En las oquedades de jade, oscuras en la distancia, en esa tierra preñada de castillos –una postal recién salida de un cuento medieval, de la que de un momento a otro Narciso esperaba ver salir una partida de guerreros a caballo, descendiendo el valle–, podía sentir la fuerza magnética de la naturaleza con una intensidad desconocida por él hasta ese momento.

Durante la jornada en coche tuvo tiempo de experimentar esa sensación de desahogo del alma que acontece cuando estamos en comunión con la madre tierra y que hemos perdido hace mucho. Tiempo antes de llegar a su destino, de conocer a los hombres rudos de las leyendas, aquellos que luchaban por la libertad y a los que siempre había admirado en silencio, desde hacía años en sus lecturas, y más tarde a través de su amigo Sean, pudo ya precisar de dónde les llegaba la fuerza para continuar con aquella guerra lustral, inacabable, que habría sepultado a otros pueblos corajudos bajo el peso de una historia escrita por sus verdugos hacía tiempo.

La tierra verde de los celtas: Escocia, Irlanda, no era un mito; estaba viva, respiraba bajo sus pies y a su alrededor; rugía, anunciando su bravura ancestral por dondequiera dirigiese la vista. Impelía con su fuerza milenaria a esos hombres a continuar la lucha.

En cierto tramo del trayecto, Narciso tuvo que indicar al chofer que parara el coche. Éste se detuvo en un lateral de la carretera, a la entrada de unas colinas por donde atravesaba un río bajo un puente de arcos de piedra. Narciso bajó del taxi, anduvo hasta alcanzar la construcción, y posó sus manos sobre la piedra mientras henchía su pecho, tomando grandes bocanadas del aire puro y helado que le enviaban las montañas. Luego se descalzó y caminó hasta el prado de hierba mojada, alrededor del puente. El frío y la humedad penetraron sus huesos y lo hicieron sentir vivo cómo nunca. El poder de aquella tierra se hacía uno con él. Podía sentirlo con claridad, instalándose bajo su piel, calando hondo. De repente, tras mirar al conductor, que lo aguardaba de pie, acodado sobre el techo del coche con el semblante obtuso y escondido tras el humo de un cigarrillo, alzó las manos al cielo y descargó un grito enorme y estridente, envidia de Esténtor, que rasgó como un

cuchillo la neblina circundante. Después, bajó al lecho del río y desprendió el barro de sus pies sumergiéndolos en el agua gélida, se calzó, volvió al coche y continuaron camino. Una vez dentro del vehículo, la conversación, exigua, siguió por los mismos derroteros: sies y noes, y alguna que otra obvia y manida observación sobre el tiempo y los motivos de su viaje. Ahora se encontraba cómodo. Ese primer instinto que lo mantenía alerta y no le dejaba disfrutar del paisaje se había extinguido tras el acercamiento salvaje, sosteniendo en él a partir de ese momento un sentimiento cálido y reconfortante, de suma cercanía, como si no fuera esa la primera vez que sus pies horadaban aquellos campos voltaicos. Tras unas horas de marcha alcanzaban el puerto de Cairnryan, desde donde tomaría el ferry hasta Larne, en la costa norte de Irlanda.

El "Highlander", era un transbordador de gran tamaño que llevaba navegando la línea Escocia-Irlanda del norte casi veinte años. Una ruta que repetía en varias ocasiones durante el día y que tenía una duración aproximada de dos horas. Una vez a bordo, Narciso acomodó su osamenta sobre uno de los barandales a proa, desoyendo la advertencia que uno de los marineros le había hecho sobre el tiempo, sugiriéndole que debía dirigirse al interior del buque. El mar de Irlanda, algo revuelto, se aliaba con el cielo, totalmente negro a esa hora, y comenzó a descargar una fina llovizna que pronto alcanzó visos de temporal.

Narciso ordenaba sus pensamientos de los últimos días: se preguntaba acerca de las ironías de la vida. Cómo ésta, lo había depositado sobre la cubierta de aquel barco tras tantos años de navegación polvorienta por las tierras desérticas del planeta. Estaba en manos de un destino que no existía salvo movido por las voluntades ocultas e ignoradas de cada hombre, y que, había respondido a su llamada silenciosa de todos éstos años, algo tarde pero a tiempo.

El oleaje, batiendo incansable sobre el casco, le trajo la imagen de Sean. De forma extraña, el recuerdo de su amigo no había hecho aparición en todo el viaje hasta ese momento, siquiera cuando pisó tierra escocesa, ni al tomar el barco. Sólo ahora, en medio de aquellas aguas, arriba y abajo, una y otra vez, su cuerpo derramado sobre el pasamanos de madera de la borda y sumergido en la húmeda oscuridad, la galerna a su alrededor le susurraba el nombre de su antiguo colega. Contuvo un inminente acceso de arcada que luego cedió, y abandonó su posición empapado para ocupar uno de los bancos de pasajeros del interior.

Una hora y cuarentaicinco minutos más tarde el puerto de Larne

asomaba sus naves de triste impronta por las ventanillas de babor. El ferry atracó en uno de sus muelles, acoderándose junto a las dársenas de carga. Narciso descendió por la pasarela, su escaso equipaje en un macuto deportivo verde oscuro colgando de uno de sus hombros, un tres cuartos de lobo marino de gruesa lana azul gastado, y un gorro de marinero que cubría su cabeza y sus orejas, aliviándolo del frío que arreciaba sobre el muelle, cortando la línea de la costa y acuchillando a los pasajeros en su desembarco.

El atracadero y las construcciones tierra adentro dejaban comparar las diferencias entre el antiguo muelle de Larne y su única nave, y los recientes edificios añadidos al puerto. Un puerto inaugurado en 1973, que antaño sólo recibía pasajeros en dos ocasiones al día, tres veces por semana, y algún que otro carguero proveniente de Liverpool y Escocia, que ahora se había convertido en uno de los puertos de entrada más rápidos a la zona norte de la isla, y en un importante punto de descarga para los mercancías que hacían la ruta del mar de Irlanda.

Una vez en el enlosado de adoquines del muelle, Narciso dirigió una amplia mirada sobre todo el lugar buscando a sus anfitriones. Los reconoció a unos cien metros, al fondo de los diques de carga, parapetados contra la mole de hormigón y chapa oscura de uno de los almacenes, y se dirigió hacia ellos con paso tranquilo pero decidido; el que solía utilizar para las aproximaciones militares, deformación de oficio. Tres hombres de aspecto marinero en sus ropas, con un ligero toque marcial que se dejaba adivinar para el ojo avezado en sus posturas y expresiones corporales, sus ademanes congelados, le aguardaban de pie bajo la llovizna, junto a un Land-Rover verde militar. Cuando estuvo a unos metros de ellos el más alto se adelantó a recibirlo.

–¿Narcís Salcedo? Soy Finn O'Keefee, amigo de Liam. Te esperamos hace una hora. Monta en el coche, hace frío –dijo el rudo irlandés, en un tono seco y preciso que denotaba cierta desconfianza inicial sobre la elección hecha por sus mandos, mientras le daba un apretón de manos fuerte como un alicate.

Los tres hombres a bordo del todoterreno no proferían palabra alguna. Narciso alternaba la observación de sus cabezas –arriba y abajo con el traqueteo de los caminos rurales que rodaban– con miradas a los campos irlandeses, sumidos a esa hora en una penumbra iluminada de forma furtiva por los últimos embates desafiantes de los rayos de sol entre las nubes que, durante unos minutos parecían haber dado tregua al cielo, consideradas con la llegada de aquel hijo adoptivo de su tierra que ahora las contemplaba, ensimismado, desde la ventana del coche. Así, como un regalo de algún Dios desconocido, tributo céltico a su engalanada disposición para con la tierra irlandesa, un crepúsculo inmenso y casi boreal en sus encantos, se mostraba a sus ojos durante la primera hora de trayecto. Para cuando cruzaron las calles

de Ballymena, tras pasar por Glenarm y Lansdowne, la noche se había cerrado sobre la isla, aislándola en el imaginario de Narciso aún más si cabía.

Debían de llevar dos horas en la carretera, debido a los rodeos efectuados a través de los campos, utilizando caminos rurales poco conocidos y evitando así algún que otro contacto embarazoso con las fuerzas del orden público. Detuvieron el vehículo a la espalda de una gasolinera, en las afueras de la ciudad, y bajaron del coche para introducirse en unos garajes junto a los surtidores. Una vez en el interior, descubrieron una entrada escondida tras unas estanterías metálicas llenas de herramientas y descendieron por el hueco que apareció, bajando por una escala de acero que comunicaba con un cobertizo, un zulo de hormigón subterráneo excavado a unos cuatro metros bajo el suelo de la estación de servicio y alumbrado por una sola bombilla que colgaba del techo. El cubículo le trajo reminiscencias de otros polvorines, en otras guerras, y una sensación de incómoda familiaridad sedujo por unos instantes su ánimo.

Allí, en cajas apiladas al fondo contra las paredes llenas de humedad, se escondía una santabárbara terrestre, una de las muchas guaridas que el IRA tenía repartidas por toda la geografía del Ulster. Narciso no pudo por menos de asombrarse de la confianza depositada por Liam en él. Aunque, claro, en caso de duda siempre podían liquidarlo.

Dos de los hombres cargaron un par de cajas en el Land-Rover, y, tras una corta charla que Finn mantuvo con el mozo de la estación, partieron de inmediato hacia Derry.

Penetraron en la ciudad por la zona noroeste, dando un gran rodeo y evitando las entradas a los puentes principales de acceso al casco antiguo. Desde las ventanillas, y a pesar de la oscuridad reinante, Narciso pudo fijar su mirada sobre el borde oscuro de las murallas: contra su filo, vacilante en la negritud, se recortaba, clavándose en el azabache del cielo, la imponente mole de ladrillo rojo del Guildhall, insultante muestra del poder británico desde sus vidrieras centenarias y su afilada torre-reloj, que proyectaban sobre el Foyle durmiente un íntimo halago luminoso, una entidad rojiza e indecisa bajo los focos que guardaban su inefable presencia para el observador noctívago. Narciso sentía que aquella ciudad disponía de esa magia –que se le acercaba, ya desde su llegada, como una mano amiga que lo envolviese– a la que la sensibilidad deslumbrada tarda un poco en acostumbrarse, dormida al arrullo de un salobre aroma, efluvios del río que le regalaba a sus casas encantadas, de un gris granítico congelado en otro tiempo, un aura de inmortalidad, de leyenda, de orgullo del Medioevo más rancio, una especie de presunción de estirpe que sin lugar a dudas le pertenecía por derecho propio. Así, de camino al interior, bordeando todo el perímetro amurallado –la ciudad podía presumir

de ser la muralla urbana mejor conservada de toda Irlanda, orgullo defensivo heredado de sus guerreros moradores–, terminaron accediendo al barrio obrero por uno de los márgenes del Bogside, que, junto al de Creggan, era uno de los barrios católicos y centro neurálgico del conflicto.

Abandonaron el coche un kilómetro antes de penetrar el grueso de edificios de la población. Mientras se alejaban de él, otro grupo de hombres se hizo cargo del vehículo, que en unos segundos había desaparecido bajo la oscuridad de los caminos.

Narciso podía ver el vaho exhalado por su boca ascender en la noche fría; apretó sus manos dentro de los bolsillos de su pelliza y sintió un escalofrío trepar por su espalda. La compañía de cuatro hombres caminaba las calles de perfecta organización en cuadrícula, típica de los barrios obreros del Ulster; las casas, de dos plantas, como muertas improntas de ladrillo gris y tejados de teja oscura a dos aguas, se ofrecían a sus pasos desconfiadas, como un tributo del dolor encerrado en su interior, a medida que atravesaban las negras arterias de la ciudad. En unos minutos alcanzaron la calle Waterloo, una avenida inclinada que ascendieron a ritmo fuerte hasta llegar a su destino: el Peadar O'Donnell Pub, símbolo y nombre cargados de misticismo en la cultura de resistencia irlandesa. Aquel garito de madera y espejos, retrataba a la perfección el espíritu conservador irlandés que impera en sus tabernas, como un viejo galeón de madera, alma de corsarios y marinos de paso. El Peadar rendía homenaje a uno de los activistas y políticos nacionalistas caídos en aras de la causa irlandesa, uno de los fundadores del IRA moderno: Peadar O'Donnell.

Narciso tomó la entrada principal junto a Finn, mientras sus otros dos compañeros de viaje rodeaban la calle y penetraban por la trasera del local. Dentro reinaba un ambiente cálido, impregnado de un olor a cerveza con regusto a madera húmeda, y unos veinte parroquianos sentados a las mesas de su salón.

Finn saludó con un corto y familiar ademán al barman, y dándole una fuerte palmada en el hombro indicó a Narciso que lo siguiera.

–Es allí, al fondo; nos esperan.

En una mesa situada en la esquina derecha del local, junto a las escaleras que conducían al almacén del sótano, los aguardaba Liam. Su sonrisa realizó el corto trayecto que lo separaba de Narciso antes incluso de que éste pudiera reconocerlo, y, unos instantes después, los dos hombres estrechaban sus cuerpos bajo un abrazo franco que a Narciso le pareció fraternal, cogiéndolo por sorpresa.

–Espero que el viaje haya sido de tu agrado, español –le dijo Liam con sincera campechanía, y, acto seguido, lo invitó a sentarse junto a él, cercano y cortés.

–¿Querrás tomar algo, verdad? ¡Mulligan! –gritó al camarero–, pon un doble de los míos a mi amigo. Tendrás hambre también –aseguró–. La mujer de Mulligan hace un roastbeef de muerte; como seguro no has probado. Pon también un par de emparedados de carne –terminó diciendo al fornido guardián de la barra.

Finn tomó asiento frente a los dos tras pedir otro whisky para él. Justo en ese momento cruzó su mirada con Narciso y éste pudo precisar cierto cambio de actitud en el viejo militar, ahora mucho más relajado.

–Me alegro de que hayas venido Narcís, no sabes cuánto. En algún momento pensé que no lo harías, pero veo que Sean no exageraba cuando lo oíamos hablar de ti, de lo bien que habrías servido a nuestros ideales.

–No sé si debería decir esto, pero lo cierto es que yo también me alegro de estar aquí. Espero no tener que arrepentirme de mi decisión, pero ya la tenía tomada cuando salimos de aquel club en Madrid hace una semana –dijo Narciso, con cierta ironía.

Liam se incorporó, palmeando el brazo de Narciso como un niño contento, un viejo hombre con alma de niño, eufórico por su poder de convocatoria, alegre de verdad.

–¡Joder, español, joder!. Has hecho lo correcto hermano –gritó a la sala Liam. En su tono se dejaba ver al líder, al orador innato, poseído por una fuerte creencia, una fe en sus actos que hacía a los hombres seguirlo.

Narciso había conocido a otros hombres así antes de él: Lefavre, el propio Sean; pero lo que diferenciaba a éste de aquellos, era su total ausencia de fanatismo. Tras una cuidada mirada, el observador inteligente podía sentir en aquel hombre curtido de piel de acero gastado por la brisa marinera y el cansancio de la lucha interior y exterior que lo rodeaba, un estigma mesiánico: había nacido para conducir aquella cruzada –no importaba con o sin sentido final, pero creída en sus principios- que él no había buscado. Era de esos pocos seres humanos a los que el destino encuentra para una actividad determinada, mostrándoles desde muy temprano su misión. Sin dudas. Hombres envidiados por Narciso por su diáfana seguridad al perpetrar –con conciencia del delito o sin ell– todos los actos de su vida. Incrustados en una época, elegidos para ella, en la que el tiempo no ha errado la fecha ni aun por

minutos, depositándolos en la tierra en el lugar y el momento exactos. Liberados de la condena de cabalgar entre dos épocas anacrónicas a su esencia, que los haría incómodos, como a otros no tan afortunados, a su propia existencia, cargados de preguntas sin respuesta, anhelantes de cualquier otro momento en la historia, cualquiera menos el suyo, ese que les toca vivir.

Algo era seguro y claro como el frío de aquella noche, su primera noche feniana. Ese hombre le gustaba. Se sentía seguro junto a él. Liam lo había sacado, extirpado de alguna manera de esas noches madrileñas, blindadas, de las que no había conseguido fuga posible hasta conocerlo, una semana atrás, bajo el caldo espeso y rancio de humanidad de una noche de jazz. Unas noches inexpugnables de las que se había evadido, al menos de momento.

Pensando en esto, evocó, aislando la conversación que sostenía con los dos irlandeses durante un momento, cómo se había sentado bajo la luz de la mañana, primero en Madrid, de camino al aeropuerto; luego sobre los campos escoceses, bañado por una tela de plata gris y brillante, húmeda y terral, que había desclavado las esquirlas de odio antiguas de su cuerpo por unos instantes. Ahora, en esta taberna, bajo el peso de todas esas sensaciones, abrumado y disperso, Narciso, sonrisa invencible de viejas camaraderías, de festejos en su boca, departía con Liam y Finn, que acababa de vencer del todo su inicial reticencia hacia él, y se entregaba sin concesiones a aquel español reclutado por su jefe.

Saboreando su whisky celta, auténtico, destilado en alambique propio marca de la casa, que dejaba en boca un primer golpe de madera sobrio, y luego fluía por las fosas nasales y las papilas de la lengua con un regusto sutil y dulzón, Narciso se abandonó, como en un rapto furtivo y aceptado, a esa sensación que inviste a los huérfanos cuando se les ofrece una mano cálida, un paño donde envolver su soledad de siglos, una acertada compañía. Antes, había dado buena cuenta de dos sándwiches de roastbeef que devoró con fruición. Tras la pitanza, aquel licor del diablo penetraba gustoso en busca de su estómago, calentando aún más su espíritu libérrimo, cada vez más enardecido bajo las palabras de Liam, que desgranaba para él, con sumo rigor histórico, toda la profunda y rica mitología de Èire. Sentía un ligero pulso, como una vibración interna que no había figurado nunca entre sus sensaciones, o al menos, no recordaba haber experimentado. Era el aroma de Irlanda que se enseñoreaba de sus sentidos.

Esa noche durmió en casa de Finn. Liam quería que tomara confianza con sus hombres más cercanos, haciéndose un hueco entre ellos, en espera de lo que pudiera suceder con el español. Era ya muy tarde cuando cruzaron la línea de las calles Lecky Road y Fahan Street, entrando en el FREE DERRY ,

el reducto nacionalista de la ciudad, orgulloso bastión de los rebeldes católicos; un ghetto que, según le contó Liam, los ingleses y los protestantes irlandeses llevaban castigando desde que en 1969 el barrio reclamó sus derechos de autonomía sobre el resto de la ciudad de Derry, de dominio protestante. Desde entonces, y hasta el año 72, se habían recrudecido las hostilidades. Éstas habían comenzado con la creación de un cuerpo especial de policía: el Royal Ulster Constabulary, que, en principio, debía mantener la paz entre las dos Derry, enfrentadas en una lucha vecinal cada vez más cruenta, que se libraba a uno y otro lado del río Foyle, frontera de los barrios sumidos en aquella guerra civil de religiones que duraba ya más de novecientos años en Irlanda del norte. Así, pues, las hostilidades en aquella ciudad obrera habían cobrado especial dureza, haciendo tomar parte al ejército británico, que acabó tomando sus calles ayudado de la policía lealista irlandesa –los "B especiales"–. Las barricadas y la lucha callejera culminaron en varios enfrentamientos que pasarían a engrosar la crónica negra del conflicto: como el infame "Bloody Sunday", en 1972, donde las patrullas ciudadanas del barrio del Bogside fueron diezmadas por el ejército inglés que abrió fuego sobre los manifestantes desarmados, acabando con la vida de trece personas y dejando una multitud de heridos sobre las calles. O el toque de queda en el barrio de Falls Road, otro ghetto católico acosado por la policía británica, en el que en 1970, los ingleses asesinaron a cuatro personas.

Éste caldo de cultivo había conducido a una situación límite, en la que el PROVOS (el ira provisional) comenzaría a escindirse del IRA oficial, anulando el alto el fuego pactado y continuando la guerra armada. Una escalada de violencia en la que Sean había jugado un importante papel como jefe de sección, y, que, entre el 70 y el 72, se había cobrado ya unas cuatrocientas ochenta víctimas. El PROVOS sostenía una política en la que primaba la defensa de la minoría católica. Apartados de los intentos demócratas de los partidarios del IRA oficial, que buscaban la unión con los movimientos protestantes para establecer un gobierno conjunto de irlandeses, el IRA provisional ansiaba la independencia total de Irlanda del norte de la corona británica y de los protestantes leales a ella. El ejército británico restableció entonces el régimen de internamiento mediante el acta de poderes especiales, por la que las autoridades detenían a cualquier sospechoso de pertenecer al IRA e incluso lo encarcelaban, sin necesidad de un juicio previo. Tras las barricadas en protesta de este decreto injusto, y con la excusa de una violencia exacerbada en los barrios de Bogside y Creggan, el ejército británico desplegó una operación conjunta con la policía irlandesa conocida como "Motorman", en la que los carros blindados tomaron las calles y quebraron la defensa ciudadana, ocupando los barrios e imponiendo el estado de sitio bajo leyes británicas.

Los católicos comenzaron entonces una decadencia opresiva. Tras el

dominio de las calles, el gobierno inglés decretó la anulación del Parlamento de Stormont, suspendiendo la autonomía burocrática de Irlanda del norte, que pasaría a estar administrada desde Londres. Y, según le había contado Liam esa noche de sensaciones enfrentadas pero dotadas de una rara aquiescencia entre ellas, entre los aromas del whisky añejo, el olor a madera crepitante y el cansancio del viaje, entre las orgullosas explicaciones del origen casi sagrado del goidélico –del cual Irlanda era cuna y recipiente, y donde seguramente ese dialecto ancestral, comunión de las tribus celtas, iría a extinguirse irremisiblemente–, la situación en el país no había mejorado mucho desde entonces.

Las calles, oscuras a esa hora en que las ánimas descansan, recibían el débil reflejo de los focos que alumbraban orgullosos el dolmen de piedra blanca que señalaba la entrada al barrio: “YOU ARE NOW ENTERING FREE DERRY”, rezaban sus letras grandes y negras sobre su inmaculada superficie, símbolo de la resistencia y la independencia de Derry del resto del Ulster “británico”.

Recorrieron una milla bajo el húmedo frío norteño. Narciso, agotado por todos los impulsos nerviosos padecidos en el día, pudo descansar sus pies una vez llegaron a casa de Finn: tenía una verjita de hierro negro que rodeaba un escaso parterre de césped muy bien cortado. Los ladrillos, de un beige claro agotado por la intemperie, parecían reclamar, junto a sus compañeros aledaños en el resto de edificios de la plaza –un rectángulo de casas adosadas de dos plantas, anodinos en su sistemática desolación-, una mano de pintura que aguardaban hacía más tiempo del que les hubiera gustado. No obstante el trabajo de desgaste ofrecido por la persistente umbría de su clima, aquel barrio y sus residencias parecían contagiarse del espíritu combativo de sus moradores, y mantenían, pese a sus limitaciones, una pulcra dignidad que se dejaba respirar en sus calles y en sus jardines; un orden y una limpieza que se negaba a rendirse a la abulia y la desesperación de su situación. Sin embargo, aquel conjunto, agazapado en ese momento como gato pardo en la noche, todavía guardaba una sorpresa visual para Narciso, una sorpresa que tendría que esperar a la mañana siguiente.

Narciso se detuvo al pie de la escalera, frente al umbral de la entrada. Algo le hizo dirigir su mirada hacia arriba, a las ventanas de marcos blancos que hacían de ojos a la fachada, y creyó ver a una chica tras los visillos. Clavó sus ojos en él, con fuerza, solamente un instante, y luego se esfumó como si hubiera sido producto de su imaginación. Una vez dentro de la casa, Narciso constató la austeridad de la vivienda. El pequeño hall, forrado con listones de madera blanca, daba paso a un reducido salón de suelo alfombrado,

alimentado con una chimenea de forja del tipo Chubesqui. La casa permanecía en silencio, salvo por los tic-tac de metal suave que desde un viejo Carillón daban las dos y cuarto en ese momento. Finn le indicó que subiera las escaleras del fondo de la galería. Habían dispuesto una habitación para él en el piso superior. Le alcanzó unas toallas de un armario en el pasillo y le señaló el baño. Luego se despidió, dándole las buenas noches.

Narciso pasó la noche en blanco –mejor dicho, en un azul grisáceo- bajo el peso de esos ojos, de esa mirada celeste de la que no pudo, no supo desprenderse en toda la madrugada.

Despertó de aquel duermevela en el que se había sumido, ahora dormido, ahora despierto, muy temprano. Sacó de su macuto de viaje un neceser con sus utensilios de aseo y se encaminó al baño. La casa continuaba como la dejó la víspera, en una quietud silenciosa. Debían de ser las seis o seis y media de la mañana cuando recibió la descarga purificadora del agua bajo la ducha. Tras afeitarse y peinarse con más esmero que de costumbre, descendió las escaleras con una carga de nervios lacerantes en el estómago: esperaba con ansia creciente enfrentar de nuevo esos ojos, y esa esperanza infantil le hacía sonreír para sus adentros como un tonto. Antes de descender del todo, algo le hizo detenerse un instante al pie de la escalera y recordar el desvelo de esa noche: en esas cuatro horas escasas que había pasado boca arriba, tumbado sobre la cama, estuvo analizando los pasos que lo habían conducido hasta allí: la nota, la petición ineluctable que Sean le había formulado. En ella, su amigo le pedía, entre otras cosas dejadas a su discreción, que viajara a Irlanda a buscar a su hermana, una aguerrida gaélica criada bajo el manto de la revolución; sacudida desde niña por la guerra. Debía convencerla, prácticamente obligarla –llegado el caso− a salir del país. Sean quería que se llevara a su hermana a Madrid o a cualquier otro lugar, no importaba adonde, pero lejos de aquella locura. Ella era lo único que le quedaba de valor en esta vida; esa niña, ya mujer, y su amor a la patria, pero ésta última lo había defraudado, y ahora deseaba salvaguardar lo que le restaba de importancia en aquel caos. Había sido muy preciso en esta indicación, más que una súplica, una orden dada desde el lecho de muerte que Narciso no podía ignorar. Sean sólo confiaba en él, en su cerebro equilibrado, en la justa medida con que siempre tasaba las cosas; además, Narciso era el único amigo de verdad que le quedaba en el extranjero. Sean pensó que sería una buena compañía para su hermana pequeña, a la que había llegado a amar profundamente tras los años separado de ella, y a la que controlaba a veces de forma enfermiza, llegando a agobiarla en ocasiones. Estaba seguro de que Narciso la protegería, que con él siempre estaría a salvo. Incluso en una sutil insinuación, Sean había llegado a elucubrar una posible relación que surgiría entre ambos, dada la belleza que según su hermano adornaba a aquella princesa celta, aunque esto último aún debía de ser constatado por Narciso.

El olor del café y los bollos calientes recién hechos lo sacaron de la lectura en su mente y terminó de bajar la escalera, entrando en la cocina. Allí, sobre la encimera de aglomerado gris, sentada como una niña pequeña, las piernas colgando, su ángel de insomnio lo miraba desde los dos pozos grises que tenía por ojos, bajo una enmarañada cabellera color trigueño oscuro que en ese momento refulgía dorada, alcanzada por los primeros rayos de sol de la mañana colándose por las ventanas.

Su boca esbozaba una tenue y enigmática sonrisa, o al menos la intención de una; una que llevara un tiempo preparada para él, como si su presencia no fuera una desconocida para su boca. Y a Narciso le pareció que aquellos labios que se curvaban deliciosamente encuadraban a la perfección bajo la nariz griega y la fuerte barbilla, algo angulosa, con un imperceptible toque andrógino que le regalaba a la chica una personalidad arrebatadora. Llevaba puesto un pijama a cuadros rojos y azules e iba descalza. Narciso no pudo reprimir su fetichismo por las extremidades inferiores femeninas y descendió la mirada hasta ellos unos segundos más de la cuenta; los suficientes para que ella alcanzara cómplice su deseo por aquellos pies, blancos y de pronunciados empeines, que producían una preciosa concavidad en el arco plantar, y rematados en unos dedos compactos y redondeados que descendían en perfecta y simétrica mengua hasta cerrar la planta, de un rosado blanquecino.

<<Eran perfectos; quizá un 39>>, calculó Narciso, basándose en su experiencia.

–Hola –dijo ella de repente.

Narciso tuvo que repetir ese sonido en su mente para sintetizar la deliciosa delicadeza que surgía de aquella voz. Entonces, con ademán pizpireto y tras conectar sus ojos con los de él unos segundos eternos, ella alzó el brazo derecho tendiéndole la mano. La cocina se estrechó como si sólo midiera un metro cuadrado, y un calor que Narciso ya había sentido antes y del que ahora no podía precisar lugar y fecha, invadió su organismo de los pies a la cabeza arrancando algunas esquirlas más de su cuerpo.

–Tú eres el español– continuó, ahora sonriendo francamente e iluminando toda la estancia–. Llevaba tiempo esperándote, ¿sabes? Al final llegué a creer que no aparecerías; aunque Sean insistía en que era cuestión de tiempo el que lo hicieras.

Aquella beldad poseía toda la fuerza primitiva del viento del norte, y, sus ojos… Bueno, esos ojos eran demasiado intensos para obviarlos. Narciso buscó en su cabeza una respuesta inteligente y clara, y sorteando su balbuceo interior acertó a decir:

–Puede que seas una de esas mujeres que bien valen una guerra. Creó que debí venir hace tiempo –dijo Narciso, sin poder reprimir la avaricia en su mirada, y se arrepintió de haberlo dicho; temía que hubiera sonado algo machista, pero era lo que sentía y no fue capaz de reprimirlo. La mano de la chica seguía tendida en el aire, como un puente de promesas ocultas y cercanas, cerrando peligrosamente la distancia entre ambos.

Ella se limitó a sonreír, y, con una expresión maliciosa, le dijo: <<me llamo Caitlin, Caitlin Donovan>>. Entonces, Narciso contuvo un estremecimiento, alcanzó su mano y la estrechó dulcemente mientras la miraba de nuevo a los ojos. Un recuerdo intenso le trajo a Sean hasta aquella cocina. Pudo precisar en esta ocasión que sus ojos eran de un violeta azulado que tornábase gris según la luz recibida; como los de su hermano, éstos contenían toda la rebeldía y la personalidad de Sean, y por unos instantes creyó estar tocando a un fantasma. Al escalofrío inicial bajo aquel tacto blanco, siguió una calidez inusual, que prometía sincera compenetración ya desde el principio; algo que Narciso había aprendido a distinguir y que valoraba como ninguna otra cosa en forma de secreta clasificación inicial para el trato humano. Narciso sonrío en sus adentros, y Caitlin, continuando con su bisoña coquetería, le dijo:

–¿Me la devuelves? Después, si te portas bien, te la dejaré un ratito –y le guiñó un ojo.

Acto seguido, y sin dejarlo recuperarse de su asombro, le ofreció un café. Mientras se lo preparaba, moviéndose alrededor de la isleta central de la cocina como una gacela blanca envuelta en una bruma vaporosa inventada por él, Narciso la contemplaba ensimismado, nervioso y alelado a un tiempo, con el pulso detenido por la vida y el recuerdo amargo acechando a la vuelta de una esquina en su memoria. Apartó de un empellón aquel cuervo negro de su cabeza, e intentó romper del todo el hielo templado que aún mediaba entre ellos con un escoplo intenso y al grano, como era habitual en él. Respiró con fuerza un par de veces, y, le soltó, como una andanada retórica que cogió a Caitlin por sorpresa:

–¿Le echas tanto de menos cómo yo?

Ella, de espaldas a la mesa, lo miró por encima del hombro apartando su cabellera y esperó unos segundos antes de contestar.

–Cada jodido minuto del día –aseveró con fuerza, abandonando las palabras lentamente en la habitación–. ¿Sabes, Narcís…? –continuó, haciendo otra interrupción. Narciso dio un pequeño respingo que esperó no denotara su asombro, y la miró aún con más fuerza, sintiendo por momentos que su vida se estaba uniendo irremisiblemente a la de aquella desconocida: su dama celta, un unicornio de nuevo corriendo por sus bosques; y decidió, entre las palabras de ella, rápidamente, que aquella si era una buena causa por la que luchar, y por qué no, morir, y que desde hacía muchísimo tiempo no sentía su cuerpo y su alma unidos en un mismo lugar y a un mismo tiempo.

Las palabras de Caitlin le llegaban ahora como rebotadas en un eco de ensueño, y tuvo que hacer un esfuerzo para entrar de nuevo en la conversación.

–… A veces pienso que me hubiera gustado estar allí, con vosotros, los años de lucha en África -lo decía con un tono de nostalgia por lo desconocido –. Y llegué a envidiarte antes de conocerte siquiera. Era como si hubieras tenido la suerte de acompañarle en todos esos momentos de peligro, conociéndole de verdad, hombro con hombro; dos auténticos hermanos. Cualquiera de por aquí podría decirte lo mucho que llegó a quererte ese cabeza hueca –dijo, sonriendo para alguien que no estaba allí–. te admiraba y respetaba, y escuchándole hablar de ti yo también aprendí a quererte a mi manera, en la distancia; ya me entiendes –aclaró con ternura, y algo azorada por la confesión. Y enseguida afirmó:

–Estabas muy guapo en aquella foto de recluta, con tu boina verde recién ganada y tu uniforme nuevo, el orgullo pespunteando la comisura de tus labios. Cuando Sean me la envió yo tenía ocho años. Ha llovido mucho en Irlanda desde entonces, pero las aguas parecen estancadas –sentenció, dando un giro brusco a la conversación. Y su rostro adoptó una expresión sombría.

Narciso permanecía en silencio, adorándola un poco más, acercándose un poco más a ella a medida que pronunciaba cada nueva palabra.

–Aunque no lo creas, me siento mejor ahora que estás aquí. Sigues teniendo esa mirada de niño perdido que busca una guerra para escapar de su tristeza. La misma que en la foto. Era tu marca de clase; te distinguía del resto del grupo. Aunque ahora tienes algunas canas más –bromeó, y al mismo tiempo acarició levemente con su mano la sien de Narciso, alisando su pelo corto y depositando en él un instante de ternura. Narciso agarró su mano antes de que pudiese retirarla, la llevó hasta sus labios y la besó dulcemente. Luego, la mantuvo entre sus manos mientras la miraba, revelador. Una luz dorada iluminaba el rostro de Caitlin. <<Era hermosa>>, pensó Narciso;

<<condenadamente hermosa>>; y tuvo que reprimir un fuerte impulso de besarla en la boca. Se levantó, abandonando la mano de ella sobre la mesa, y antes de franquear la puerta de la cocina se inclinó sobre el cuello de la chica:

–Caitlin, Caitlin; mo cuishle –le dijo en gaélico, en un susurro que pretendía ser misterioso.

Sentada a la mesa, Caitlin miró la taza de café humeante que había servido para él y sonrió; estaba intacta.

Durante un par de semanas, Narciso estuvo recorriendo los alrededores de Derry acompañado de Finn y un rudo jovenzuelo que no debía pasar de los veinte, algo mal encarado y nervioso, que se llamaba Scott, y que, horas más tarde de haberse presentado, resultó ser sobrino de Liam McDermott. Liam deseaba que Narciso se integrase pronto en el sistema diario, ponerlo al tanto de las actividades programadas por el IRA para ese invierno. Que pudiera masticar personalmente todo el lento proceso que conlleva la resistencia armada mientras conocía la región, la orografía del terreno. El dossier que le entregó en Madrid iba destinado a éste propósito, aunque de manera sutil y sin una petición formal contenida en sus páginas. Eso debía aguardar a posteriores consideraciones sobre el individuo. Narciso había estado estudiándolo en esos días, y parecía cada vez más imbuido por la causa.

En las largas jornadas de Land-Rover por los caminos, Narciso tuvo tiempo de analizar la climatología y la topografía. Visitaron a varios jefes de brigada en diferentes pueblos, e incluso transportaron cajas de armas y municiones de un escondite a otro. De alguna manera, había vuelto a él aquella vida de guerrilla a la que nuca hubiese querido regresar, y de la que sin embargo disfrutaba ahora ocasionalmente. El espíritu de comando había aparecido de nuevo.

<<Seguramente, Sean tenía razón cuando decía que el soldado de verdad lo es para siempre; y si no tiene una lucha en la que batirse acaba pudriéndose poco a poco. A lo mejor era imposible desembarazarse de ese estigma y no había forma de completar el círculo, terminando con una vida y comenzando otra. Quizá, el destino, como siempre había creído, no lo forjaba uno, sumando decisiones que originaban causas y efectos, un hilo conductor de causalidades, sino que te atrapaba en su vórtice y girabas para siempre en esa fuerza caprichosa sin poder cambiar de dirección>>.

Fuera como fuese, en esos momentos no le importaba. Había asistido a un par de reuniones clandestinas en los bajos de un club de la zona libre de

Derry: el principio luchador que imperaba en la sala acabó contagiándolo, despertándolo de un largo letargo de años; pero incluso bajo el influjo marcial, su mente divagaba constantemente en busca de otro lugar: el rostro de Caitlin, su compañía, su aliento de mañana fresca en la cocina varios días atrás.

Una tarde, tomando café en casa de Finn, Liam le dijo:

–Creo que no me he equivocado contigo un ápice. Veo, bajo tu mirada, el mismo fervor por la lucha contra la injusticia que nos embarga a todos, y que motivaba a Sean. Está claro que hay hombres que nacen bajo el signo de la guerra, que rinden con sus vidas tributo a Marte –dijo el jefe irlandés, con un tono entre melancólico y poético–. Lo que nos diferencia a unos de otros, es el bando por el que tomamos partido. Y tú, sin lugar a dudas, estás en el correcto. Hizo una pausa de al menos un minuto y dio unos tragos al café, mirándole con seriedad, como un padre que fuera a confesarse con su hijo.

–No quiero mentirte, Narciso; la situación en el Ulster es complicada, por no decir desesperada. Las treguas y los altos el fuego nunca se han cumplido según lo pactado. Estamos en 1987, y las cosas no sólo no han cambiado sino que han empeorado. El IRA sufre más escisiones que nunca. Tenemos que combatir al británico al mismo tiempo que sostenemos una lucha interna de clase política. Algo sucio y ruin para un grupo armado. Siempre, a pesar del peso de la opinión pública internacional y las mentiras destiladas a la prensa de medio mundo por las altas esferas de la información, nos hemos considerado un grupo militar. Un ejército que lucha por la independencia de nuestra tierra; hemos cometido errores, algunos se han saldado con muertes innecesarias, aunque, que muerte no lo es –reflexionó apesadumbrado–. La verdad es, que hemos llegado a un punto donde el odio ha tomado el relevo al idealismo y se cobra cada día más vidas inocentes. Vidas irlandesas. Hemos convertido las ciudades en un lugar inseguro para nuestras familias. Una guerra contra el invasor ha degenerado en una pugna civil entre facciones que tiran fuerte, cada una para su lado; nos hemos envilecido, convirtiéndonos a veces en nuestro peor enemigo. ¿Y todo en pos de qué? De la revolución del oprimido, de los débiles contra los poderosos; la excusa perfecta que siempre han esgrimido los hombres para matarse. Aunque yo creo –comentó con tristeza–, que desde siempre, sólo ha habido una revolución, la de los buenos contra los malos. La pregunta que nunca he sabido responder es: ¿Quiénes son los buenos?

Tomó otro sorbo de café, que produjo un rictus amargo en su boca, y continuó:

Antes creía llevar la parte de la razón en éste conflicto. Ya no estoy tan seguro de ello. Aunque la idea primigenia, de justicia natural, pervive bajo

nuestros actos, éstos, a veces, dejan mucho que desear para un buen cristiano –y sonrió levemente. Un rictus amargo y cínico tras la denominación de culto-. Sea como sea, no podemos retirarnos; ya no. Hay mucho en juego –concluyó desalentado, y sus palabras sonaron a Narciso familiares.

–Sean pensaba así –confesó Narciso–. Al igual que tú, tenía un grave peso sobre sí que no le permitía limpiar su conciencia. No sé si sabes por qué he venido hasta aquí. Me imagino que Sean te pondría al tanto, puesto que fuiste tú quien arregló el viaje, pero no estoy seguro. Ante todo, quiero que sepas que confío en ti. Para mí es un honor que me hayáis recibido en vuestra casa como a uno más, poniéndome al tanto de casi todo. Podía haber sido un espía inglés –bromeó escasamente–. Yo empatizo totalmente con vuestro enfrentamiento, y Dios sabe que quiero que expulséis a esos colonialistas de una vez y para siempre; pero lo cierto es que yo vine aquí guiado por otros motivos. Llamémoslo una deuda adquirida tiempo atrás, y que el honor y el destino me obligan a satisfacer ahora. Y ese motivo es Caitlin –tras pronunciar el nombre de la chica, aguardó unos segundos, relajado por la confesión, la reacción de su anfitrión. Éste permanecía en silencio, observándole con atención.

–He venido a por ella. Sean me pidió que lo hiciera, que cuidara de Caitlin. En su última carta me explicaba la situación de Irlanda del norte; y, de alguna manera, confesaba arrepentido ciertas cosas que no vienen al caso, pero el motivo principal de ese mensaje era éste. Sacar a Caitlin de Irlanda y llevarla conmigo. No me dejó muchas opciones. Prácticamente me lo ordenó. Cómo comprenderéis no puedo hacer otra cosa.

–"Semper fidelis" –contestó Liam, con una expresión indescifrable en la cara–. Sí muchacho, nobleza obliga. Pero Sean también habló conmigo antes de morir. Hizo una especie de testamento del cual soy albacea, nada importante. En nuestras últimas conversaciones incidió en el tema referente a ti. Me dijo que quizás tú te ofrecerías a ayudarnos, una vez aquí e instigado por la lucha a tu alrededor. Yo debía tantearte, ver cómo evolucionabas en los primeros días de tu llegada a Irlanda, y decidir en consecuencia. Te digo todo esto, Narcís, porque Sean nunca le dijo a Caitlin que vendrías a por ella. Caitlin piensa que has venido motivado por la rebelión, como apoyo a la guerrilla ciudadana; algo así como un ángel vengador que ya no puede aguantar más y tras la muerte de su amigo decide que es hora de empuñar las armas de nuevo.

Narciso permaneció unos segundos con la respiración entrecortada y al mínimo, y luego le pidió a Liam que continuara.

–Creí que lo sabrías –dijo Liam-, pero ya veo que no. En realidad,

nunca esperamos que tal cosa ocurriera, aunque Sean no eludió nunca esa posibilidad. Decía que eras especialmente hábil con los hombres. Muy bueno en la guerra de guerrillas y como instructor; todo un líder. Y que no eres de los que da marcha atrás cuando toma partido por algo. Yo he podido constatar parte de esas aseveraciones. No quiero que te sientas obligado a hacer nada, Narcís –continuó diciendo muy tranquilo, sin revelar intención o emoción alguna en sus palabras–. Sólo quería que supieras, que si decides quedarte con nosotros, un brazo armado de tu calidad y experiencia nos vendría de maravilla en estos momentos –y añadió–: por supuesto, sabía lo de Caitlin. Esa chiquilla es mi ahijada. Mi mujer y yo cuidamos de ella desde que faltan sus padres. ¿Por qué crees que estaba en casa de Finn la noche en que llegaste? Sean nunca se perdonó el dejarla aquí, pero si no se hubiera marchado lo habrían asesinado. Yo soy el primero que quiere que salga de esta opresión maldita, aunque Caitlin ha jugado siempre un papel importante cómo informadora y en otras funciones dentro del grupo. Nunca pudimos disuadirla de que se mantuviera apartada, junto con el resto de mujeres del clan. Es toda una guerrillera –dijo con orgullo paternal–; herencia de estirpe. A los dieciséis años participó en su primera barricada, en Creggan, junto a las guerrillas ciudadanas, lanzando piedras y algún que otro cóctel Molotov contra la policía –Liam comprobó la atención provocada en la mirada de Narciso y añadió:

–¿Es hermosa, verdad? Una auténtica preciosidad; todo un carácter, sí señor. Si alguna vez eres capaz de sacarla de aquí te estaré eternamente agradecido, español –le dijo, familiar–. Ya eres uno más de la familia. Aquí tienes tu casa para cuando la necesites.

Narciso no había sentido en mucho tiempo la calidez de la compañía humana. Desde la muerte de su abuela, y durante el breve permiso que solicitó al ejército francés para acudir a los funerales de su tía Rosario, a la que nunca llegó a pedir perdón como le hubiera gustado, jamás se había podido librar de ese sentimiento de abandono producido al perder a las mujeres de su vida que ahora se marchaba dando paso a una reconfortante laxitud que apaciguaba sus nervios, siempre cimbreantes y a punto de conflicto.

–Gracias hermano –dijo Narciso, franco y preciso con Liam–, gracias por todo. Así es como me siento, díselo de mi parte a tu mujer, por favor.

Por la tarde, Narciso fue a dar un paseo con el coche que Liam le había facilitado. Se había prometido aguardar unos días antes de hablar con Caitlin. Desde la entrevista en la cocina, la mañana después de su llegada a Irlanda, no había vuelto a estar a solas con ella, y ansiaba su compañía con un fervor religioso.

Paró unos segundos frente a la casa de Finn y tocó el claxon. Caitlin salió al instante cargando con una pequeña mochila, como si hubiera estado aguardando su llegada, y sin mediar palabra se montó en el coche.

–Me alegro de verte, español –dijo, sonriéndole–. ¿Cuánto hace que no nos vemos; dos semanas?

–Creo que doce días. Bueno, no lo creo; para serte sincero, te diré que he contado cada una de esas doscientas ochentaiocho horas –confesó, cuantificando para ella su larga agonía, y arrancó el coche.

Las avenidas principales de lo que los unionistas y los ingleses llamaban Londonderry estaban atestadas de militares y policía lealista, y cada varias manzanas se sucedían los controles policiales y los pasos a nivel que delimitaban un barrio con otro. Narciso quería ver de cerca la situación en las calles. En un momento del trayecto se sometieron a uno de estos check-point. El policía que los detuvo inspeccionó a Narciso a través de la ventanilla con cara de pocos amigos, y echó una larga mirada al asiento trasero del vehículo mientras recomprobaba el pasaporte del español una y otra vez, ávido de encontrar alguna mácula que justificara un registro más exhaustivo. Todo le pareció en orden, así que les permitió continuar la marcha, y un rato después atravesaban las puertas del lado éste de la ciudad en dirección al campo.

–No deberías haber tomado el lado británico, estos días el ambiente está muy caldeado –dijo Caitlin.

Narciso conducía a media velocidad, observando con detenimiento el aspecto cuartelario de los barrios periféricos, que contrastaba con la ampulosa intención neoclásica de las cúpulas de sus iglesias, repartidas contra todo el cielo de la ciudad, cerca y lejos, guardianas en punta de piedra de aquel castillo enorme que era Derry. Las casas bajas, de dos plantas, mostraban la triste impronta de una Irlanda urbana, gris y obrera, de colores rojos y grises mezclados, productores de una fría desidia coloreada de un toque bucólico, con sabor a campo y madera húmedos.

Caitlin, sentada de medio lado, lo miraba con su mejor cara de niña instalada en el rostro.

–¿En realidad te gusta el riesgo; verdad Narcís? –dijo, haciendo hincapié en el nombre–. El otro día, por la mañana, te estremeciste cuando pronuncié ese nombre. Sabes a qué me refiero… Sólo allí, en la legión, te llamaban así, ¿verdad?. Coge esta carretera –le indicó acto seguido, sin esperar su respuesta–, quiero que veas algo.

Narciso detuvo el coche en el arcén y la observó en silencio durante al menos un minuto. Estaba preciosa, con su gorro de lana azul celeste calado hasta el borde de las cejas, el pelo como una cascada de centeno enmarcando su cara, blancas y puras las mejillas sonrosadas, perforadas por aquellos dos universos de un violeta insondable en los que cualquier hombre se habría perdido para siempre entregado a los abismos gozosos. Narciso tocó ligeramente su nariz con el índice y continuó la marcha. Circulaban por la R-265, camino de Upper y Shiers, para tomar luego la nacional trece hasta Colehill, bordeando el lago Foyle. Conducía con las ventanillas a medio cerrar, dejando al aire frío de los valles invadir sus pulmones mientras avanzaban los condados esmeralda del norte de Irlanda.

–En efecto –Narciso rompió el silencio de aquel atardecer plomizo que se acostaba sobre las colinas, reacias aún a desprenderse de sus verdes laderas –. Sólo en el Cuerpo de legionarios me llamaban de esa manera. Pero no me importa que tú lo utilices –dijo, riendo entre dientes.

–Pensaba hacerlo sin tu permiso.

–Bueno, ¿se puede saber adónde me llevas? –preguntó Narciso.

Ella cogió el macuto del asiento trasero y lo colocó en su regazo. Lo abrió deprisa, como una niña que abre un paquete de regalo, y sacó un pijama de su interior.

–¿Te gusta? –le dijo traviesa–. Es mi favorito; lo tengo desde los dieciocho años.

Narciso desvió la mirada de la vía más tiempo del prudencial, y el coche dio unos bandazos fuera de la carretera antes de que pudiera recuperar el control.

–Vas a conseguir que nos matemos –dijo irónico.

–Tú mantén los ojos sobre la carretera.

–No sé si seré capaz de apartarlos de ti y seguir conduciendo. Además, todavía no me has dicho adónde vamos, princesa.

–Te llevo a hacer algo de turismo por la costa. No quiero que luego digas que no he sido buena anfitriona –dijo Caitlin bromeando–. En serio, no te preocupes, te encantará –y continuó, adivinando los pensamientos de Narciso –. Además, Liam lo sabe. Le he dicho que me iba contigo. Sabía que vendrías esta tarde. Yo también te he echado de menos –y le dio un suave pescozón en

la cabeza–. Cree que contigo estoy a salvo. Lo he escuchado hablar con Finn sobre el tema.

Narciso temió que una imprudente conversación hubiera revelado a Caitlin la intención de su viaje antes de que él hubiera podido sincerarse con ella, y se mantuvo atento al tono de voz de la chica, esperando adivinar en qué circunstancias se encontraba aquel pequeño secreto.

–Liam confía mucho en ti, igual que lo hacía mi hermano –dijo Caitlin, alejando los temores de Narciso por un momento–. Sean era como un hijo para él. Cuando lo mataron…

Un silencio cortante los atrapó dentro del vehículo. Narciso atisbó, en una rápida mirada, el dolor que afloraba a la superficie del bello rostro de la chica y se sintió impotente. Durante una hora se mantuvieron bajo el sonido del vehículo y los flashes de los coches que se cruzaban en su camino, sin pronunciar palabra alguna. Narciso ansiaba preguntar las circunstancias sobre la muerte de su amigo, pero buscaba el momento oportuno, y estaba seguro de que no era aquel.

Alternaba la contemplación del paisaje –cada vez más agreste a medida ascendían hacia el norte por Castlewray, siguiendo las vías R-167, carreteras rurales que conectaban unos pueblos sacados de una postal de invierno perfecta–, con miradas furtivas y dolientes sobre su copiloto, que, en un silencio pesado, como en trance, buscaba consuelo en sus adentros para un dolor antiguo sumado a otros dolores recientes, que ahora asaltaban su tranquila apariencia depositando un rastro de amargura en sus ojos. Cuando menos lo esperaba, Caitlin lo sustrajo de su bucólica observancia del paisaje, de aquella meditación celta que lo había llevado de vuelta durante esa hora al santuario de su niñez: la biblioteca de su cuarto en casa de su tía Rosario.

Las brumas, izándose sobre los campos, mezcladas con los colores cenicientos de los montes crepusculares, los puentes de piedra medievales, las aldeas de pescadores, las labores que presumía en los hombres de aquella región y sus pesares por el tiempo, la dura madurez alcanzada a través del duro permiso de los años, su folklore, su peculiar idiosincrasia de lenta pero inexorable rebeldía –continuada obstinación contra la historia y los elementos –, prestaba a esas gentes una devota admiración en los ojos de Narciso. Había leído sobre los celtas; los mitos y leyendas del lago Ness en Escocia, los valles mágicos de Irlanda y sus héroes. Había continuado sus lecturas de aventuras completándolas con textos sobre la historia de aquel país; dominado, pero no rendido; apresado, pero libérrimo en su espíritu; castigados por una historia de hambrunas y la epidemia de una invasión extendida por sus tierras, pero con un corazón inasequible a la tristeza, de sonrisa exultante e

insultante para sus enemigos, asombrados por la terquedad de siglos con que los irlandeses enfrentaban siempre su dura existencia. Ahora, él estaba allí, entre las colinas de sus novelas, contagiado del espíritu de Irlanda, de esa ceremonia oculta por la naturaleza que obraba en cada hombre y cada mujer de aquella tierra de la que San Patricio (y no San Jorge) expulsaría tarde o temprano a los dragones.

Miraba a Caitlin y veía claramente en ella ese poso telúrico de tremenda fuerza, de una belleza visceral que daba miedo, y que los dioses gaélicos, los antiguos gigantes de los Glenns, habían legado a su físico.

–¿Crees que alguna vez seremos libres del todo? –preguntó Caitlin de repente.

Narciso tardó unos segundos en regresar de su viaje por el interior de los campos, y abandonó a su suerte a un grupo de ovejas pastando junto a su pastor y un perro labrador de pelo dorado, sobre los que tendía puentes emocionados en la corriente de sus pensamientos en ese momento.

–Nadie es libre del todo, Caitlin; nunca. Bueno, creo que cada vez que un tirano aislado o toda una dinastía de ellos toma posesión sobre una tierra y un grupo de hombres que viven en ella, la historia, y puede que también el destino, se alían con ellos durante lo que parece una eternidad para los moradores oprimidos de sus dominios. Al final, tarden lo que tarden, sucumben bajo el peso de su propia corrupción, ayudados de la lucha por la justicia que se abre paso hasta el centro de su avaricia, que es su mayor mal; acabando con él o desestabilizándolo lo suficiente para propiciar su caída. Al menos, a mí me gusta creer que es así. Que la naturaleza dispone esa fórmula de ayuda para los débiles, aunque a veces se hace tanto de rogar que parece que no acontecerá nunca. Y quizá, en los tiempos que corren, esto ya no sea posible. Nos precipitamos al abismo como siempre, sólo que con más rapidez y violencia que nunca. Tu gente, las gentes de Irlanda –dijo a Caitlin, adoptando un tono de voz no exento de admiración y algo de escepticismo–, poseen esa fuerza primigenia que sólo tienen los pueblos que han sido sometidos durante siglos y jamás han doblegado su espalda bajo el yugo del tirano. Es algo sumamente atractivo para mí, que provengo de una raza de antiguos colonizadores. De un país que fue un imperio; que dominó los mares y alcanzó con su avaricia, disfrazada de espíritu aventurero y evangelizador, las tierras más lejanas. Mi punto de vista, mis sentimientos, son los de un extranjero, un observador lejano que comenzara a saborear los limos arcanos que la tierra que pisa le ofrece, maravillado por la fuerza que le rodea, conquistado por la cultura vigorosa de otra raza, deseoso de participar del banquete ancestral, del rito de la venganza que yace bajo la piel de los hombres con los que ahora comparte lecho y pan. Puede que te parezca algo

infantil, poético, romanticismo preñado de un idealismo de libro que no puede llevarse a buen término, una utopía de leyendas formadas por mi imaginación –la de aquel niño que nunca creció–, y estarías en lo cierto. Pero no del todo.

Narciso meditó durante un momento lo que se disponía a decir, no muy seguro de si era oportuno. A lo mejor, era la necesidad de vaciar todo el polvo acumulado en sus estanterías estos años atrás, pero algo le obligaba a hacerlo en ese preciso instante, y como un torrente de lava empujando hacia el exterior y buscando la sima estalló:

–No creo que un hombre tenga la oportunidad de decir esto con sinceridad en más de una o dos ocasiones en toda su vida, pero me he enamorado de ti. Profundamente, como un loco, como un ciego que lo ve todo con los ojos que todo lo ven.

Caitlin lo miraba, codiciosa de su boca, de su cuerpo. Narciso podía notar su ardiente magnetismo atrayéndolo hacia ella. Vio el deseo reflejado en sus ojos, hirvientes e intensos como nunca, abiertos como nunca, expectantes y habladores, que lo llamaban con un grito sordo de desesperación. Un grito contenido durante siglos, durante décadas, despierto hacía días, que ahora desgarraba este presente inventado por y para ellos a puñaladas salvajes, hiriendo el aire entre los dos.

Narciso tuvo que detener el coche bruscamente y se precipitó sobre ella, rompiendo los márgenes físicos, estrellando su boca contra aquel rostro druídico y místico –el jardín de los conventos de la pureza, donde pacen los sueños eternos de los hombres; donde toma posesión de las almas el loco abandono y los días ya no son días y noches, sino vorágine acumulada sin distinción de horas, y vientres derramados, perforados de placer y muerte.

Sin poder precisar las horas pasadas ni el lugar exacto en donde se encontraban, acaso una ligera idea de la zona geográfica adonde lo había conducido la mujer sobre la cama, Narciso, desnudo y de pie sobre la alfombra de la habitación, miraba tras los vidrios de la ventana de la estancia, de madera oscura y rústica decoración, la inmensa superficie del lago Swilly (loch Sùilì, o "lago de los ojos", como gustan los irlandeses amantes de su cultura gaélica), uno de los tres fiordos de la isla, que esa mañana brillaba reflejando el sol, impaciente por abrir paso al día. La niebla flotaba espesa como un cielo nuboso improvisado a unos metros sobre la superficie de plata líquida, y, los ojos de Narciso, inyectados de un placer inmenso por la vida, saboreaban cada rincón de aquel cuadro vivo. Su cuerpo mostraba signos de fatiga, una extenuación propia del asalto amoroso al que lo había sometido

horas atrás –no sabía por cuántas–, y su estómago pedía a gritos inanes algo de comida.

En unos segundos regresó la memoria y recordó, a trozos entreverados con los tragos de pasión, la llegada al hotel, un complejo rural de pequeñas cabañas de troncos al pie del lago, en la coqueta y reducida ciudad de Rathmullan, una pedanía del condado de Donegal.

Observó a Caitlin con una delectación que se le antojó morbosa por momentos. Sobre la cama, su cuerpo a medio cubrir, la espalda protegida por aquella capa dorada que eran sus cabellos derramados sobre su magnífica desnudez, le producía un convulso desasosiego, un fulgor caliente que desgarraba su bajo vientre, dejándolo extático, incapaz de otra cosa que no fuera su contemplación. Tras los minutos de admiración congelada, se acercó a la cama y besó su nuca, apartando sus bucles con delicadeza.

–Buenos días princesa –le susurró junto al oído, y pudo aspirar el olor a hembra y macho hermanados, a carne trémula y rendida, el olor de la muerte dulce de los sexos.– Si no me llevas pronto a comer algo tendré que desayunarte aquí mismo –continuó Narciso, mientras mordía el lóbulo de su oreja.

–Puedes comenzar por aquí –dijo ella, lasciva, girando sobre su espalda y mostrándole su pecho blanco como la nieve.

Narciso no tuvo tiempo de contenerse y la montó con fuerza. Hicieron el amor durante horas, como dos jóvenes leones hambrientos, hendiéndose el cuerpo y el alma, primitivos en su ferocidad, como si el mundo fuera a terminarse o hubiera terminado ya, y no importaran más que aquellos dos cuerpos y sus humedades, bajo aquellas sábanas sudorosas, impregnadas del jugo indistinto de dos siluetas al borde de la locura, envueltos en la única verdad del universo, la única, dentro de aquella habitación, una caja de pandora de madera que se había desatado por fin y sin fin para ellos, y de la que no querrían, no podrían escapar jamás.

Se ducharon y bajaron hasta el pueblo. Rathmullan era una pequeña ciudad al norte de la península de Fanad, una joya costera famosa por ser el lugar de captura de uno de los más ilustres líderes revolucionarios irlandeses. Caitlin paseaba junto a Narciso agarrada de su brazo, narrando para él la historia de aquel paraje mágico perdido entre las colinas y el lago Swilly. Caminaban el borde del muelle, junto a las baterías costeras emplazadas por los británicos durante las guerras napoleónicas en prevención de una más que probable incursión de la flota francesa que nunca se produjo, para obtener así un lugar de gran importancia estratégica como caladero para sus buques de

guerra, protegido además por el entorno geográfico.

La playa, al pie del lago, ofrecía a esas horas la magnífica imagen de una mañana irlandesa en ese mes de Enero, frío pero complaciente en la cadencia con que proyectaba sus brumas, dejando al astro rey operar a sus anchas más de lo acostumbrado. Caitlin hablaba con fervor sobre el hombre que los ingleses atraparon y ajusticiaron en aquel mismo lugar en donde ahora se encontraban: “Wolf Tone”: líder político, fundador de los “United Irishmen”, y padre del republicanismo irlandés. Que buscó incansable, a través de las vías administrativas primero, y luego mediante la lucha armada, la reforma parlamentaria y la expulsión de la monarquía británica, para fundar la República Independiente de Irlanda. <<Incluso ahora>>, dijo Caitlin, casi dos siglos después de su ejecución, <<ella podía sentir el peso de su aura paseando por las calles de la ciudad, sobrevolando el aire que respiraban>>. La estela de su heroicidad, sus profundas convicciones, se habían perpetuado hasta el presente día en los grupos de liberación juvenil: los “Irish Youngers”, que lo adoptaron de forma icónica, un símbolo de la lucha del pueblo irlandés contra la opresión.

Narciso podía sentir todo el ardor y la fe de la mujer a su lado, que casi no había alcanzado la treintena y, sin embargo, disponía de una cultura y un saber popular casi deontológico sobre la historia de su país y de su lucha a través de los siglos, propios de alguien que la doblara en edad. Él la atendía maravillado, el amor y el fuego irlandés corriendo por sus venas, últimamente frías y apartadas de los pulsos vitales. Abandonadas por su cinismo creciente sobre todas las materias relacionadas con el ser humano. Alejado a mil kilómetros de cualquier sentimentalismo, salvo el cada vez más escaso, permitido por sus horas lúdicas en las bibliotecas de Madrid: alimentado por los libros, compañeros leales de toda una vida, que confiaba, no le fallarían nunca, aferrado a ellos como única realidad necesaria, o al menos resistirían el tiempo necesario hasta su desaparición de la tierra.

Caitlin lo llevó a un pequeño establecimiento donde se servían salazones y ahumados, que ellos acompañaron con una cerveza negra, espesa y caliente, y un queso de oveja muy rico que se clavaba en la garganta como una lija y que dejaba un regusto entre amargo y dulzón que combinaba a la perfección con la malta oscura que estaban bebiendo. El local estaba construido sobre un basamento de piedra de granito alzado sobre la calle a unos diez metros sobre el nivel del lago, y desde donde podía verse una espléndida panorámica de éste. Narciso contemplaba a Caitlin extasiado. Leía el movimiento rítmico de sus labios al contar para él toda una serie de anécdotas relacionadas con la localidad y la región en que se enclavaba, y notaba que, algo en sus adentros se desprendía bajo el influjo hechizador de aquella gacela de los valles: éste unicornio parecía haber ahuyentado ese

temor defensivo que siempre portaba con él, dejándolo a merced de sus sentimientos. Un lujo que no recordaba haber tomado prestado desde hacía unos veinte años. Esto le produjo cierto azoramiento que no sabía si podría controlar de forma óptima, así que decidió abandonarse a él. <<De todos modos>>, pensó, <<la resistencia habría sido inútil >>.

Comió por tres hombres y trasegó dos litros de cerveza, jarra tras jarra, amparado en aquella preciosa sonrisa. Más tarde, tomaron el coche y Caitlin lo guió hacia el norte de la península de Fanad, hasta Fanad Head, para mostrarle el famoso faro. Durante el trayecto, Narciso tuvo que detenerse a un lado de la carretera, ocultándose a la vista de los conductores en un pequeño camino de campo para hacerle el amor. Los dedos ágiles de Caitlin los habían conducido, como un flautista de Hamelin conspicuo, hacia los bosques, para un escarceo rápido y violento.

Cuando alcanzaron la zona norte sobre el lago Swilly, la noche cerraba sobre ellos poco a poco pero sin detenerse, como si quisiera ser contemplada mientras se acostaba sobre el horizonte. Desde el interior del coche y tapados con una manta, acurrucados uno en brazos del otro, podían ver la línea negra descender metro a metro, como una cortina de la que algún gigante somnoliento tirara hacia abajo, cerrando las ventanas del cielo para irse a dormir.

Narciso alcanzó a comprender, con exactitud dolorosa por su precisión bajo el peso del alma que se abandonaba a él −y que, a partir de ese momento sería una con la suya-, todo el complejo y completo significado de la vida: Las arterias y las vísceras y la carne viva, el paso de las estaciones y el profundo olvido de la muerte que llegaría, que ya había llegado, pues nunca se marchó; del amor y la felicidad, la insensatez del abandono, fuera del control de uno mismo; la perpetuación del caos y el enigma incansable, las quebradas oscuras del lamento por la perdida y el aullido de la naturaleza salvaje de su interior; el clamor y el rumor de los valles, la caza del hombre desde sus orígenes, la búsqueda de uno mismo, cazador y presa a un tiempo; y comprendió de una vez quién era: alcanzó la sabiduría que aúna a un hombre con su destino, con franca disposición, y, una alegría y una tristeza insondables golpearon con fuerza todo su organismo. El circulo se había completado. La búsqueda había concluido. Ahora, sólo le restaba caminar la senda que se abría ante él, diáfana como una mañana de primavera y segura como la muerte; cálida como la vida cuando se reconocen sus designios y se revelan sus arcanos. Y, entonces, abrazó con fuerza a Caitlin; una fuerza primordial, nacida del temor y la certeza.

Las luces del faro de Fanad Head aguijoneaban a ráfagas la superficie líquida del Swilly, un Prometeo blanco y marino de rotunda fisonomía, construido en el promontorio de riscos afilados, sobre la entrada del lago. A los pies del embarcadero, bajo la línea de piedra de la construcción, el alma de luz intermitente alumbraba desde su cúpula, como una luciérnaga incandescente en la noche, algunas embarcaciones de vela, barcas de pesca de corta eslora que se mecían dormidas, ancladas bajo aquel cielo protector.

Regresaron al hotel ya de noche profunda, pero antes, compraron en el pueblo unos bocadillos y algunas cervezas de lata para compartir en la habitación. Extenuados tras un segundo asalto amoroso, fervientes creyentes en la capacidad de sus cuerpos para encontrar recovecos ocultos y secretos placeres, ya no distinguían una piel de otra, un sabor de otro, los sudores y los alientos mezclados bajo aquella lenta agonía, sembrando estertores quebrados por toda su anatomía, un perfecto géminis enamorado. La luz selenita entraba por las ventanas y acariciaba la colcha de la cama. Debían de ser las cuatro de la mañana. Ellos, en estado de perpetuo insomnio, reos de su amor, permanecían en un silencio –contando latidos y respiraciones–, que sólo rompían en ocasiones.

–Princesa –dijo Narciso, y su voz llevaba adosado un roce gutural desconocido, como de terciopelo interrumpido–, necesito que sepas algo. Tengo algo que contarte y no puedo esperar más tiempo para hacerlo.

Caitlin permanecía callada, la cabeza apoyada en el pecho de Narciso.

–Quiero que sepas cual ha sido el motivo exacto de mi viaje. Pero antes, debo decirte que no sabía que esto iba a ocurrir. No sabía que me enamoraría de mi encargo –dijo, irónico– de una forma como nunca antes había sentido.

Ella apretó su rostro contra el cuerpo de su amante y él la estrechó con fuerza.

–Tampoco sabía –continuó Narciso–, que a través de ti, de tu familia, llegaría a engancharme a vuestra rebelión, en esta locura en la que me prometí a mí mismo, hace mucho tiempo, no volver a tomar parte. Entonces, frenó unos segundos su confesión.

–Antes de continuar necesito que me cuentes cómo murió Sean.

Narciso pudo notar en la oscuridad de la habitación cómo Caitlin detenía su respiración, y aguardó, dándole tiempo para contestar.

–Sean era un gran hombre –dijo Caitlin, con una fuerza inusitada en su voz–, pero hacia el final de sus días, antes de encontrar la muerte, cometió algunos errores con los que no estaba dispuesto…, no soportaba compartir su vida. De algún modo se volvió menos precavido, perdiendo precisión en sus actos, abandonándose a un destino que no podía acabar de otra manera. Sabes que Sean se unió al PROVOS, el IRA provisional que en el sesentainueve se escindió del IRA oficial para continuar con la lucha armada, boicoteando algunos "alto el fuego" firmados por ellos con los británicos. Esto creó una tensión creciente dentro del Sinn Féin, y las cúpulas de mando cambiaron de manos con rapidez; incluso se hicieron ajusticiamientos extraoficiales cuando los creyeron necesarios. Un año más tarde, Sean se unió a un grupo clandestino, un puñado de patriotas fanáticos, demasiado jóvenes, demasiado ansiosos. Se llamaban…, se llaman: "Armagh Republican Action Force"; y perpetraban las acciones de guerrilla e infiltración que nadie más quería ejecutar. Por así decirlo, ellos sacaban toda la basura, hacían todo el trabajo sucio: extorsión, asesinato, secuestro de oficiales enemigos. Eran la versión más extrema del IRA combativo. Cuando comenzaron sus actividades no tardaron mucho en crearse una leyenda negra. La gente los temía. Incluso algunos sectores católicos clamaban en las reuniones del partido republicano por su disolución. Pronto se encontraron en un pasillo estrecho, sin salida posible; sólo un camino, un túnel oscuro ante ellos. no había luz al final de ese camino, y, en los últimos meses, todo lo que hacían se les iba de las manos. En un momento dado hasta yo comencé a temerle. Estaba diferente, raro. Un odio acérrimo atrapaba cada uno de sus actos, sus decisiones ya no eran calculadas, propias de la estrategia fría y planificada de un militar, sólo hablaba de matar. Se había convertido en aquello que más odiaba, y se aborrecía por ello.

Caitlin tuvo que callar unos segundos. Narcís permanecía en silencio, acumulando su angustia, acariciando el hombro de la chica y dejando que ella se desahogara a su ritmo.

–El IRA ha pasado por momentos muy duros en cuanto a pertrechos militares se refiere –continuó Caitlin–. Mantener una revolución armada en el tiempo tiene unos costes altísimos, y no sólo morales y físicos. Algunos industriales pertenecientes a la burguesía católica acomodada nos han estado ayudando desde el principio, pero cuando se recrudecieron los atentados y comenzó la escalada de violencia en los setenta, comenzaron a retirar su ayuda, alegando que no querían verse mezclados en aquella vorágine. Alguno de ellos continuó inyectando dinero al partido, pero no fue suficiente. Además, por aquel entonces, los lealistas del Ulster, unidos bajo el "Ulster Volunteer Force", recibían apoyo armamentístico de Sudáfrica y del gobierno británico de forma clandestina. Agobiados, presionados por la acechante sombra del grupo de Sean, comenzaron una lenta matanza de nacionalistas

católicos. Al principio sólo eran objetivos políticos y militares; pronto, continuaron su masacre en las calles, asesinando y torturando a civiles sospechosos de pertenecer al IRA o al Sinn Fèin, su brazo político, e inaugurando una guerra de guerrillas sin precedentes, despiadada, que derivó en unidades locales de vigilancia urbana en los barrios católicos, y que alcanzó su apoteosis de locura el día que Sean y un grupo de hombres del ARAF asesinaron –como represalia por la captura y posterior tortura de varios civiles del Bogside- a diez trabajadores protestantes, en lo que la prensa sensacionalista dio en llamar "la masacre de Kingsmill".

Calló durante unos segundos, y luego dijo, con mucha rabia contenida en su súplica: si pudiera, acabaría con todos esos hijos de perra. Necesitó incorporarse sobre la cama y tomar algo más de aire, estaba empapada en sudor. Corrió a la ventana y la abrió de par en par, dejando al aire gélido del lago penetrar en la habitación. Narciso la oyó llorar sordamente y se levantó para taparla con la manta.

–Ssst, ya está cariño –le dijo Narciso, consolador, mientras la abrazaba con fuerza por la espalda y apoyaba la cabeza en su hombro–. Ya sé que es horrible. Pero ahora ya estas lejos de todo eso. Estamos los dos aquí, bajo esta luna preciosa que ha encendido todas sus luces para nosotros –y acarició sus mejillas, retirando alguna de sus lágrimas con el índice mientras la besaba en la sien con ternura–. Sé cómo te sientes. También era mi hermano –dijo, sincero–; pero créeme Caitlin, matar no ayuda. Si acaso, alivia unos segundos el peso que llevas dentro, aligerándolo para luego añadir más carga de la que transportabas, como si una mano fuerte y oscura tirara hacia abajo de esa mochila. Tú tienes suerte –continuó Narciso–, nunca has tenido que hacerlo.

-¿Y tú, cómo lo sabes? –le dijo ella, la luna alumbrando la mitad de su cara mientras miraba a Narciso por encima del hombro.

–Hay cosas que un hombre como yo siempre sabe –dijo Narciso, rotundo, y la giró para besarla con fuerza al tiempo que la tomaba en sus brazos y la llevaba de vuelta a la cama.

Por ahora era suficiente. No quería agobiarla más. La quería demasiado. Más tarde obtendría el resto de información de la persona adecuada. Se quedó bocarriba el resto de la noche, mirando las vigas de madera del techo, velando el sueño del ángel a su izquierda. Una persona a la que creía haber dejado en la carretera unos días atrás en España, llamaba ahora a su puerta: el inquilino negro de sus noches aceradas tomaba de nuevo cuerpo en su interior, y no le gustaba nada esa sensación. Caitlin había quedado profundamente dormida sobre su regazo. Bajo el calor de ese aliento sobre su vientre, Narciso Saugnier saludaba a Narcís Salcedo, y, un regusto

amargo y ferruginoso invadió su boca de repente.

Dos días después del orgiástico oasis de Rathmullan regresaron a Derry. Narciso, atrapado bajo el peso de una determinación que había fraguado en una sola noche, se encaminó a casa de Liam en cuanto llegaron a la ciudad. Éste estaba al tanto del viaje, tal como Caitlin le había dicho, y lo recibió con una sonrisa de viejo camarada, cómplice y familiar. Lo que el líder republicano no esperaba, esa fría tarde de enero frente al fuego de la chimenea de piedra en su salón, era la tempestad en forma de venganza, amor y promesas de honor -un caldo de peligrosos ingredientes-, que se cernía sobre él.

Narciso, sentado junto al calor del hogar, fue directamente al grano:

–Quiero que me escuches con atención Liam. Lo que ha ocurrido este fin de semana ha cambiado mi vida por completo. Algo, antes incluso de enamorarme de Caitlin, desde que llegué aquí hace tres semanas, ha despertado dentro de mí.

Liam le observaba en silencio, las manos cruzadas en su regazo, como un psicoanalista maduro y orgulloso de leer con claridad el alma de su paciente.

–Bien, no estoy seguro de si esto llevaba tiempo aguardando para salir –continuó Narciso– o tiene algo que ver con la ciudad y sus gentes, con el país. He llegado a pensar que me habíais sometido a un embrujo, una especie de abducción hacia la causa independentista, aderezado de un poco de chantaje emocional, algo de cariño y un toque de lealtad. No sé si llamarlo demagogia utilitaria o qué otra cosa. Sin embargo, sé de sobras, que tus sentimientos hacia mí son sinceros. Y tras quitar la paja de mis reflexiones he considerado que todo eso no son más que excusas en mi mente para no aceptar la realidad aplastante: siempre seré un soldado. De algún u otro modo, todos los pasajes que tomo conducen inexorablemente al mismo arquetipo: el lobo solitario idealista, en busca de una causa perdida, de un amor imposible. Angustiado por una pérdida pasada, en pos de una victoria que sabe no hallará. Convencido de la inutilidad de su vida, pero amparado en esa búsqueda eterna –paró unos segundos, y continuó–: –Aquí me he encontrado de verdad por primera vez. Cuando llegué, hacía años que no veía la luz del día. En Madrid, me limitaba a malvivir la noche, secuenciándola en capítulos de mal gusto y ocultándome a los días. Sobrevivía realizando “trabajos” de los que uno no se sentiría muy orgulloso, y…

–Todos los hombres con fuerza pasan por esas etapas, cometen ese tipo de errores. Cuanto mayor la certidumbre y la fuerza impulsora, tanto más la zozobra que la sigue. Todos los hombres fuertes, los hombres que aceptan que un día morirán, Narcís –le aclaró Liam, interrumpiéndolo.

–…Sólo al bajar del avión en Escocia, a través de los campos, una vez a bordo del ferry, el otro día en Rathmullan, he sido capaz de sentir mi identidad real, libre de cualquier prejuicio. Sólo guiada por mis impulsos naturales y lejos de toda reflexión analítica, lejos de toda estupidez humana. Cerca del influjo animal, salvaje, y me he dejado poseer por él, me he abandonado a esa certeza y no sabes lo bien que me siento. He encontrado junto a ella (Caitlin o la certeza, Liam no pudo precisar a cual de ambas se refería bajo aquella sutil declaración), un destino que quisiera haber programado para mí hace tiempo. He luchado por dinero. A veces un sueldo oficial, y otras, tributos mercenarios, lo mismo da. He luchado por una causa que creía justa en un país que no era el mío, y en una guerra descarnada que no comprendía. En la que no pude hacer nada por mejorar la situación de aquellos por los que supuestamente luchaba. Tras esa guerra me sumí en una oscuridad pesada, que podía respirar, tocar y masticar, y que me alejaba del ser humano cada vez más.

>>Me convertí en un escéptico sobre la vida, un misántropo convencido. Ésta ya no me interesaba en absoluto. Me refugié en el alcohol y la noche. No soportaba tratar con nadie, cada vez más apartado de la realidad, pero al mismo tiempo más sumergido en ella. Me conducía como un zombi. Creo que lo único que me capacitaba entonces para continuar, era esa especie de piloto automático que adquieres en el ejército; un sistema autónomo de supervivencia que hace que puedas levantarte cada día sin preguntar, sin objetivos definidos, sin intenciones de ningún tipo. Y lejos del amor por la vida que aprendiste en las novelas de adolescente, lejos del amor que quizá experimentaste alguna vez, y que ahora no sabes si fue real o imaginario, tanto tiempo hace ya de él.

>> Sólo sé, y no importa nada más en este momento, que todo ese camino, esas vidas que he vivido y he muerto, que he amado y sufrido, me han conducido hasta aquí, este espejo que refleja por primera vez mi yo auténtico. Por fin veo el rostro de Narciso Álvarez de Sotomayor y Saugnier y Salcedo.

–Liam lo escuchaba, perdido y maravillado en la verborrea confesional del español, acompañando los pensamientos de éste, analizando cada giro de aquella declamación redentora, y asintiendo levemente, imperceptiblemente, a cada tres o cuatro frases.

−Necesitaba contarte esto –continuó−, porque tengo que decirte también, que es aquí donde quiero volcar esa identidad. Quiero ayudaros. Como sea, como pueda.

−A Finn le alegrará oír eso –dijo Liam, en tono orgulloso y paternal, y saliendo al fin de su silencio−. Ha llegado a tomarte verdadero aprecio.

−Pero, a cambio quiero pedirte algo –le interrumpió Narciso−. Junto a todo este influjo benigno, ha sobrevenido también una desazón tremenda que me gustaría poder erradicar, pero temo que me es imposible. Caitlin me contó los sucesos que condujeron a la muerte de Sean. Pero me dejó a medias, no pudo o no quiso continuar la historia. ¿ Me entiendes, verdad? −y dejó caer la pregunta con una mirada en la que se podía leer la promesa de la venganza, la impotencia momentánea por el castigo que aún no se ha ejecutado y debe ser satisfecho a toda costa. No permitió a Liam, siquiera unos segundos para madurar la respuesta.

−A cambio de esa información, yo me comprometo a entregaros una cantidad de dinero para que dispongáis de él como mejor os parezca. Una generosa cantidad. No quiero preguntas, ni habrá respuestas. Lo tendrás aquí en dos meses máximo, a contar desde ahora mismo. Luego, me darás tu beneplácito cuando decida regresar a España llevando a Caitlin conmigo y me ayudarás a sacarla de Irlanda. Sé que ese es tu deseo, pero si ahora me das la mano, si te comprometes conmigo, sé que no darás marcha atrás.

Diciendo esto, Narciso lanzó su brazo en medio del salón, ofreciendo su fuerte mano abierta al jefe irlandés. Liam, sobrecogido por la sorpresa y seguro de la franqueza en las palabras de hierro del español, se levantó del sofá y estrechó con un apretón atómico la mano de Narciso mientras clavaba sus duros ojos en él. <<Alea jacta est>>, dijo el irlandés.

5. Intermezzo parisino

La luz de París seguía ofreciéndole el mismo tipo de consuelo reconfortante que veinte años atrás. Sin embargo, su cielo de enero estaba abierto ante sus ojos a cualquier posibilidad dañina frente al recuerdo.

Había pasado media vida alejado del rumor enamorado de aquellas calles, de sus avenidas literarias, soñadas por cientos de amantes lascivos de su estructura, esa geometría perfecta para el alma, de diseño genesíaco, capaz de atrapar toda la luz posible del mundo, ciudad de ciudades. Pero, horas después de abandonar el aeropuerto de Orly y sumergirse de lleno en los Elíseos, ese miedo a la evocación que poseía el nombre de una mujer seguía ocupando parte de su equipaje. Aunque, era cierto, que en esta ocasión disponía de un blindaje a prueba de todo daño sentimental, que era también el nombre de otra mujer, y que estaba seguro le sería suficiente protección una vez sincronizara de nuevo con aquella ciudad que le vio crecer como hombre.

El motivo que lo había regresado a Francia era uno muy distinto, no obstante, al que su pulso sentimental comenzaba a despertar en él. Había decidido vender la propiedad heredada de su abuela materna. Hacía años, había recibido ofertas de varias compañías hoteleras interesadas en comprar los terrenos del antiguo caserón de los Saugnier, el precioso chateau situado en el distrito de Vincennes, para unas instalaciones turísticas de estilo rural; pero una nostalgia extraña que nunca había creído poseer se interpuso en aquellas ocasiones a la transacción. Una nostalgia mezcla de respeto por el apellido de su abuela, aquella señora magnífica, y un miedo latente a perder la conexión invisible que creía tener en esa mansión con todo lo sucedido en el pasado. Un nexo místico que aún no había cerrado esperando a ser clausurado, investigado en lugar de esquivado, y del que ahora se sentía liberado, aunque quizá no del todo, o no todo lo que a él le hubiera gustado, y que apareció de repente –algo esperado-, una vez pisó París.

Para un hombre de su catadura, de todo o nada, acostumbrado a terminar aquello que comenzaba, aquel período de su vida se abría como un abismo negro en el centro que hasta ese momento había podido eludir pero que ahora regresaba una vez más en manos del destino inmóvil –el que uno busca y propone-, para avisarle de que esa etapa, incluso tras media vida alejada de ella, aún no había concluido. Ese pensamiento lo atormentaba, creciendo poco a poco, inexorable a cada paso parisino, en lamentos cadenciosos bajo los árboles de los paseos, en los crujidos latentes de los

adoquines sobre los bulevares, sentado junto a él a la mesa en los bistró, como si cuanto más intentara tomar distancia de aquel recuerdo, más empujara éste, redoblando esfuerzos, venciendo su voluntad de olvido. Debía de acallar esas voces del pasado, que incluso a miles de kilómetros de allí, le hablaban en ocasiones desde las botellas con voces de alcohol madrileñas, cientos de ellas, que habían consumido sus días habitando sus noches, mitad Madrid, mitad París, ninguna de las dos, sólo un pozo frío entre metálicas y altas paredes.

A la mañana siguiente de su llegada se dirigió a las oficinas donde el notario, albacea testamentario de su abuela, tenía el bufete, y le dio las instrucciones pertinentes para la venta de la propiedad y las disposiciones económicas. Más tarde se sentó en un café pequeñito junto al Sena, a la altura del Pont Marie, y reparó en la idea de que desde su llegada a París no había extrañado a Caitlin, y ahora, ese recuerdo invadía su mañana por entero. Era una sensación reconfortante y salvadora. Necesitar a alguien a quien se conoce y espera ansioso nuestra llegada. <<Todo el mundo debería sentir esa clase de nostalgia alguna vez. Incluso provocarla si es preciso>>, pensó Narciso.

No obstante, antes debía solucionar, tratar de frenar los movimientos involuntarios que su subconsciente realizaba conduciéndolo siempre hacia el mismo callejón sin salida, incapaz de entregarse del todo a una persona.

Aquel enero parisino era ese momento, aquí y ahora, y se dispuso a encontrar. Fuera lo que fuese, le gustase o no lo que iba a hallar.

Un par de días después de sobrepasada la habitual aclimatación geográfica –y, aunque es cierto que nunca le afectó demasiado, acostumbrado como estaba al tránsito aéreo–, se decidió a poner manos a la obra. Pero, antes de disponerse a la búsqueda de aquel sinsentido que llevaba agarrado veinte años a una parte infinitesimal de sus entrañas, un pedacito de víscera incómodo y fatal a sus digestiones, quiso prometerse a sí mismo, que si, en dos, tres semanas a lo sumo, no alcanzaba una conclusión satisfactoria, abandonaría aquella persecución insensata para siempre. Si bien, en aquel instante no se sentía capaz de asegurar que olvidaría del todo a Avril –pensar siquiera en pronunciar su nombre atraía el dolor a su lado–, y, a lo sumo, convocando fuerzas extremas, podría exiliarla en algún rincón del trastero junto a otros cruces de caminos que no llegó a transitar del todo.

Ahora estaba preparado. Tras el juramento, se formó en su mente, como siempre hacía cuando le encargaban algún trabajo de búsqueda en Madrid, un plano guía: una serie de cruces, flechas y nombres anotados sin un

orden lógico salvo para él en el papel etéreo de su prodigiosa memoria. Su capacidad innata de recreación visual, de aprehensión de los paisajes y las calles –calculando con minimal precisión cada fugaz detalle-, le concedía un don utilitario de fácil acceso que utilizaba con un amplio margen de éxito en su desempeño laboral: podía, esforzándose un poco, rememorar texturas y olores, fechas exactas y condiciones climatológicas del día en cuestión. En cuanto a las personas, era capaz de precisar los estados de ánimo sobre las caras, vestimenta y edades de un amplio número de parroquianos que en el momento del recuerdo en cuestión se hallaran presentes en la escena.

Era algo "Holmiano", cómo a él le gustaba nombrar a su don; algo real y mágico a un tiempo, de precisión matemática y toques de locura genial, que en su calidoscopio cerebral venían a unirse de forma magistral, proporcionándole una enorme base de datos vitales –una paleta de colores cubistas, si se quiere- a los que sólo él podía acceder.

<<Cuánto dinero ahorrado en papel y tinta, en casettes para grabaciones, cuanta discreción para con mis clientes>>, pensó Narciso, animado de una jocosidad jactanciosa.

En aquel orden caótico revelado por él como el camino a seguir, sus primeros pasos le condujeron hasta las cocinas de los diversos restaurantes que habían degustado en sus días de amor sin fin. Cada local y cada aroma, traían a su recuerdo el seco golpe de la certeza. En forma de vapores pulsátiles que atrapaban sus evocaciones nasales, desgranaba la cuenta atrás, visitando emociones y momentos compartidos con aquella mujer misteriosa de su juventud.

Ahora, bajo su perspicacia cuarentona, Avril se le antojaba más cercana que nunca, creyendo entender sus motivos de entonces para actuar como lo hizo, dejándolo estacionado sobre aquel lago glaciado de sus venas, en aquel invierno parisino que comenzaba ahora a repetirse en pequeñas fracciones de tiempo a medida ahondaba en la investigación.

Chezz Ruffino le deparó, si no suerte, algo de nostalgia aderezada de albahaca. Pero no una nostalgia propia del recuerdo que le ocupaba. Por el contrario, era ésta, una nostalgia pura sobre París, un París que nunca conoció salvo enmarcado en las sonrisas y los perfiles dionisíacos de su amante, y, que, ahora, se mostraba ante sus sentidos sin un ápice de la burla sensorial y los afeites que acaecen a los enamorados cuando contemplan juntos cualquier cosa. Ésta nueva ciudad se abría virgen de nuevo para él, para su único gozo, y amparado en éste descubrimiento, Narciso comenzó a jugar sus dados de

lotería averiguadora en una mesa que incluso resultó ser peligrosamente atractiva.

<<La noche de la bohemia parisina. Qué dulce decadencia>>. Sobre el pequeño escenario de madera roja y apolillada de mil usos se debatían dos húsares, hombre y mujer disfrazada con bigote, enfrentando chelo y violín contra un público ausente y dipsómano que buceaba entre sus manos buscando los trozos de pizza fresca cuya fama los había atraído hasta ese apartado rincón de la ciudad. Era un espectáculo a medio camino entre el vodevil y el burlesque rancio, que, sin embargo, produjo en Narciso un acuciante deseo de hembra, seguramente propiciado por el guiño sutil y verde que la dama bigotuda proyectó sobre él antes de abandonar el escenario.

El Sena era, a esas horas donde los sueños bailan el alcohol, una serpiente oscura y dormida que respiraba sus flancos contra los diques de piedra del paseo. Antes de salir del local, Narciso había interrogado al cocinero, el único trabajador del italiano que seguía allí, algo más gordo y cano tras veinte años de pasta en sus entrañas. Nada. No sabía nada. Siquiera recordaba a la chica o a él o, puestos a recordar, algo que mereciera la pena de su vida entre dos hornos, tal era el cansancio que pudo leer en su cara mientras lo tanteaba de forma amistosa. Le dejó una tarjeta del hotel donde se hospedaba, por si en esos días alguna chica que casara con la descripción aparecía por allí, y se ocupó en dispensarle una buena propina, de esas que no se olvidan fácilmente. Ahora meditaba, taciturno, sobre las ironías de la vida, de pie sobre el borde de agua del río que yacía a sus pies, revelador y misterioso a un tiempo. Miró sobre su hombro, de medio lado, y se despidió para siempre de aquel ángulo de la ciudad. <<¿Para siempre? >>, se interrogó. <<Sí, para siempre. Aunque nada lo es, salvo la negra muerte. El alcohol te hace desvariar, Narciso>>, se dijo entre dientes, en un tono que le pareció excesivamente almibarado para la hora. <<Aún no has ingerido la cuota suficiente para alcanzar estas reflexiones, Narciso>>, continuó en su soliloquio callejero. <<Debes de estar haciéndote viejo, amigo>>.

La ruta planeada para esa noche le reservaba dos o tres paradas más, pero en un intento de zafarse a la precisión de sus registros para el día, saltó a la torera la siguiente dirección: un cine-teatro antiguo de fachada modernista que se reabrió en 1953, tras su clausura durante la ocupación alemana de la ciudad, y al que a ella le encantaba arrastrarlo los fines de semana. En aquel gigantesco baúl de madera y cortinas de terciopelo rojo, aposentaban sus traseros enamorados en un fútil intento de ver la película proyectada ese día. Normalmente producciones francesas en blanco y negro y versión original sin subtítulos –toda la savia de la Nouvele Vague, a la que aprendió a aficionarse entre los besos y las caricias de su chica–, que guardaba en el recuerdo tras unas paredes de cristal muy delgadas, en donde, tras la proyección, se sumían

en el lamento rugiente de sus cuerpos, abrazados a su voracidad, cómplices y prisioneros a un tiempo de su carne.

Después de tomar el pulso narrativo a los posibles testigos que de su amor juvenil pudieran quedar por sus frecuentables, se dirigió al hotel sin nada que poner en claro. Un motel de ínfima categoría, de esos que se amontonan en las periferias de las ciudades formando auténticas pedanías de pladur y aglomerado, sombras largas de su propia miseria. Lo suficientemente cercanos a ellas, a las ciudades, pero a salvo de miradas y sonidos humanos incómodos. Sólo interrumpidos en su vulgar cotidianeidad y aparente abandono por el ruido de los camiones de paso por las carreteras junto a las que están siempre construidos.

Había elegido apartarse del centro de París como medida preventiva. <<El sabueso debe olisquear con fruición el lugar del crimen, pero luego debe retirarse a una distancia prudencial para poder observarlo todo desde un prisma diferente>>; era uno de sus axiomas detectivescos favorito. A la mañana siguiente debía abandonar la ciudad y bucear en los barrios del extrarradio, internándose en los campos. Era el plan trazado: en una intermitencia autoimpuesta, saldría y entraría de París, un día sí y dos no, abarcando todo el territorio posible en su mente.

Quizá, la noche anterior no había sido tan parca y le había regalado una pequeña pista que, en ese momento, bajo los efectos del bourbon, no alcanzó a descifrar. Ahora, fuera de la resaca, tras una ducha y media docena de croissants calientes mojados en el café del bar del motel, acababa de encajar la única pieza de que disponía en el puzle esquivo que llevaba días intentando montar: unas horas antes de irse a dormir aquella noche se había detenido a tomar la última copa –muy lejos aún de su límite acostumbrado- en un garito de Pigalle, que de forma curiosa, no era parte habitual en sus rutas de aquellos tiempos. Quizá hubieran estado en él un par de ocasiones a lo sumo. Sentado a la mesa del buffet del hotel, recordaba con esfuerzo la foto que sobre el marco de uno de los espejos del bar había llamado su atención: era un local de alterne nocturno, un despacho de "carne" al uso, con una decoración recargada de tintes étnicos que pretendía rememorar un bazar de Estambul. El ambiente era sórdido, alejado de esa otra sordidez de rancio abolengo –pero con cierto encanto- que descansaba en otros locales de París, y que era exclusiva de los parisinos de "la Boheme", artistas de todo pelaje que transitaban las fronteras del fracaso por sus aledaños. A primera vista no le dio demasiada importancia. La chica de la foto, de unos cuarenta años, atractiva, y con lo que a él le pareció un semblante poblado de cierta nostalgia desvaída y un mucho de abatimiento -un halo no demasiado evidente de hastío

existencial en la expresión del rostro-, le resultaba extrañamente familiar y cercana bajo el exceso de maquillaje. Pero en ese momento, y bajo aquella luz sucia y difusa que arañaba las caras dentro del garito, no pudo precisar la fuente de la que emanaba dicha apreciación.

Tomó tres o cuatro copas, y aligeró algo de peso en su cabeza preguntando al barman, un tipo cariacontecido, árabe por más señas, de cuerpo cuadrado y grande como una cómoda, que lo miraba a ráfagas aviesas de tanto en tanto. Lo único que pudo averiguar sobre la fotografía, fue que la chica, la mujer, ya no trabajaba allí. Antes, hacía unos años, había ejercido como bailarina ligera de ropa y camarera ayudante a la lascivia de los parroquianos –como la definió líricamente el mastodonte de rasgos corvinos que presidía la barra–, en su mayor parte hombres, y alguna que otra enamorada de la piel femenina que dejaban caer por allí sus vidas solitarias. Pero esos eran otros tiempos, cuando el tugurio podía permitirse pagar su sueldo y los visitantes eran pródigos con las propinas que lo completaban. Después, todo había comenzado a cubrirse con una pátina de decadencia económica que alcanzaba incluso a los vicios, algo para lo que el hombre siempre ha dispuesto de un fondo de emergencia.

Ya no paraba por allí. Nunca. Y el turco fachendoso le había soltado su nombre tras un tira y afloja con francos de por medio. Se llamaba Flore, y por la cara que puso el tipo luego de escupir su nombre, debía de seguir enamorado de ella. Narciso intentó sonsacarle algo más de información sobre su paradero, pero su instinto profesional le advirtió que aquel moreno de cara patibularia no le contaría nada más. Al menos esa noche. Cuando abandonó el local sabía a ciencia cierta, como saben los perros callejeros dónde está la comida, que el tipo le mentía, y creía saber por qué.

Hasta esa mañana, tras dar cuenta del desayuno sentado en el minibar de fría decoración –con aspiraciones minimalistas del gusto más cutre y muebles adquiridos en saldos de baratillo–, no pudo precisar el interés mostrado por aquella fotografía, o, quizás, era una forma de protegerse que disponía su mente. Primero le vino la certeza, y ya antes de concretarla en su cabeza, una sacudida eléctrica atravesó su pecho y cruzó por su columna, clavando la imagen ante sus ojos: Avril.

El óxido del recuerdo inundó su boca, y su nariz transformó el aire a su alrededor en un suave rastro de Opium, el perfume con que ella acostumbraba aderezar su cuello. Se hizo una rápida composición de lugares. Su experiencia se sumó a su imaginación, y dispuso en un instante un mapa y un plan de actuación de diáfana lucidez que ejecutaría sin dilatar un segundo más el tiempo. Subió a la habitación saltando los escalones de tres en tres. Aquella acción explosiva que solía seguir a sus frías reflexiones acababa de instalar en

su cuerpo el piloto automático. Nada lo detendría hasta haber alcanzado el objetivo. Y ésta certeza de la que antaño disfrutaba en cierto modo, le producía ahora un temor latente del que no podría desprenderse hasta concluir lo que había comenzado. Una especie de rigor profesional que en lo personal tomaba visos esquizoides.

Reunió con militar minuciosidad el equipaje, y extrajo del doble fondo de la maleta la herramienta que siempre lo acompañaba en sus desplazamientos, adonde quiera que fuese. Se ajustó la funda sobaquera bajo la axila izquierda, comprobó el estado del arma –cargada–, y se enfundó la Colt 45 bajo el abrigo, un tres cuartos especie de parka militar, pero algo más discreto, que solía utilizar cuando iniciaba las funciones nocturnas, sustituyéndola por la americana que vestía de diario. Luego se echó tres cargadores extra al bolsillo y salió de la habitación. Abajo, en recepción, abonó la cuenta en metálico y le pidió a la chica –una morena de formas gozosas que, sin embargo, no había despertado ningún tipo de fervor en él esos días atrás-, que le llamara un taxi. Éste lo dejó unos kilómetros arriba, junto a una boca de metro. Tomó la línea hasta el centro de la ciudad efectuando un par de transbordos. Era notable el cambio producido en los vagones en esos años. Su estructura interior se había modernizado. No obstante, la población de aquel cohete metálico y subterráneo continuaba mezclando intenciones y sentimientos entre sus ocupantes, dispersos pero unidos por aquel olor humano tan peculiar que, según podía precisar su memoria olfativa, no había variado un ápice desde entonces. Si acaso, la indumentaria se había metamorfoseado en un cierto mal gusto imperante que a veces era asaltado por alguna femme correctamente ataviada. Narciso pensó, divagando sobre aquella atípica reflexión sobre la moda, que siempre le habían gustado las mujeres bien vestidas, a ser posible, con cierto aire de señorona de provincias, con medias de costura y calzadas con imposibles tacones de aguja de altísimos “achilles”, un adorno muy apropiado a su fervoroso fetichismo por el pie femenino.

Una vez en el interior de la ciudad, hizo una última visita al despacho del notario que gestionaba sus asuntos patrimoniales, y se aseguró de dejar claro donde debía enviarse el dinero de la venta de la finca. Revisó junto al jurista la cuenta que Liam McDermott le había facilitado: un número que pertenecía a una sucursal de un consorcio de cajas eclesiásticas, propiedad de varios banqueros católicos afines a la causa del IRA. Narciso reservaría una pequeña cantidad de ese capital para ir tirando cuando regresara a Madrid acompañado de Caitlin.

<<¿Cómo estaría su dragón irlandés de ojos de fuego helado, aquel que había matado a San Jorge y producido su epifanía?>> Tras deambular por París esas últimas tres semanas ansiaba su compañía. Ahora, tenía en la punta

de sus dedos algo intangible pero a punto de tacto. Veía con claridad lo que habría de acontecerle en las próximas horas: era una premonición de un tono gris tirando a negro, un fatum ingrávido que no dejaba de hacerle guiños que él trataba de ignorar inútilmente. Su destino era irremediable, no en vano, lo había trazado milimétricamente. No obstante, en aquella ocasión y para variar, una vez dentro del "crossroad", tomaría el camino del centro, la línea recta, una paralela a sus vidas anteriores que notaba, lo distanciaba del último y nuevo puerto a donde lo había navegado su corazón.

Liquidó los asuntos burocráticos y fue caminando hasta la Île de la Cité. Compró un cucurucho de helado y se sentó a saborearlo en un banco de la plaza frente a Notre Dame. De uno de los bolsillos laterales de la maleta junto a él extrajo un dossier amarillo. El sobre que tantos años había permanecido –desde que su abuela se lo confiara antes de morir– en un olvido intermitente; como si, en un acto claramente pueril, alejando su presumible contenido de su conocimiento, hubiera podido salvaguardar algo de la dignidad de su apellido paterno, esconder algo de la humillación de la que los Saugnier habían sido objeto. Ahora ya no importaba: estaba preparado.

Era un sobre gastado en papel cartón, con solapas y una cinta de tela anudada en su frontal. Deshizo el nudo con parsimonia, una especie de gravedad pesada antes de la tormenta, y abrió el sobre, apoyando el contenido en su regazo: entre sus manos se hallaba la infame maldición en forma impresa que había perseguido a las mujeres de su familia a lo largo de tres generaciones, pero comenzando en sentido inverso por la de menor edad, como en una macabra broma genealógica. La primera había sido su madre, Águeda Saugnier. Aquel documento, como un contrato dantesco con el diablo, acabó con sus ganas de vivir, cercenando para siempre con su llegada el delgado cordón que unía su matrimonio, condenado ya al fracaso mucho antes de su aparición. Cómo había llegado a sus manos, formaba parte de ese misterio de familia que nunca fue desvelado del todo por su tía Rosario, segunda afectada que, había recibido el infausto testigo de manos de su cuñada para luego llevárselo con ella a la tumba. En la discreta comunicación epistolar que su tía había mantenido con su abuela, Beatriz Saugnier, Rosario Sotomayor le había desgranado a ésta con cuentagotas, algunos pormenores sobre la procedencia del documento, pero dada las intrincadas y oscuras implicaciones a que éste aludía, siempre mantuvo un tono discreto, sin extenderse demasiado en sus explicaciones. Años más tarde, en aquella fatídica sobremesa a la que habría de seguir la muerte de su abuela, él se haría con la exigua información. A saber: el dossier le había sido enviado a su madre con instrucciones precisas por una antigua amiga de los tiempos del Ferrol que deseaba permanecer en el anonimato –pero que todos los

implicados bajo aquel documento conocían muy bien−. Le fue entregada en mano una mañana, que aquellas mujeres, narradoras de la historia, recordarían muy fría. El emisario era un correo ordinario con órdenes de entrega a una hora y día determinados, coincidentes, curiosamente, con un viaje al Norte que el coronel Álvarez de Sotomayor tenía que realizar para la inauguración de un nuevo cuartel a la que había sido invitado. La llegada de aquel sobre amarillo no alertó en un principio a su madre. Luego, tras la lectura de la plica cerrada con que se adjuntaba el documento, y en la que la anónima firma femenina –de nombre impostado- la apremiaba, advirtiéndola de la delicadeza con que debía llevarse el asunto, dado el peligro que conllevaba dicha información, un escalofrío se hizo dueño de su osamenta y la sumió en un llanto incoercible, de cadencia intermitente, antes ya de abrir el dossier:

Por la presente:

Doy orden, a los jefes destacados en las plazas fuertes, así como a todos aquellos oficiales que, hallándose en el cumplimiento de su deber, detentaran rangos de menor importancia en puestos locales, comarcales o regionales, de que, los citados, con nombres y apellidos en las listas que abajo se adjuntan, y de carácter oficial, sean buscados hasta ser atrapados, entregados a la autoridad competente de la zona si la hubiere, y, en todo caso, cuando el texto así lo especifique, ejecutados sumarialmente en el mismo momento de su captura sin mayor dilación que la prevenida, acusados de alta traición, y crímenes de guerra y lesa humanidad contra la patria.

Éste documento tiene carácter inmediato y será puesto en conocimiento del alto mando a la mayor brevedad posible, como el asunto, de grave importancia para el devenir de España requiere.

Fdo. “El Generalísimo”. General Francisco Franco Bahamonde.

Caudillo de España por la gracia de Dios

A continuación, figuraba el nombre del destinatario de aquella misiva en particular, escrito de puño y letra del Caudillo:

A la atención urgentísima del comandante, D. Fernando Álvarez de Sotomayor, a la sazón, al mando del cuartel general del Ferrol, tercio norte de la Armada.

A seis de Enero de 1938.

En el tercer folio de aquel grueso legajo, comenzaba la lista de la muerte. Aquella orden de suma frialdad que ahora descansaba sobre sus piernas, en una mañana parisina del mismo mes que figuraba al pie del documento, cincuenta años más tarde, como en un circulo vital que acabara de cerrarse, produjo en Narciso el mismo tipo de entumecimiento –si bien atemperado por los años transcurridos− que antaño ejerciera en su madre.

La lista era interminable. Una limpieza en toda regla. Sobre los nombres, escritos a máquina, habían dispuesto algunos signos que indicaban la situación del reo en cuestión, y las disposiciones que debían tomarse con respecto a él: en un jeroglífico despiadado y rutinario, que valoraba vidas humanas en disposición de sus símbolos ortográficos –utilizando asteriscos, interrogaciones y barras separadoras-, todos ellos destinados a facilitar las labores de los verdugos, aquella crónica taquigráfica de muertes anunciadas, despedía toda la fetidez de la injusticia y ponía de manifiesto la fría mano del hombre sobre el hombre.

Narciso continuó leyendo como un autómata, desposeído de su reflexión, hasta que alcanzó un grupo de líneas sobre el texto de aquellos epitafios que habían sido subrayadas a mano con un lápiz de color rojo. Entonces, tras leer la línea numerada con el 525, tuvo que contener las ganas de vomitar, producidas por algo parecido a una impotencia enorme, pero no pudo hacerse con su estómago, y su voluntad, herida de náuseas, desparramó todo su desayuno por el suelo de la plaza. A sus pies, las inminentes lágrimas nublaban la visión de sus jugos gástricos, salteados de croissants y helado aún por digerir. En esa línea del listado aparecía el nombre de su abuelo materno: Pedro Solís Ahumada. Ni sus bienes empresariales, ni el dinero que en los principios del alzamiento destinó a la derecha católica, ni las espléndidas relaciones con la clase militar afín a Franco derivadas de ello, y, que, luego, imbuido de una romántica ética tardía por los débiles –acuciado por una moral devoradora de sus noches insomnes, como le había confesado su abuela a Narciso en alguna ocasión−, derivó hacia los partisanos de la República en un secreto absoluto, manteniendo su juego a dos barajas durante la mayor parte de la guerra, pudieron salvarlo de la quema; del asesinato sistemático que se llevaría a cabo en esos años, como si de una limpieza de sangre del XVII se tratara. Narciso siempre pensó que su abuelo había muerto de cáncer exiliado en Francia, o al menos, eso le contó su abuela. La realidad, tanto más trágica cuanto más épica (aunque la muerte y la podredumbre del cautiverio, aún asumida por ideales de altísima integridad y justicia, sólo se revisten de ese heroísmo estúpido en la mente de los historiadores y de los supervivientes), era que, el asterisco que detentaba al final de su segundo apellido −encaramado como un heraldo negro a la última "a"−, tenía la significación

de cadena perpetua. Su abuelo había sido encarcelado y pudrió sus huesos en un calabozo del penal de Valencia. Esa era la verdad, una muerte lenta y agónica que duró casi treinta años, y, que, en la única carta que Pedro Solís consiguió hacerle llegar a su esposa en París, éste desmenuzaba con unas letras cansadas por el vicio de la aflicción que a Beatriz Saugnier costaron dos mares de lágrimas descifrar del todo.

Todas las posesiones de su abuelo y las empresas ubicadas en España fueron expropiadas por el régimen, salvo aquel piso donde él había pasado su infancia. Narciso volvió unos segundos de fuego a aquella alacena, cuarentaitres años de entendimiento pertrechando su regreso, y comprendió, de una vez y para siempre, aquel rincón oscuro de su memoria. La genealogía de sufridoras, iniciada por su madre y concluida por su abuela, acabó también con la vida de su tía Rosario, sumida en una decepción inabarcable sobre la memoria infame de su amado hermano pequeño que jamás pudo superar.

Levantó el rostro del documento, y tras robar dos profundas bocanadas del aire impresionista e impresionante del cielo de París, que en esa mañana de principios de año parecía prohibir con su belleza cualquier síntoma de desazón a los transeúntes de sus aromas, se dirigió hacia uno de los barandales del puente. Tomó el dossier entre sus manos y lo hizo pedazos poco a poco. Miles de trocitos de papel, confeti para entierros, surcaron el aire unos momentos antes de ir a posarse como una minúscula flota de barquitos blancos sobre las aguas del Sena.

6. Noche de acero

El Renault color beige metalizado que había alquilado en el centro de París circulaba ahora por las vías auxiliares de la periferia urbana camino del cantón de Le Raincy, situado a unos quince kilómetros al este de las puertas de la ciudad. La dirección exacta, Clichy-sous-bois –un banlieve del departamento del Sena-Saint Denis-, la había conseguido dos horas antes, en una visita fugaz al lupanar de Pigalle, la taberna del turco, al que, tras un regalo inicial en forma de menisco triturado y la amenaza de la invalidez total si tenía que volver a verle la cara, había sonsacado eficazmente. Narciso meditaba ahora, sumido en las pequeñas ráfagas de aire nocturno que se colaban por la ventanilla, acerca del miedo humano y sus efectos de indigna paralización sobre los valores fundamentales. Con la presión adecuada hasta el hombre más firme terminaba derrumbándose ante su verdugo, a veces físico, a veces ser etéreo en forma de sentimientos lacerantes y persuasivos que acababan derritiendo sus pilares, conduciéndolo a la entrega de su cordura de forma incondicional. Por fortuna, la última transacción efectuada bajo los auspicios de tal sentimiento había sido breve. Aunque Narciso sabía, que en este caso el turco haría las llamadas oportunas tras su visita. Para cuando llegara a su destino, aquellos con los que iba a encontrarse estarían preparados, y en esta ocasión, la conversación no discurriría de forma tan concisa.

Una fina lluvia comenzaba a golpear el parabrisas del vehículo. La noche, cerrando lentamente sobre los bosques de Bondy expulsaba los últimos retazos de la tarde, que a duras penas intentaba prolongar su estancia, hecha jirones entre las cúpulas de los altos abetos. Aquellos parajes concitaban en el espectador un algo de fantasmal abandono que rápidamente era sustituido por la aparición repentina de un nuevo suburbio de hormigón, con una intermitencia de seis o siete kilómetros, cruel a la imaginación bucólica. Los bosques de Bondy: su abuela le había hablado de ellos. Eran lugar de caza y asueto campestre para la realeza del siglo XVII. Su población, que por entonces no llegaba a las doscientas almas, se había transformado ahora –cuna de siervos de la Revolución Industrial- en una guía de suburbios obreros que se sucedían ad infinitum, ubicados entre los campos.

Enfiló la carretera de entrada a Clichy. A un kilómetro de distancia en línea recta, y recién aparecida ante sus ojos, la población, constituida como muchos otros ghettos en una suerte de cubículos grises y anodinos, se mostraba en la lejanía en la forma de una dentadura de sarro informe

recortada contra el cielo negruzco y sucio. Esta visión produjo una elevación de su acidez estomacal. Rectángulos de miseria, muros de contención para los casi quince mil pobladores, almas en ruina de aquel núcleo de ovnis varados bajo un techo de plomo castigador de ilusiones, en donde la masa obrera pudría sus días, y la delincuencia, excusadora y necesaria para el régimen policial impuesto en los últimos años, deambulaba intenciones por las calles, malévolas de necesidad e inexorables a su condición. El espectáculo era desolador.

<<Nada nuevo bajo el sol>>, pensó Narciso, iniciando una de sus interminables filípicas, monólogos reflexivos para la salvación del mundo. <<Como suele acontecer en las capitales de nuestra Europa occidental, la doble moral y la corrección política de nuestros gobernantes, ayudados de los poderes eclesiásticos en esa burda venta que de la ética y la humana condición hacen, permiten la emigración masiva en busca de votos fáciles, absorbiendo más almas de las que las estructuras centrales pueden sostener. Meses más tarde a la operación “recogida de trabajadores”, “familias buscando una vida digna y honrada más allá de las fronteras”, la realidad acaba imponiéndose: los engranajes laborales y sociales se resienten, la mano de obra se abarata para todos, propios y extraños, instalando a algunos de los desgraciados emprendedores de la “Odisea” en fast-foods, y en puestos y sueldos indignos de diversa consideración, pero siempre amarrados a la miseria, y, por supuesto, sin poder abandonar jamás su condición real y hostil al autóctono (ése, imbuido de no sé qué derechos divinos por nacimiento), al individuo con pedigrí que vive a su lado o encima de él, que le saluda en la calle con una sonrisa hiriente de falsedad, y minutos más tarde lo apuñala en las traseras de su racismo innato y ancestral, quejándose de la invasión de sus calles por aquellos “morenos” y sucios que han venido a robar y a dificultar aún más su comprometida situación laboral. Cuando las arterias llenas de “carroña y suciedad” se saturan al máximo, los mismos burócratas que facilitaron el flujo indiscriminado –como suertes de alguna ONG de la que he olvidado el nombre-, tiran de leyes y urbanismo cívico y direccionan toda esa masa que ya se había mimetizado con el entorno –pero sin mezclarse nunca del todo-, alienándola, ghettizándola hasta la médula en éstos suburbios obreros y desalmados. En este basurero humano almacenan todo el desperdicio flotante que sus hermosas ciudades milenarias no pueden ya demoler, y lo abandonan a su suerte. Lejos pero cerca. Fuera, pero dentro de su control omnipotente. Con licencia para matarse entre ellos siempre que no salpiquen al exterior, mientras todo quede en casa, como suele decirse. Un auténtico campo de concentración y devastación del espíritu de superación humano, sin muros más que los de la miseria>>.

<<A eso le llaman integración estos cerdos>>, dictaminó, terminando con la letanía marxista e inútil que jamás cambiaría nada, incluso aunque el

noventaicinco por ciento de la población pensara como él y estuviera dispuesta a actuar; tal era la fuerza de ese cinco por ciento restante que movía todos los hilos y doblegaba las masas a su antojo. Incluso los suyos, aunque, pensándolo bien, al menos él siempre había tratado de deshilacharlos, jodiéndolos a la primera oportunidad. Lo cual, al final, equivalía a tirarse piedras contra el mismo tejado. Debía limitarse a solventar aquello que estaba a su alcance, aquello para lo que siempre había sido eficaz. Lo demás, por mucho que lo masticaran sus sesos –esa causa humanista impregnada cada vez más, paradójicamente, de una profunda misantropía–, era una batalla perdida de antemano.

La noche se había arrojado sobre la población cuando el Renault, un utilitario de discreto perfil escogido con la intención de no hacerse notar, se adentraba por la avenida principal. Cruzó hasta la dirección que le había facilitado el turco –y recordó a otro turco lejano en el tiempo; parecía que la historia volvía a repetirse– consultando un callejero de difícil comprensión dispuesto en el asiento del copiloto. Detuvo el coche en un ángulo oscuro, al principio de la calle, y miró el reloj del salpicadero. Sus números de fósforo anaranjado daban las 21:35: <<era temprano>>. Dispuso los binoculares a su alcance, reclinó su asiento, y, sin perder de vista la entrada del garito, a unos cien metros de su aparcamiento, se dispuso a esperar. La travesía estaba desierta, y el tiempo, que no acompañaba al paseo de placer, sí que entonaba a la perfección con la triste encarnadura de los gigantes de piedra muerta que acechaban a ambos lados de la calzada. De algún modo, los edificios, como un dominó de fichas en pie y descascarilladas por el uso, taladradas de negras oquedades que tomaban el uso de ventanas en las colmenas de hormigón a su lado, le recordaban ciertas partes del Madrid nictálope al que pronto retornaría.

El tiempo transcurría en aguada letanía. La lluvia se recrudecía y aflojaba por momentos en una cadencia malvada a la que su vista entrenada de militar pronto se habituó. Miró el reloj. Eran las 22:47. Salió del coche y caminó hasta las traseras del local utilizando un callejón de servicio situado en el lateral izquierdo del edificio. Una vez allí, comprobó la entrada de emergencia dando un par de tirones bruscos a la puerta. Estaba cerrada desde el interior, pero seguramente podría forzarla sin dificultad llegado el caso. Miró a su alrededor: ni una sola entrada más al local. Aquella era la única salida, exceptuando la entrada principal. Debían de usarla para sacar la basura y la descarga de mercancías; seguramente, en el interior se encontraría el almacén. La parte de atrás daba a un muro de unos cinco metros de altura, y, junto a él, se amontonaban cajas vacías de bebidas y bolsas de basura de gran tamaño. Narciso pensó que no era probable que el personal entrara por aquella puerta.

Tras la comprobación volvió al coche. Una hora más tarde, exactamente a las 23:50, las luces de neón del rótulo de la entrada encendieron la acera frente a ellas. En rosa neónico e intermitente, las letras -cada una de un metro cuadrado de tamaño- del Moonlight siseaban bajo la lluvia, ahora más suave, con un chisporroteante sonido eléctrico que acompasaba su encendido y apagado.

Narciso aguardó unos veinte minutos, y entonces se abrieron sus puertas. Un portero de smoking, de anchos hombros y cabeza rapada, instalaba dos cordones rojos y un barandal como frontera al interior, a la vez que se guarecía de la lluvia bajo la marquesina. En unos minutos comenzaron a llegar vehículos; diferentes modelos, todos ellos dentro de un rango alto de calidades. Nuevos ricos, pensó.

Frente al local se estacionaron seis coches: un Mercedes del tipo senatorial (el favorito de la mayoría de traficantes árabes de medio pelo), dos BMW, dos Audi (que comenzaban a ganar terreno entre la gente del crimen), y un Porsche, un modelo antiguo del 911 Carrera (éste último le pareció a Narciso un coche con clase). Del convoy descendió una comitiva de dispar sintonía en el vestir: siete chicas, todas ellas con una pinta que apestaba a fulana, con una elegancia sobrecargada y pretenciosa de femme fatal sin alcanzar, bajo todo aquel maquillaje soez y chillón, que no dejaban al pasar más que un halo de profunda tristeza en la mirada de Narciso. Delante de ellas, trajeados de negro brillante, caminaban tres hombres. Los jefes. Tras de las meretrices, cinco tipos robustos de facciones árabes, con un indumento cercano a lo paramilitar. Los guardaespaldas. De los jefes, claro, no de las chicas. Intentó reconocer, antes de salir del coche, si entre ellas se encontraba Avril, pero bajo la oscuridad y la lluvia, que comenzaba a golpear la calle con más fuerza, no pudo precisar rasgo familiar alguno en las mujeres.

Aguardó a que penetraran en el local y arrancó el coche. Pasó por delante de la entrada, ahora guarnecida por dos cancerberos, y llevó el vehículo dos calles más abajo. Se aseguró que estaba lo suficientemente cerca, pero sin despertar recelos y fuera de la vista. Necesitaría alcanzar con rapidez esa posición cuando regresara del local, si es que encontraba a Avril en su interior. De si era ella o no la chica de la foto no tenía duda alguna. Una certeza absoluta lo había conducido hasta allí. Antes de abandonar el coche, abrió el maletero y extrajo de su interior una funda negra y alargada de algo menos de un metro que equipó sobre su espalda, bajo la parka. Caminó hasta la fachada del local y se detuvo frente a ella. Parado sobre la acera del otro lado de la calle, los porteros, bajo la fría noche, con una mirada de cansada rutina, lo miraban sin verlo. Titubeó acerca de acceder al garito como un cliente más y esperar a ser reconocido, o intentar la entrada por detrás. Entonces decidió volver al coche. Una vez allí, cambió la parka por una

americana azul marino, casi negra, y se deshizo de la funda a su espalda, dejándola de nuevo en el maletero.

Dio las buenas noches en árabe, en un argot cercano a los porteros privilegio de la Legión que rápidamente le granjeó una sonrisa de confianza en los dos hombres. Éstos le invitaron a pasar al interior sin mayores preámbulos. Antes de perderse en la oscuridad del pasillo, Narciso les dejó una propina de doscientos francos que ellos agradecieron con un fuerte apretón de manos al estilo camarada y una palmada en su espalda. Caminó el hall alfombrado de moqueta verde y guiñó un ojo a la chica, que en el guardarropa, a la derecha del pasillo, esperaba su chaqueta. Narciso hizo ademán de no necesitar sus servicios, franqueó la segunda entrada, una puerta de doble batiente de negro lacado, con dos ojos de buey casi opacos, y se detuvo a observar. Desde la pequeña atalaya que precedía al salón, al que se accedía bajando unas escaleras curvas de metal brillante, lanzó una extensa mirada sobre toda la superficie del bar. Paseó sus ojos por la barra, contó puertas, mesas y extintores, y alcanzó la esquina más alejada de su posición, en donde se abría un hueco escaleras abajo, al sótano. Calculó que allí debía encontrarse el salón privado del que el turco de Pigalle le había hablado. <<Los infiernos del vicio siempre relacionados con el submundo, siempre underground>>, pensó, sonriendo para sí.

El garito le recordaba a algunos lupanares madrileños de alto standing: mezcla de art decó y estilo modernista sazonado con lámparas barrocas, el lugar le producía un cierto sentimiento de opresión urbana, y, sin embargo, la disposición de sus mesas bajo el escenario, todas ellas alumbradas por una Tiffany´s de cúpula verde situada en su centro, al uso de un viejo cabaret, amortiguaba esa sensación. La música, que hasta ese momento brillaba por su ausencia, comenzó a filtrarse desde los altavoces de las esquinas, y el perfume del jazz conquistó de repente todo el local: una vieja pieza a la batería, a los mandos de “Art Blakey y los jazz messengers”, destilaba sus primeros compases férricos y teletransportó a Narciso durante unos minutos a otro lugar a mil millas de sus intenciones en aquella sala oscura:

<< Su amigo Sean bromeaba con él bajo un sol abrasador, en algún desierto africano, y Caitlin caminaba entre los dos.

–La vida sería perfecta si pudiéramos elegir cuando sentirla y cuando no –le decía Narciso a su hermano de armas. Caitlin no decía nada, se limitaba a alternar su mirada entre los dos hombres, en su cara una sonrisa de felicidad y una calma imperturbables. Luego, Liam le golpeaba la espalda. Estaban sentados frente a la chimenea de su casa, en Irlanda, pero el salón no tenía paredes, y, en el jardín, un grupo de hombres armados y con las caras pintadas de muerte gritaban en silencio. Liam le empujaba de forma violenta, gritando

en su cara: -¿A qué esperas para matarlos, Narcís? ¿Es que no tienes sangre en las venas? Ellos mataron a Sean. Son ellos, sí, ellos, Narcís. Los “Shankill Butchers”. Son los carniceros protestantes que asesinaron a tu hermano>>.

Una voz cálida, entrelazada con golpes de bombo y platillo de gran estridencia, lo devolvió a la realidad. Era una guapa camarera, una morocha de ojos dulces con las pupilas algo más dilatadas de lo usual, seguramente a causa de la cocaína.

−¿Se encuentra usted bien, señor? –dijo la chica− ¿Quiere que le traiga una copa? Debería sentarse –le aconsejó, invitadora.

Narciso se palpó la frente. Sudaba a chorros, tenía la camisa empapada bajo la americana y la mano derecha en su interior, bajo la axila izquierda, preparada para desenfundar. El sueño, la evocación irlandesa, lo había desequilibrado, y le pidió a la camarera un bourbon, dejando la marca a su elección y agradeciendo de antemano su amabilidad con una propina generosa. Se sentó en las mesas del fondo, y unos minutos después trasegaba el líquido marrón oscuro y comenzaba a recuperar el pulso.

El garito se llenaba lentamente. Reparó en que su presencia no había despertado recelo alguno, o al menos, su sagaz instinto callejero no le había advertido de tal cosa. <<Quizá –reflexionó un poco sorprendido−, la conversación mantenida con el matasiete de Pigalle previa al viaje campestre había quedado muy clara para el tipo. Después de todo, los chivatos nunca han estado bien vistos, sobre todo cuando son portadores de malas noticias.>> Si era así, las cosas se le facilitarían. Contaba con la sorpresa. Y sonrió con malicia.

El personal del local se afanaba tras la barra con los últimos preparativos, ordenando botellas en las estanterías de cristal esmerilado y rellenando neveras. De los tres hombres que bajaron de los coches delante de las chicas ni rastro. La escolta de cinco que había podido contar, salvo uno de ellos que permanecía al pie de las escaleras que comunicaban con el piso inferior, debía de estar en él. En total, aparte de lo que pudiera encontrar abajo, ocho hombres en el interior y dos en la puerta de entrada al local. Además, había que tener en cuenta a los tres camareros, aunque, tras una segunda mirada comprobó que seguramente no darían mucho ruido si las cosas se torcían. Así las cosas, se quedó con once en su cuenta mental y dejó el resto, las dudas, a la improvisación; el instinto se enfrentaría con el azar. Tras el recuento de adversarios llamó a la camarera y tomó dos copas más. La noche se prometía larga. En cierto modo no importaba; <<nada importa. Ese era el secreto mejor guardado de Charles Bukowsky >>, pensó de forma absurda. Además, tenía al Dj de su parte, que parecía mejorar el ambiente de

la sala con cada nuevo pinchazo de Cool.

Antes de actuar necesitaría una prueba fehaciente de que Avril se encontraba allí. No estaban las cosas para salir en los titulares de los diarios franchutes por cualquier nimiedad: "ocurrencias de borracho ex legionario con ganas de gresca por una vida mal pagada".

Unas cuantas horas más tarde, no precisó cuántas, aunque por los vasos dejados sobre la mesa –que a las chicas de sala se les había olvidado recoger, extrañamente, como si quisieran recordarle en un alarde de compasión, alejadas de su habitual crematística, que ya eran suficientes los ingeridos- debía ser bien entrada la madrugada, más de la mitad de las mesas del salón habían sido ocupadas. La clientela, de mayoría andrógina –reveses del destino, pensó Narciso- y madura en años, bebía e intentaba comunicar sus anhelos de sexo a un grupo escaso de señoritas –el resto, a esas horas, estaría oficiando en los bajos del salón-, casi todas ellas salidas de algún servicio de escort, bajo el sonido de la música que por momentos crecía en calidad. << Tendría que tomarme un minuto y felicitar al Dj, se dijo Narciso, bromeando consigo mismo >>. Incluso con lo que se le venía encima, el jazz -el regalo de los ángeles negros diabólicos y metálicos- era capaz de salvarlo del mundo y sustraerlo hacia cualquier parte de su imaginación literaria, de los muchos lugares que había visitado en los libros a lo largo de su vida, en forma de un alma beatnik enardecida por la síncopa, ataviada de fenómenos. Para Narciso era cierto, en ese momento más que nunca, aquello que Art Blakey -ahora rompiéndose las manos contra la batería en un duelo mortal que nunca sería, orgullo de Heráclito, repetido- decía de que: "la música nos limpia cada día del polvo de la vida". Luego regresó a la realidad de colores oscuros y parpadeantes de su alrededor, y, tras vaciar el vaso de un trago, se levantó y se dirigió hacia la esquina del fondo, a las escaleras del piso inferior. No había franqueado dos mesas cuando la puerta del sótano se abrió, dejando escapar un rastro de luz delgada que subía por las escaleras. Se detuvo un segundo, y un segundo más tarde se le helaba la sangre en las venas: Avril subía al salón agarrada del brazo de un tipo del que no pudo precisar la edad hasta pasado el inicial asombro. Allí estaba la mujer que había buscado todos estos años; primero en las calles de sus veinte años; más tarde, en los rincones cuartelarios y solitarios de su memoria; al final, entre las caras desaprensivas de los nictófagos madrileños, como un rostro de hielo que no llegamos a tocar porque se derrite ante nuestros ojos mientras corremos hacia él.

Allí estaba. La delgadez excesiva de sus facciones delataba una vida consumida por las noches eternas, prisionera de su cuerpo. De aquella preciosa cara de muñeca pastoril sólo restaba un fulgor apagado en los ojos. Su cuerpo en consunción no caminaba, era arrastrado por sus lánguidas piernas, antiguas columnas del templo del deseo, que, ahora, bajo la minifalda

y las medias negras, semejaban dos ramas oscuras y secas, combadas bajo el peso del viento. Narciso se hizo a un lado y se dejó caer en el primer sillón que encontró. Ella se dirigió a la barra y se sentó, zorroneando esquiva con su partenaire, que pidió dos copas y una botella de champán mientras degustaba con la vista cada centímetro de la mujer. Narciso la observaba, intentando recomponer en aquel cuerpo exangüe la antigua imagen que tanto había amado. Estaba allí, sí. Pero no era Avril; su Avril y todos los abriles, y todo el pequeño mundo de falsos proyectos que había conseguido edificar en los últimos meses se desvanecía en el aire de aquel salón, frente a ese cuerpo avejentado.

Una culpabilidad atroz y punzante comenzó a embargarlo, y sintió deseos de huir. Aún así, aguantó unos segundos los deseos de matar que solían atraparlo en ocasiones como esa, y esperó hasta que Avril desapareció en el hueco de la escalera, amarrada a su caracol babeante de deseo. Tenía que respirar, tomar algo de aire, y buscó la salida. Antes de cruzar la puerta batiente, en un lapsus profesional, comprobó que sólo había una cámara en la entrada, junto al guardarropa. Las otras tres que descubrió en el interior durante la jornada apuntaban a la barra. La oquedad que daba paso al sótano, sin embargo, estaba libre de ojos clandestinos. Era obvio que a la clientela de las habitaciones de abajo le gustaba la privacidad.

Fuera había dejado de llover. Se despidió con presteza de los porteros y caminó hasta el coche sin detenerse. Aguardó unos diez minutos apoyado sobre el capó, deseando la lluvia. Luego se cambió de ropa una vez más, y volvió a tomar la funda del maletero, pero en esta ocasión, tras asegurarse de que se encontraba solo, extrajo lo que guardaba en su interior. Una escopeta Remington cal.12, un modelo policial equipado con pistolete y culata abatible. Comprobó la carga en el arma: ocho cartuchos. Los cuatro primeros, mensajeros del miedo, eran munición no letal, balas de goma de las usadas por los antidisturbios en las ciudades civilizadas. Los cuatro hermanos restantes, postas de diferente grosor con un mensaje menos halagüeño que el de sus predecesores en la recámara. Tanteó en sus riñones el cuchillo de asalto, y la Colt 45 bajo su axila izquierda, y se cerró la parka hasta la barbilla. Enfundó sus manos en unos guantes de cuero fino, y cubrió la totalidad de su cabeza y parte del rostro bajo un pasamontañas de color negro. Se ajustó las mangas del chaquetón militar y cambió los zapatos de vestir por unas botas militares. << Alea jacta est. Como le gustaba decir en la legión >>.

Como le indicaba su cronógrafo de muñeca, eran exactamente las seis y cuarto de la mañana cuando forzó la entrada de emergencia y se introdujo en el edificio. <<El tiempo del alcohol siempre es más extenso de lo que uno cree percibi >>, pensó. Cerró la puerta tras de sí y se detuvo en cuclillas a observar un instante a su alrededor. El lugar estaba desierto, sumido en una penumbra

silenciosa. Era una especie de almacén donde se guardaba la bebida, prácticamente a oscuras salvo por una pequeña bombilla atornillada a la pared que Narciso desenroscó con cuidado. La estancia, de unos cuarenta metros cuadrados, tenía dos puertas en su lateral derecho. Pegó el oído a una de ellas y comprobó el pomo: giraba, estaba abierta. Tras ella, un cuarto de aseo de pequeñas dimensiones en el que se apilaban los productos de limpieza. La otra puerta dejaba escapar por sus bajos un hilo de luz casi imperceptible. Un fallo en la insonorización, pensó Narciso. Debía ser el acceso al prostíbulo, pero en este caso no hubo suerte, estaba cerrada con llave. Narciso respiró profundamente y sacó de uno de sus bolsillos una pequeña linterna y una cajita de ganzúas. Sostuvo la linterna entre sus dientes y aplicó el juego de llaves maestras a la cerradura hasta encontrar la adecuada. La incertidumbre al otro lado de la frontera le produjo un azoramiento momentáneo que pasó de largo en cuanto oyó el "clic" de apertura en la oscuridad. Apagó la linterna y guardó la llave en el bolsillo. Se apartó un metro de la puerta y desenfundó la pistola. Tras aplicarle un silenciador y cargar el arma, volvió a guardarla bajo su brazo. Sacó la escopeta de detrás de su espalda y tiró de la corredera suavemente, comprobando que el primer cartucho se encontraba en la recamara. Luego se la colgó de un hombro, y, mientras sostenía el arma en su derecha, utilizó la izquierda para abrir la puerta con sumo cuidado: separó la hoja del marco unos centímetros; la luz seguía siendo escasa. La que había visto salir bajo la puerta no era más que el reflejo de una lámpara indirecta que partía de un aplique, alumbrando un cuadro colgado de la pared del pasillo al que conducía la entrada. Antes de franquearla prestó oídos a su interior. Nada, ningún sonido perturbaba la invasión. Entró y volvió a cerrar la puerta. La galería, de unos seis metros de largo, estaba enmoquetada del mismo verde del hall, las paredes forradas con listones de madera oscura que llegaban hasta el techo. El cuadro que reflectaba la única luz del ambiente era una reproducción de "Los Girasoles" de Van Gogh. Bajo él, una pequeña cómoda acristalada, con algunos jarrones de porcelana china de dudosa autenticidad en su interior. Al lado del mueble de madera se habría otra puerta. Narciso comprobó la llave, giró con suavidad la manilla y tanteó en la pared hasta accionar el interruptor: era un guardarropa bastante amplio, donde colgaban bastantes abrigos de caballero y algún que otro chubasquero. En el suelo, en unos paragüeros de hojalata de decoración british, se amontonaban los paraguas de la noche, aún goteantes. Por la cantidad de prendas que pendían del perchero, las habitaciones debían de estar muy animadas esa noche.

Narciso intuyó que los clientes usarían ese pasillo para entrar y salir del local sin ser vistos por el resto de usuarios de la discoteca. Volvió la mirada al pasillo, y tras observar el cuadro, se sumió en una última reflexión antes de acometer la acción: el turco de París le había contado por encima todo el engranaje que la mafia turca tenía desplegado por la ciudad y su extrarradio.

Drogas, tráfico de armas, trata de blancas, todo el negocio de la suciedad. Las chicas, normalmente emigrantes escapadas a la miseria del Este, solían acudir a la fuerza o necesitadas de hospedaje y dinero para mandar a sus familias en los países de origen, y, luego, acababan enganchadas en la heroína y en la vida rápida de la noche. Algunas, las más hermosas, disfrutaban de un tipo de vida y unos caprichos que un sueldo normal en un trabajo de a pie no hubiera podido comprarles. Otras, la mayoría, mujeres de agónica procedencia en países devastados por las potencias capitalistas, sin futuro posible, se abandonaban a la vorágine de sus carceleros y vendían sus días de mierda y sus noches de acero sin alma a un postor barato, en un régimen de semiesclavitud que en el mejor de los casos les alcanzaba para sus gastos diarios. En el caso de las autóctonas, la cosa era un poco más compleja. El padre de Avril, en este caso, había contraído deudas con la mafia. Deudas de juego inalcanzables a su bolsillo. Y su hija, en un alarde de amor filial, se había convertido en avalista de aquella locura. Al principio, en virtud de su preparación académica en bellas artes y su físico de características especiales, se había limitado a funciones de señorita de compañía para empresarios de la alta burguesía cansados de sí mismos y de sus triunfos bursátiles. Luego, tentada por los ingresos que le quedaban tras satisfacer la liquidación mensual de la deuda paterna, comenzó a flirtear en las altas esferas. Fue allí, camuflada por su belleza, donde conoció a los arquitectos del estudio –Camet et Marchand- y se hizo un hueco entre la juventud floreciente de la jet set parisina. Se inventó una nueva personalidad y aprendió a enamorarse de un solo pedazo del día, cada uno de ellos metamorfoseado en su mente fresca e imaginativa, hasta que un día, el amor de verdad golpeó en su puerta y deshizo un poco su mundo de papel couché: Narciso hizo aparición en su vida y tuvo que crear un horario para su nuevo corazón.

Lo demás, lo que pudo añadir a aquella historia en su mente maquinal y precisa, en la penumbra del pasillo, no importaba una mierda al matador del dragón. Narciso Saugnier, o Sotomayor, qué carajos daba, se disponía, tras el lamento momentáneo, al asalto del castillo en donde su princesa de antaño dormía sueños de heroína y plata, fumándose los últimos renglones de su vida.

Miró el cuadro una vez más antes de adentrarse en lo desconocido, y pensó, de forma macabra, que debía de haberlo escogido ella: <<esa pasión por los impresionistas acabaría matándola >>.

Las manos le sudaban bajo los guantes. Descendió la escalera de caracol que seguía al pasillo. Ahora, el sonido de la música le llegaba como un rumor lejano. La escalera daba a otro pasillo cuyo acceso delimitaban unas puertas de corredera con célula fotoeléctrica, de cristal ligeramente ahumado,

que permitían ver las siluetas a través de ellas. Tras las hojas, un hombre caminaba en ese momento alejándose de él. Aguardó a que el pasillo quedara libre y se acercó a las dos hojas, que se abrieron dándole paso.

Contó unas quince puertas, dispuestas a uno y otro lado de la galería. Parecían bastante recias. Llamó a la 501, a su izquierda; dos golpecitos suaves antes de escuchar los pasos acercándose. En cuanto la cerradura comenzó a girar dio un fuerte empellón y se llevó por delante al hombre medio desnudo que, en el suelo, lo miraba desconcertado y en posición defensiva de gato asustado que espera lo peor. Le apuntó a la cara con la escopeta, llevándose al mismo tiempo el índice a los labios mientras comprobaba el resto del cuarto. Sobre la cama, una chica de unos veinte años, desnuda, yacía atemorizada sin saber qué hacer o cómo ponerse. << Tápate, la tranquilizó Narciso. >> Luego se paró delante del hombre en el suelo y le descargó un fuerte culatazo a la altura de la carótida, dejándolo sin sentido sobre la moqueta.

-Tranquila, no voy a hacerte daño. Sólo quiero que me digas donde está Flore. Cuál es su habitación, ¿me comprendes? La chica parecía rumana, así que volvió a preguntarle en inglés, y un segundo después, ante la mirada de incomprensión de ella, presumiendo que aquél nombre podía no ser el utilizado por Avril, sacó de la guerrera la foto del espejo en el garito de Pigalle y se la puso frente a los ojos.

Con un británico primitivo y preñado de frío acento, la mujer, casi una niña, ahora algo más relajada, le dio un número: 512. << At the end of the gallery >>, dijo la meretriz. Luego se aproximó a ella y le pidió que se girara. En la cara de la chica se dibujaba el pánico ante la muerte que Narciso había contemplado en muchas ocasiones a lo largo de su vida: sus ojos, enmarcados por el negro maquillaje, algo corrido por el llanto, y una espesa capa de rímel sobre las pestañas, reflejaban esa certeza angustiosa, y, al mismo tiempo abandonada a su suerte, que había visto en la mirada de los niños de Biafra.

Una vaharada nauseabunda invadió por un momento sus sentidos, y, tras reponerse, aplicó a las muñecas y los tobillos de la chica unas presillas deslizantes de plástico y le amarró los brazos a la espalda. Luego, utilizando un rollo de cinta americana, le tapó la boca. Repitió el proceso sobre el hombre que yacía a los pies de la cama, lo acomodó en uno de los laterales de la habitación, alejado de la puerta, y llamó al timbre del servicio:

-Por favor, ¿podrían bajar un par de botellas de champán a la 512?, gracias.

-Sí, cómo no, caballero, en dos minutos de nada –contestó la voz, electrónicamente femenina desde el interfono.

Narciso entreabrió entonces la puerta unos centímetros y echó una mirada a la galería. Estaba desierta. Cerró de nuevo y aguardó tras la hoja de madera, con un ojo aplicado a la mirilla. El tiempo transcurría lento. A su lado, la chica sobre la cama respiraba de forma violenta por la nariz, todavía presa del pánico. Por el pasillo le llegó el rumor de los pasos en la moqueta, y esperó unos segundos hasta oír la voz del camarero y sus nudillos contra la puerta de la 512. Colgó la escopeta de su hombro, bajo el tres cuartos, y extrajo la pistola de su funda. Abandonó su escondite como una exhalación y recorrió los quince metros que lo separaban del tipo con la bandeja. Éste no tuvo tiempo de advertir su presencia, y, Narciso, desde un lateral en la pared, apoyaba el supresor sónico de su Colt sobre la sien del mucamo:

-Tranquilo amigo, tranquilo; limítate a hacer tu trabajo –dijo Narciso, con voz queda.

Era uno de los tres chicos de la barra de arriba, expendedores humanos de alcohol, que ahora sostenía a duras penas el temblor de sus rodillas. Alguien accionó la llave desde el interior, y Narciso se colocó a la espalda del camarero. En cuanto la puerta comenzó a abrirse, le empujó hacia adentro, sobre la chica que apareció en el umbral, y cerró tras de sí con una mecanizada rapidez. Allí en la habitación, con la cara pasmada por las diferentes sorpresas, dos cabezas, hombre cano sobre la cama, y chica que descubre unos ojos que han viajado en el tiempo de su memoria veinte años atrás en un segundo, permanecían dentro de los márgenes del silencio, sus mentes gritando las palabras, incapaces de atrapar el sonido entre sus labios.

-Al suelo –ordenó Narciso al camarero-. Boca abajo. Tú, mujer, siéntate en esa silla. Y tú –apuntó al hombre con el arma-, date la vuelta y mira a la almohada.

Avril, con una expresión que buceaba entre la duda y la certeza, comenzaba a comprender y a relajar las facciones tras el análisis de aquella voz tan familiar. En el proceso de asimilación, Narciso procedió con mano maestra a inmovilizar a los dos hombres como hiciera momentos antes en la otra habitación; luego se despojó del pasamontañas negro y mantuvo una intensa mirada sobre los ojos de la mujer.

-Avril –dijo Narciso, con un tono rebasado por la melancolía y plagado de matices extraños que en los oídos de ella sonaron como un presagio de fuga y un seguro refugio momentáneo-. ¿Qué han hecho contigo cariño?

Ella se precipitó en sus brazos como un torrente desbordado, la emoción y la sorpresa alicatadas en sus manos, que le apretaban con fuerza, y comenzó

a besarlo sin piedad por toda la cara, dejando su rostro bañado en un carmín de tintes violáceos. Narciso dejó el arma sobre la cama y la estrechó salvaje entre sus brazos mientras la besaba en el cuello con dulzura acelerada. Tras el arrebato inicial, la separó de su pecho y le dijo, con esa frialdad entrenada que era capaz de cursar hasta en los momentos más ardientes si la necesidad se lo solicitaba:

-Coge algo de abrigo, hace frío ahí afuera. Nos vamos de aquí ahora mismo. Intuyendo alguna evasiva momentánea, Narciso le dio un fuerte cachete en el culo, y un corto pero profundo beso en los labios que le supo a vino amargo mezclado con la nicotina del tiempo, un tiempo que se acababa para ellos.

-No te preocupes por nada, cariño, todo está controlado; date prisa.

Ella reaccionó al instante, con esa lucidez certera que disponen las mujeres de mundo en ocasiones, cogiendo su bolso y un pequeño macuto del armario empotrado que había junto a la cama. Mientras Avril guardaba a manojos desordenados la ropa del perchero en el interior del bolso de viaje, Narciso dio una rápida ojeada a su alrededor: un televisor pequeño, un aparato de aire acondicionado sobre el espejo de la pared, frente a la cama; una mini nevera de hotel y una reducida cocina de placas vitrocerámicas –todo reducido, como su vida, a esas cuatro paredes, pensó-. En la esquina izquierda de la habitación se abría otra puerta. Daba a un baño equipado con un pequeño jacuzzi que seguramente haría las delicias de sus clientes más adinerados. Así que, Narciso precisó que aquella sería su vivienda habitual, un zulo de hormigón a cuatro metros bajo tierra, sin ventanas y vestido de rosa palo, en el que Avril había consumido no sabía cuántos años de su juventud. Le regresaron los remordimientos y decidió que ella disponía ya de suficiente equipaje. Adonde iría y en las condiciones en las que iría, no sería necesario.

Antes de salir del cuarto lanzó un rápido vistazo sobre los dos laterales del pasillo. A primera vista, éste se perdía al fondo, contra una pared. No parecía haber salida, y le preguntó a Avril cuál de las puertas daba al bar.

-Es la última a la derecha –dijo ella, en un susurro trémulo, ahora que su destino inminente se le hacía palpable-; pero ellos van…

Narciso la interrumpió, brusco:

-Sí, lo sé, vamos a ir por detrás. Pero antes debo encargarme de un asunto. Entonces, la agarró de la muñeca y empezó a caminar deprisa, casi corriendo. Cuando hubieron traspasado las puertas electrónicas, Narciso detuvo la huida y la agarró por el cuello con ambas manos, quizá para

asegurarse de que aquello que iba a decirle no admitiera réplica alguna:

-Escucha con atención –le dijo, intentando recalcar en su voz lo taxativo de la orden-. Necesito que hagas exactamente todo lo que te pida. ¿Sabes conducir, verdad?

-Sí –dijo ella, ahora realmente asustada. Aunque hace tiempo que no lo hago.

-Está bien cariño –la tranquilizó, usando un tono paternal que contrastaba con lo peligroso del asunto-, toma las llaves del coche. Está dos calles abajo, a la derecha de la entrada al local. Es un Renault color champán metalizado. Lo reconocerás a primera vista. Ahora quiero que salgas y vayas pegada al muro hasta salir a la avenida. No corras, ve despacio, como si te doliera la cabeza o fueras a tomar el aire y fumar un pitillo; con un poco de suerte los dos hombres de la puerta no repararán en ti. Una vez estés en el coche, ponlo en marcha y espérame allí. Si no llego en cinco minutos, acelera y no mires atrás. En el maletero encontrarás una bolsa de viaje de cuero marrón. En su interior hallarás todo lo necesario para salir de París.

-¡Pero tú…!

-No hay tiempo para más explicaciones. Quiero que hagas lo que te he dicho, ¡ya!

-Tienes que darte prisa, uno de los matones de Ahmed suele bajar a hacer la ronda cada media hora más o menos; debe estar al caer.

Él la empujó hacia la escalera de caracol, pero antes de perderse escaleras arriba, ella se detuvo bruscamente, y se giró hacia Narciso.

-Necesito hacer algo antes de irme. Es necesario. Debo avisar a una chica que trabaja aquí.

Narciso la escuchaba en silencio, uno de sus oídos presto al pasillo que acababan de cruzar, y, analizando al mismo tiempo en su mente militar nuevos escollos y cambios de estrategia inmediatos que pudieran surgir antes de toparse con ellos.

-Ella es la única que ha cuidado de mí todos estos años –dijo Avril, sentenciando el regreso al interior del edificio, y provocando en Narciso cierto reproche amargo y absurdo sobre algo que él no pudo nunca controlar-. ¡Me gustaría llevarla con nosotros…!

-Narciso puso un dedo sobre los labios de aquella mujer a la que aún amaba, a su manera, lejos ya de aquel amor torrencial de primavera, un cariño otoñal donde cada vez sobrevivían menos hojas.

-Dime cual es la habitación y cómo se llama. Dame algo reconocible para ella con lo que pueda identificarme, para no asustarla –dijo Narciso

Entonces Avril se quitó una pulsera de su muñeca, una cadenita de plata con un corazón partido por la mitad.

-Ella tiene la otra –dijo a Narciso, con los ojos enamorados de antaño, un brillo divino y fugaz en sus pupilas que no pasó inadvertido para él-. Se llama Jasmina. Habitación 516, frente a la mía. Ella es la única que me conoce por Avril. Eso debe bastar.

-Ahora quiero que hagas lo que te he dicho. ¡Vamos! –le dijo él, apremiante. Ella se giró del todo, besándolo en la boca con fuerza.

-Te quiero; siempre te quise Narciso.

Y unos segundos más tarde salía del garaje perdiéndose en la oscuridad del callejón.

Narciso descolgó la escopeta de su hombro y se internó de nuevo en el pasillo. La habitación de Jasmina estaba al fondo de la galería. Entonces, cuando franqueaba por segunda vez las puertas de cristal ahumado, un hombre apareció en el pasillo. Era uno de los cinco guardaespaldas que contabilizó arriba, unas horas antes. Grande como un coloso de ébano, la cara del tipo se congeló en un zoom avisado y mortal, en el que la velocidad de su mano no le sería suficiente. En esta ocasión, el turco gigantesco, que seguramente habría descargado la muerte de su pistola sobre otros hombres antes de ese pasillo, no tuvo tiempo de tirar del arma, porque Narciso corría hacia él mientras abría fuego dos veces sobre su pecho. Las dos balas de goma impactaron sobre el matón con un sonido sordo y seco, un golpe de maza neumática que seguramente le fracturó varias costillas y lo dejó desparramado sobre el suelo, cien kilos de músculo oscuro a lo largo del pasillo. Narciso desarmó al hombre y aplicó el oído a la puerta que comunicaba con las escaleras de la discoteca. Sabía que tenía poco tiempo antes de que alguno de los moradores de la lujuria de allí abajo diera aviso a la zona superior; entonces, aquel lugar se convertiría en un avispero mortal –quizá debía reconsiderar su decisión más importante de esa noche. Ahmed tendría que esperar la muerte en otra ocasión-.

Llamó a la chica gritando su nombre a través de la puerta.

-¡Jasmina, abre, por favor! Soy un amigo de Avril –gritó en francés-, tengo su corazón. Y entonces, oyó pasos tras la puerta, y alguien que se pegaba a ella.

<< A mi otra mitad, con afecto y lealtad. >> Leyó Narciso en la pieza de plata que sostenía en las manos. Una corazonada rebosante de instinto llevó a Jasmina a girar la llave y exponerse a aquel extraño que, de pie y armado, la invitaba a marcharse con él. Narciso le dijo su nombre y puso en la palma de su mano la pulsera. Luego cerró los dedos de la chica sobre el corazón de plata, y echó un vistazo a la habitación por encima de los hombros de ella.

-Estoy sola.

-Vamos, Avril nos espera afuera, en el coche. No hay tiempo que…

-Él me matará, nos matará a las dos, y a ti también si te atrapa –dijo Jasmina, y el tono de su voz era el de una servidumbre acostumbrada, arraigada desde siempre, el gemido lastimero de un perro hecho a que lo apaleen.

Narciso interrumpió sus temores agarrándola del brazo y tirando de ella con fuerza hacia la salida.

-Espera –dijo la chica-, necesito coger algo.

-No hay tiempo –dijo Narciso severo-. No te hará falta nada, confía en mí, mujer.

A un metro de alcanzar las puertas de cristal, de una de las habitaciones del lado derecho del pasillo irrumpió, alertado por el tiroteo y aguardando su presa, uno de los escoltas del grupo callejero que, seguramente, estaba abasteciendo sus depósitos de lujuria. Calculó los pasos del intruso sobre el pasillo, y, cuando creyó tenerlo frente a la puerta embistió a éste desde el flanco. Narciso no tuvo tiempo de reaccionar, y mientras su cuerpo golpeaba contra la pared de la izquierda, notó un frío líquido inyectándose bajo su vientre. Un ligero vahído se apoderó de él por unos instantes y luego se marchó, permitiéndole restablecerse del primer ataque.

Los dos hombres, un solo cuerpo a dos odios, fríos y sin causa, ancestrales en su brutal intento de supervivencia, forcejeaban, castigándose con duros golpes a todas las partes vitales de la anatomía del contrario que podían alcanzar. El árabe proyectó un cabezazo fallido que Narciso

aprovechó como un transductor de fuerza, mordiendo la nariz de su adversario. Apretó las mandíbulas con fuerza, como un perro de presa herido de muerte, hasta oír el crujido de rotura sobre los "propios" y la ternilla envuelto en el alarido de dolor del turanio, que se apartó de él con la nariz triturada y los ojos cegados momentáneamente por las lágrimas del castigo. Narciso le pateó los testículos y remató al infortunado rival pisando su cabeza en dos o tres ocasiones una vez éste hubo alcanzado el suelo. Luego, como un relámpago que inundara la galería, le vació un tiro de pistola sobre la frente. Sabía que a partir de ese instante el juego cambiaba al lado B. Giró sobre su espalda y agarró a Jasmina, que le gritaba que salieran de allí con el rictus de terror desencajando el sonido de su voz sobre la galería. Narciso recuperó la escopeta del suelo, perdida durante el forcejeo, y alcanzaron la salida sin más sobresaltos.

El dolor del costado se abría un paso helado en sus tripas, un canal por donde notaba fluir el frío y la sangre a pulsos cada vez más rápidos. Pensó que debía serenarse un poco, pero dada la situación era algo complicado. Traspuso el umbral del garaje, miró a ambos lados del callejón y lo encontró desierto, salvo por el sonido de la lluvia golpeando incesante contra el suelo. Nadie. Una negra premonición cruzó entonces por su cabeza. <<Era extraño que no hubiera nadie aguardándolos afuera. Quizá una emboscada para una presa peligrosa; quizá no habían descubierto aún los dos cuerpos sobre el suelo del pasillo; quizá la música había podido amortiguar el sonido de los disparos sobre la galería. Demasiados quizá.>> Y entonces arrancó como una exhalación controlada, una suma de todas las precauciones de su profesión puesta a jugar en aquella partida a vida o muerte, una vez más, sólo que esta vez, estaban en juego dos cartas desacostumbradas y la precisión debía ser absoluta.

Caminaron por un lateral de la calle, tranquilos y algo tambaleantes, como dos transeúntes bohemios y derrotados por el diablo de la botella una noche más de tristeza, perseguidores irreductibles del grial blanco y nasal, como muchas otras almas noctívagas en muchos otros campos de batalla selenitas alrededor del planeta: ensombrecidos por sus propios pecados o sus enormes grandezas de neón achacosas, en ocasiones reluctantes, viejos, nuevos brillos que no pueden ser contenidos más que siendo dispersos en los atrios de acero blindados, desde los que nunca se vislumbra –acaso una pieza, un rayo exiguo y exangüe de amanecer, un pequeño giro del celestial calidoscopio–, otra raza, ésta diurna, de otros perdedores, sólo que en esta ocasión iluminados, escondidos tras las mascaras del sol, moralina enfermiza y vomitera previsible sobre las éticas de sus hermanos noctámbulos, santa esfera de la noche "valpurgiana": dos sectas en universos paralelos, una sola y regocijante crueldad para el juego del diablo titiritero que habita en sus intersecciones y en sus pliegues.

Ahora estaban en la avenida principal. De los porteros ni rastro. Debían haber acudido en ayuda de los de adentro. Una vez sobrepasada la entrada del local corrieron en busca del coche, pegados al lateral derecho de la calle y cubiertos por la oscuridad que las moles sombrías y húmedas de los edificios proyectaban sobre la mal iluminada travesía.

El paso de Narciso era forzado. Las fuerzas comenzaban a disiparse. << Pero lentamente, lentamente >> pensó, regalando a su motivación una esperanza escasa y profesional que a cada momento le costaba más tragarse. Controlaba su espalda cada diez pasos. Doblaron la esquina de la bocacalle convenida, la segunda a la derecha. Allí, al fondo, con las luces apagadas y el humo mojado ascendiendo en la noche desde la trasera del coche, los aguardaba Avril, las manos en el volante.

<< Buena chica >>, le dijo Narciso, sacándose la escopeta de la espalda a la vez que le guiñaba un ojo y se intercambiaban en el asiento del piloto. << Sentaos detrás >>, dijo Narciso, y tras descargar las dos balas de goma que restaban en la cámara de munición del arma, puso la escopeta, ahora mortal de necesidad, sobre el asiento del copiloto. Introdujo la marcha atrás y se dirigió a la otra salida de la calle, viró bruscamente el vehículo, enderezándolo, y enfiló la recta que se abría ante él, alejándose del núcleo del peligro con rapidez.

Llovía cada vez más fuerte, un cielo derrumbándose sobre los cristales de las ventanillas. Aún así, Narciso mantuvo el coche al tope de su velocidad durante los diez primeros minutos de fuga. Luego redujo la marcha y tuvo tiempo de preocuparse de otras variables. Su pulso se relajó, dejando a su atención fría tomar el control. Se tocó el costado en el lugar de la punción: estaba húmedo y pegajoso, y Avril aprovechó la comprobación para pasarse al asiento delantero apartando el arma. La chica miró a los ojos a Narciso un segundo y luego bajó la vista. Sobre los tejanos de él, una mancha oscura atravesaba la tela, aflorando lentamente, ganando espacio en la pernera.

–¡Estás herido! ¿Te han disparado? –dijo Avril, quebrando su aparente tranquilidad.

–No es nada, sólo un rasguño –dijo él, tranquilizándola.

–Deja que la vea un momento –dijo Avril, e intentó bajar la cremallera de la parka, pero Narciso se lo impidió.

–No te preocupes nena…, ahora escuchadme con atención –resolvió Narciso, y miró una vez más la carretera en el retrovisor del interior:

oscuridad absoluta–. Ya te he dicho que no es nada –y se dirigió a Avril, ésta vez con una serenidad glacial que produjo un escalofrío en la chica: ahí detrás, en el maletero, hay un macuto. En el doble fondo que hallarás bajo la ropa encontrarás 40 millones de pesetas…

Avril comenzaba a ponerse muy nerviosa y tuvo que interrumpirlo una vez más:

–¿Por qué hablas de esa manera, como si tú no fueras a venir con nosotras?

–¡Calla mujer, no hay tiempo! Si de repente me desplomo, quiero que me dejéis en la cuneta junto con las armas y conduzcáis hasta el aeropuerto. Intentad comprar algo de ropa para cambiaros antes de embarcar y lavaos la cara, así evitareis preguntas y un posible registro. Poned rumbo a donde queráis. No llaméis ni os despidáis de nadie; unas horas más y habréis muerto para París. Olvidaos de Francia para siempre. El mundo es amplio y se abre bien ante dos chicas hermosas –y aquí dulcificó el tono de voz, como si un filtro de melancólicos secretos se hubiera instalado en su garganta–. Con ese dinero podréis comenzar de nuevo en cualquier parte; lejos de aquí, de este momento –y Jasmina, que había permanecido en silencio hasta entonces, alzó su voz, gemebunda:

–¡Pero nos buscarán; si no son ellos será la policía, o quién sé yo!

–Nada de eso, esto se quedará aquí, en donde ha ocurrido. Los malos no denuncian cariño. Ellos solucionan sus problemas de forma privada, sin intermediarios legales de ningún tipo. Hacedme casó y todo irá bien.

El sol comenzaba a auparse sobre los bordes de la autovía. Las caras de los tres pasajeros a bordo del vehículo –una profecía de metal refulgente al sol y a punto de cumplirse– eran una mixtura espectral y sanguínea, de venas transparentadas contra la piel exangüe y fría de Narciso, una máscara de doble pánico latente en los ojos de las dos mujeres.

Avril lo miraba con una ternura entristecida por la certeza. Era el fatum inevitable que anunciaba aquel amanecer desangelado y francés que ya no podría olvidar jamás.

–Estás pálido cariño –le dijo Avril. ¿Quieres que conduzca yo?

–Ya estamos llegando. Cógeme la mano nena –le pidió Narciso, su voz como un susurro roto entre sus caras–, tengo frío.

Ella la estrechó con fuerza entre las suyas y constató su gelidez. Se marchaba a pasos grandes.

El cartel de salida hacia el aeropuerto anunció el desvío a un kilómetro. El Renault giró a la derecha describiendo el semicírculo de alquitrán e internándose en la recta de entrada a Orly. Un par de minutos después, detuvo el coche a unos doscientos metros de la terminal de salidas. Narciso miró a Avril en profundidad, y ésta, comprendiendo, pidió a Jasmina que aguardara fuera del coche.

–Ahora quiero que cojas el macuto del maletero y hagas todo lo que te he dicho. Si por algún motivo tuvierais problemas al sacar las tarjetas de embarque, hay una agenda negra junto al dinero. Dentro está el teléfono de mi notario, indicado como tal. Llámale de mi parte; él os solucionará lo que surja.

La pernera derecha de su pantalón estaba completamente empapada.

–Vayamos a un médico –sugirió Avril, y comenzó a llorar despacio.

–Ésta es de las que no se cierran amor –le contestó Narciso, mientras con una mano helada acariciaba su mejilla. El rostro del hombre era una mancha blanca con dos oquedades de un gris acerado que brillaban bajo una serena certeza; una expresión abandonada que sólo recibía para sostenerse el impulso de ese último instante vital, deseando cerrarse.

Ella se abrazó a su cuello y lo besó con fuerza en la boca. Luego, separó su cara unos centímetros, enjugando su llanto, y él pudo ver aquellos ojos de sus dieciocho años en una mañana de Mommartre, todas las primaveras de su vida contenidas en esa mirada de fuego verde.

–Gracias –dijo Avril entre sollozos–. Gracias…

Intuyendo lo que seguiría, Narciso la bloqueó:

–¿Sabes?, siempre quise decirte algo entre tanta pregunta estúpida sobre tu vida –dijo, a modo de redención, y a Avril le pareció que comenzaba a desvariar.

–Dímelo ahora, antes de irme.

–Yo siempre he preferido a Velázquez.

Avril sonrió, una risa ahogada en lágrimas cada vez más gruesas.

–Yo también tengo algo que decirte desde hace mucho tiempo; sobre mi nombre –dijo ella, continuando con las confesiones. Pero él la detuvo con un gesto amable, y, después, la presión de las manos de Narciso cedió entre las suyas y él giró el cuello, mirando al parabrisas.

–Vete ya –le dijo Narciso en un susurro, casi un hálito de voz. Y ella bajó del coche. Luego cogió el macuto y se alejó, poco a poco, sin dejar de mirarlo, de camino a la terminal.

Él ya no veía nada a su alrededor. La luz de los acantilados de Fanad inundaba ahora el vehículo. Frente a sus ojos, casi cerrados, como una mañana de pura escarcha de nieve fría y blanca, se abría Irlanda entera y sus campos lo llamaban a voces, la marea de jade prístino alcanzando sus pies. Narciso bajó del coche y corrió hacia ellos, perdiéndose entre sus verdes profundos para siempre.